

Crónicas de El Paraíso

Modalidad: Crónica

SECRETARÍA DE CULTURA
GOBERNACIÓN DEL VALLE DEL CAUCA
PREMIO JORGE ISAACS 2017

SANTIAGO DE CALI

GANADOR
LIZANDRO PENAGOS CORTÉS

FINALISTAS
KEVIN ALEXIS GARCÍA
VJ ROMERO
OSCAR MARINO ORDÓÑEZ ROJAS
LINA ALEJANDRA URIBE HENAO

Crónicas de El Paraíso

Modalidad: Crónica

SECRETARÍA DE CULTURA
GOBERNACIÓN DEL VALLE DEL CAUCA
PREMIO JORGE ISAACS 2017

SANTIAGO DE CALI

Gobernación del Valle del Cauca

Dilian Francisca Toro Torres
Gobernadora

Isabel Cristina Restrepo Erazo
Secretaria de Cultura

Catalina Rebolledo Borrero
Subdirectora Técnica

Crónicas de El Paraíso
© Kevin Alexis García, Oscar Marino Ordóñez Rojas, Lizandro Penagos Cortés,
VJ Romero, Lina Alejandra Uribe Henao

Jurado calificador Concurso Autores Vallecaucanos - modalidad crónica
Juan José Hoyos, Alberto Salcedo y Alejandro José López

Diagramación e impresión:

Imprenta **Departamental**
IMPRETIC'S

www.imprentadepartamental.gov.co

Fotografía carátula: Edward Lora

Corrector de estilo: Harold Kremer

ISBN: 978-958-57028-9-9

Todos los Derechos reservados de autor; queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin permiso de los editores o su autor.

Editor: Secretaría de Cultura Valle del Cauca
Edificio San Francisco, piso 2 - Tel. 886 00 63

Cali, Colombia, Diciembre de 2017

CONTENIDO

Ganador

Brille para ellas la luz perpetua

LIZANDRO PENAGOS CORTÉS 9

Finalistas

El hombre del billete de cincuenta

KEVIN ALEXIS GARCÍA 41

El camino de Efraín o de cómo llegué a leer la *María*

VJ ROMERO 67

El paraíso perdido

OSCAR MARINO ORDÓÑEZ ROJAS 93

El Paraíso: historias de la musa de Jorge Isaacs

LINA ALEJANDRA URIBE HENAO 117



Ilustración: fotografía de Alberto Castilla Araújo

GANADOR

Brille para ellas la luz perpetua

LIZANDRO PENAGOS CORTÉS

No podía haber sido en otro lugar. Debía ser en el ambiente de las grandes haciendas. Algunas con sus corredores de ingreso custodiados por alineados regimientos de ceibas, otras circundadas por sempiternos cañaduzales, pero todas con ese dominio de la luz del paisaje que revalida que poseer es dominar y dominar, abarcar con la mirada. Fue en el Valle del Cauca, uno de los hijos del Estado Soberano del Cauca. Fue aquí donde se endulzó la idea de realizar el primer largometraje de ficción en Colombia. Y no podía ser sobre otra obra que no fuera *María*, con la que don Jorge Isaacs funda el país vallecaucano. Esa dimensión de lo público que se decide y proyecta desde intereses privados. Habían transcurrido 27 años desde su muerte. Los mismos años que tenía cuando comenzó a escribir la que sería la obra cumbre del Romanticismo colombiano y latinoamericano, y que vería la luz en 1867. Cuando su familia había perdido las haciendas La Casa de la Sierra, La Manuelita y La Rita¹, y él, toda posibilidad de

¹ La Casa de la Sierra fue propiedad de la familia Isaacs entre 1854 y 1858. En 1864 remataron la hacienda La Manuelita, en subasta pública, la cual fue adquirida por Santiago Eder -y Pío Rengifo- en las dos terceras partes de su avalúo, 400 patacones, sin que lo recaudado alcanzara

estudiar en el extranjero y sostener la tradición de acaudalado, de la que apenas le quedó la imagen adusta y el capital intelectual.

Lo cierto es que no fue el primer largometraje —del que Patrimonio Fílmico de Colombia apenas conserva 45 segundos—, pero sí la lámpara en la mesa de la cinematografía nacional. Para 1922 en Bogotá, ya Francesco di Doménico y algunos familiares² cobraban por haber puesto a tono al país con los tiempos modernos y por rodar la asombrosa máquina de fabricar sueños. Debe insistirse que *María* fue el primer hecho cinematográfico de trascendencia para la cultura colombiana. Las más de tres horas que duraba la producción de la Valley Film Company, fueron un acontecimiento tan apoteósico como la obra literaria misma, que ya gozaba de gran prestigio internacional y 27 ediciones, por las que Isaacs recibió solo 250 pesos. Fiel a la novela, al final la cinta daba cuenta de las 427 veces que Isaacs nombra a María en el texto, lo que causaba un asombro inusitado entre los espectadores. Una proyección radiante, el sol naciente del cine nacional, que incluso le quitó resplandor a la reina del Carnaval de Cali ese año, Leonorcita Caicedo.

El aplauso en el Salón Moderno duró casi una hora. Al menos eso calculó el reportero de *Relator* mientras enjugaba sus excitadas lágrimas, atendía el tictac de su reloj de bolsillo y las excedidas indicaciones de los hermanos Jorge, Hernando y Ernesto Zawadsky Colmenares.

para el pago de los más de 30 acreedores. El negocio se hizo con el escritor Eustaquio Palacios, abogado de doña María Manuela Ferrer Scarpetta. Sobre *La Rita* o *La Santa Rita* hay dos versiones: que la vendió en vida el padre de Isaacs a José María Martínez Barona; y que fue rematada junto con *La Manuelita*.

² Junto a su hermano Vincenzo di Doménico, sus cuñados Giuseppe di Ruggiero, Erminio di Ruggiero, sus primos Giovanni de Doménico Mazzoli y Donato Doménico Mazzoli, crearon en 1914 y refrendaron en 1920 la productora de cine SICLA (Sociedad Industrial Cinematográfica Latino Americana). La primera película de acontecimientos locales realizada por los di Doménico fue proyectada el 17 de junio de 1915: *La fiesta del Corpus* y de *San Antonio*. Y ese mismo año, la primera documental sobre el asesinato del general Rafael Uribe Uribe: *El drama del 15 de octubre*.

Eran los dueños del periódico que irrumpía en Santiago de Cali con una modernidad editorial que incluía los más recientes métodos de impresión hasta ese momento conocidos en Colombia. Dos tintas, ocho columnas, variedad de columnistas y un solo color: el liberal. Acudir a ver *María* se asumió como un deber patriótico. Algo sublime. Mágico. Apasionante. Fervoroso. El libro volcado sobre la pantalla. De las páginas a lo inasible, pero aún más sensible, tal vez por la incidencia de la luz. *María* brilló desde su estreno y opacó tímidas críticas.

Era diciembre y fieles a la tradición —o acaso signados por las desgracias económicas heredadas de don George Henry Isaacs Adolphus, cuya quiebra la suscitó, además del trago y el juego, la abolición de la esclavitud en el gobierno de José Hilario López en 1849— la familia Isaacs pleiteó y ganó por los derechos de autor. El abogado Jorge Isaacs Gómez, hijo de Lisímaco Isaacs González, sentó precedente jurídico en la materia. Fue publicidad gratuita y homenaje a la memoria del insigne abuelo. Todo el villorrio comentaba la película y el pleito. Las casi 50 mil almas caleñas³ de la época no hablaban de otra cosa. De esa invención que ya fabricábamos y batía records de taquilla. *María* pues, nadie lo discute, es la primera adaptación cinematográfica de una obra literaria en Colombia. Y el impulso primigenio de una ilusión que 150 años después de publicada la novela, no alcanza todavía a ser industria nacional. Así hayamos bautizado una época fecunda de realización audiovisual local como Caliwood.

Del Salón Moderno donde se proyectó *María* por primera vez no queda nada. O tal vez sí, los dos proyectores de 35 mm, Super Simplex y Peerless Magnarc, importados por el ingeniero Hermann S. Bohmer y recuperados por Hugo Suárez Fiat de un vetusto taller de mecánica. Hoy están expuestos en el museo de la cinematografía Caliwood. Sí, también se llama Caliwood. Nadie se había molestado en patentar ese

³ No hubo Censo en 1922, pero sí en 1918 que registra en 45.525 habitantes. Y luego, el 1938 un total de 101.883.

nombre tan nuestro, que resume esa propensión nacional a compararnos con los demás y parecernos a todos, menos a sí mismos. Ese lugar no existe, como otros relacionados con el espléndido autor de *María*. Es solo otro de los hechos tan catastróficos como extraordinarios por los que vadea la vida, obra e imagen de Jorge Isaacs. Y uno más de estos hechos que se movió entre esas dos orillas. El mismo señor Bohmer pagó \$600.000 pesos por el terreno donde quedaba el Salón Moderno y allí mismo -vaya paradoja- erigió el Teatro Jorge Isaacs, inaugurado el 26 de diciembre de 1931.

La heroica gesta de realizar la película *María* la vislumbró un ex fraile franciscano. Un iluminado. Francisco Antonio José Posada, un paisa que sin duda alguna es el primer productor de cine en Colombia. Cine animado —debe precisarse—, porque animó a Máximo Calvo Olmedo, un camarógrafo español que fungió como técnico y codirector al lado de Alfredo del Diestro, un bogotano que estaba con su Compañía en plena temporada en el Teatro Municipal de Cali. Animó a Federico López, inversionista clave y padre de las protagonistas Stella y Margarita López Pomareda. Dos niñas jamaíquinas que alcanzaron a ser bugueñas y encarnaron a María y Emma. Animó a los hermanos Ernesto y Eduardo Salcedo de Buga, claves en la historiografía musical de la comarca. A Hernando Sinisterra Gómez, un músico que no solo interpretó a Efraín, sino que escribió las partituras para piano de la silente película⁴.

Luego de desenmarañar varios árboles genealógicos de las élites caleñas —convertidos en sombrías enredaderas por esa pulsión de casarse entre parientes—, un nieto del Efraín de Máximo Calvo, Jorge Humberto Escobar Sinisterra, presidente de la Junta Directiva de

⁴ María perteneció al llamado cine mudo. Solo hasta 1937, en asocio con el técnico Carlos Schrocder, Arturo Acevedo y sus cuatro hijos (Alfonso, Gonzalo, Alvaro y Armando), produjeron la primera película colombiana con sonido sincrónico registrado en pista óptica: Los primeros ensayos de cine parlante nacional.

Funmúsica⁵, confiesa que hoy a su abuelo materno lo recuerdan más por ser el compositor de varios himnos de colegios, como el Berchmans, que por haber interpretado al clásico personaje, que luego del fulgor destellante de la película, lo opacó. Porque en la estética de lo cotidiano, en Ginebra o en Buga, en Guacarí o El Cerrito, en la segunda década del siglo XX, cuando se proyectó el filme, la historia y los personajes de *María* comenzaron a trastocarse en el imaginario colectivo. Ese lugar de tierra, madera y piedra, la Hacienda El Paraíso, se convirtió en ideal de amor, paisaje y tragedia. La cultura popular barajó las letras y la realidad. Y entonces de las luces de los caracteres, la narración se movió a los claroscuros de la oralidad, que jamás serán sombras y menos tinieblas. Apenas noches que amanecerán.

Walter Belálcazar, “Chuchú”, de cuyo linaje hablan sus pies siempre descalzos, guarda como un tesoro en su choza museo de Santa Elena, una foto de 1921. Es una escena del rodaje de Calvo. Asegura sin titubeos que fue después de la película que todo cambió para el corregimiento donde nació él y nuestra novela nacional, nuestro canon literario fundacional. Ya no fue más la Casa de la Sierra y se convirtió en la Hacienda El Paraíso. Efraín y María, pasaron de personajes a personas. Emma, Carlos o Nay, desde entonces son objetos de posesión simbólica. Hasta Mayo, el perro fiel de Efraín; y el chamón convertido en el cuervo de los malos presagios, todos sin excepción, han trascendido las páginas de la novela, las miles de fotografías de los lugares y personas; y los rollos de cintas de la treintena de películas —sobre todo mexicanas— que la han adaptado. Las voces populares los reconstruyen cada día. Allá los académicos y los biógrafos, que se despedacen por una fecha, una interpretación o un lugar de nacimiento. A la cultura popular nadie le impone porque ella se impone. Si Isaacs fundó el país vallecaucano, *María* corrobora su existencia más allá de la palabra escrita. De sus cinco letras se desprenden continentes de análisis y otras disquisiciones, y de sus páginas, otra obra paralela que se reescribe de voz a voz.

⁵ Fundación Promúsica Nacional de Ginebra, que desde 1.976 realiza el Festival Mono Núñez.

Cuando comienza el rodaje, en octubre de 1921, Santa Elena tenía 15 años de fundado y 13 de ser corregimiento de El Cerrito. Muchos aún le decían San Pedro y todavía no tenía parroquia —ni electricidad—, pero fueron apocalípticos y oscuros los alegatos entre Calvo y del Diestro. Era gente rara, comentaba la abuela de Walter. “Todo el tiempo discutían para meter el alma de la gente a una cajita negra”. Era la cámara, ese aparato que jamás habían visto y que capturaba el espíritu de las personas. “Esos locos se encerraban en el oratorio a hacer quién sabe qué cosas”. Era en realidad a revelar y editar la película, de la que allí mismo se hicieron tres copias. El oratorio —y la acequia que rodea la casa— fue el laboratorio improvisado, pues en Colombia solo hubo uno de revelado en 2011, cuando el cine ya había evolucionado y dejado de ser filmico. Más de un siglo para revelar nuestros propios rollos. ¡Oh, ceguera de infinitas tinieblas!

Los viejos no dejaban de sentenciar que en la Casa de la Sierra estaban pasando cosas. Aunque los iletrados eran mayoría, nadie desconocía de los Isaacs y de la novela. Se buscaba entre los vecinos, ayudantes, cargueros y elementos para la ambientación. También algunos extras, pues los papeles principales los asumieron hijos de hacendados y comerciantes que invirtieron en semejante locura. Ocurrió lo mismo en Buga, Cali, Dagua y Buenaventura, donde se rodaron escenas o hicieron imágenes. La casa estaba desvencijada por el tiempo y algo de olvido. No había flores, solo la ceiba vigilante, alguna rosa extraviada, un sauce jadeante, ganado pastando, el riachuelo y la piedra perenne. Y los chamonés, esos chulitos parásitos odiados por el solo hecho de ser negros y poner sus huevos en nidos ajenos, pero que después de la novela —y la comparación que hiciera el hermano gemelo del siglo XX colombiano, Germán Arciniegas, con los cuervos de Edgar Allan Poe—, se revalidaron como los encargados de llevar el alma de los difuntos a la Tierra de los muertos. ¡Aves de mal agüero!

Colgada en el piedemonte de la cordillera, la casa escenario volvía a alzarse de tarde en tarde, a teñirse de valle con el sol de los venados y de

protagonista, a reclamar su espacio en la historia. Las luces que Efraín vio cruzar entre sauces y naranjos para repartirse en las habitaciones, se aprovechaban para contar en imágenes la historia escrita por Isaacs. Los resplandores que delineaban hacia el oriente las cúspides de la cordillera central, se utilizaban como telón de fondo. El remanso diáfano de la quebrada y el rocío que brillaba en hojas y flores, calmaban el reflejo instantáneo de las ráfagas de irascibilidad de Calvo y del Diestro. Y hasta las auroras de julio —tan bellas como María— volvieron a brillar como sus lágrimas detenidas en sus pestañas, cuando el director gritaba: ¡Acción! Bien podría haber dicho: ¡Luces, cámara, Isaacs!

Todavía hoy en Santa Elena confunden a María con Esther. La ven en las noches de luna llena rondar la Hacienda El Paraíso. La escuchan gemir los enamorados y llorar los entusados. Un viudo, no tan alegre, asegura que la fuente del parque central dejó de funcionar el día que pintaron de colores la estatua que siempre fue tan blanca y pura como el amor que se profesaron Efraín y María. “La matachinaron”. Y que los muchachos dejaron de ilustrarse desde que el colegio Jorge Isaacs se llama Institución Educativa Santa Elena. En el cementerio hay una tumba diferente. Es la de María. Las doncellas se arrodillan y le oran. Un loco pregunta: ¿aún hay doncellas? Los amores imposibles ruegan. Entierran muñecos de cera. Unos son amarillos, otros rojos. Los atan. Los alumbran. Le llevan flores de todos los colores. El fetiche no cesa, tampoco la pasión, la superstición, el simbolismo, esa llama doble que nos encendió Octavio Paz, trémula y sublime, la del amor y la del erotismo. María es el nombre judío de Esther pasado al cristianismo. Y su tumba, la prueba fehaciente de que es posible enterrar una ilusión.

A Jhon Jairo Tilmams le sacaron el apéndice, pero no los alientos para amparar a *María*. Desde su lecho convaleciente se incorpora para defenderla. “Esos son embustes de la ignorancia”. Es guía de la Hacienda El Paraíso y recita —cada que se completan grupos de cándidos

turistas— lo que Inciva⁶ ha determinado deben saber los visitantes. Y entonces empieza un tour donde los pies están en la realidad y la cabeza en el libro. Donde se funden las historias y se confunden las cosas. La historia oficial y la subalterna, avanzan cogiditas de la mano por los pasillos de la casa y los senderos de la memoria. Inhala y se despacha: “La casa de la Hacienda El Paraíso o Casa de la Sierra, fue construida entre 1816 y 1828, por don Víctor Cabal Molina, ganadero bugueño y ex alcalde de Cali. El 20 de junio de 1854 fue vendida a don George Henry Isaacs, padre del poeta, en manos de quien estuvo hasta el 15 de junio de 1858. El 18 de abril de 1953 fue adquirida por el departamento del Valle del Cauca y su primera restauración la realizó el maestro Luis Alberto Acuña en 1954. Fue declarada Monumento Nacional el 30 de diciembre de 1959”.

Y los paseantes oyen sin escuchar y miran sin ver. Y hacen trampitas: se pasan las bardas para la foto. Se sientan en las camas o se arrodillan en el reclinatorio. Y se roban cositas: las trenzas de María. ¿De María o de Esther? No, eran de Emma. Dicen que fueron las de Eloísa. Bueno, se robaron una moña. Efraín la había besado... la trenza. También su frente y su mejilla. Y cuatro veces su mano. Siete besos son muy poco para ese amor, comenta un mocetón con ínfulas de galán. Siete es cábala, susurra una chica sin pretensiones de damisela. María mira desconsolada. Y Jorge Isaacs lo hace de perfil. Siempre de perfil, como de reojo. Tuvo apenas siete hijos. Dos señoras discuten si son fotografías o dibujos. Dicen que la hija de don Víctor, María Mercedes Cabal Borrero, fue la que lo inspiró. Sería entonces primera dama doblemente. De la presidencia, por haberse desposado con Manuel María Mallarino, y de la literatura por inspirar a *María*. ¿O a Jorge? En fin, alguien pregunta quién se la vendió al departamento y el dolor abdominal retuerce a J.J.

⁶ La Hacienda El Paraíso fue entregada al Instituto para la Investigación y Preservación del Patrimonio Cultural y Natural del Valle del Cauca - INCIVA, a partir del 1° de enero del año 2001.

“Fue una señora Matilde, viuda de Liborio Gutiérrez, se la vendió a un señor Sardi”. No hay más datos. El temor de que la extirpación del gusanillo del intestino grueso se complique, me lleva a otra fuente. Adriana Gutiérrez, una ex representante a la Cámara por Caldas y senadora de la república que me contó toda la verdad y un poco más. Es bisnieta de Liborio Gutiérrez Robledo y dice sin vacilación alguna: “La hacienda no era de mi bisabuelo sino de su hijo, Guillermo Gutiérrez Vélez, mi abuelo, a quien lo mató un aneurisma en pleno uso de la palabra en el Congreso. La heredó entonces su esposa, Matilde Jaramillo Jaramillo, mi abuela, y ella se la vendió al departamento”. ¡Eh, Ave María! De nuevo la luz. Fue un negocio entre copartidarios, amigos conservadores. 200 cuadras por \$120.000.00 Ocurrió el 18 de abril de 1953, 58 años y un día después de la muerte de Jorge Isaacs, que murió a los 58 años. Y un siglo exacto después del regreso del joven Isaacs a Cali, ante la imposibilidad de viajar a Londres a estudiar Medicina, pues el palo no estaba para cucharas. En adelante la fortuna le sería esquiva. Parafraseando el significado bíblico del nombre Efraín, Dios no le dio fruto en la tierra de su aflicción.

Y en cuanto a Carlos A. Sardi Garcés, fue uno de los tres gobernadores⁷ que tuvo el Valle del Cauca en el convulsionado 1953. Dejó su cargo el 9 de junio y a los cuatro días hacía parte de la Asamblea Nacional Constituyente. Y del ‘Escuadrón Suicida’, conformado por partidarios de Laureano Gómez. No se reformó la Constitución, pero se legitimó la presidencia de Rojas Pinilla. Sardi salvó la hacienda y de paso se hizo a un lote nada despreciable. No compartía las ideas del Teniente Coronel, pero sí el gusto por el ganado y los encierros. ¡Prohombre! Y lo reza el Acuerdo 072 de 1966 del Concejo de Cali, que no se ahorra adjetivos para ciudadano tan ilustre. “...por sus brillantes servicios en todos los órdenes del quehacer humano, con extraordinario decoro y

⁷ Carlos A. Sardi Garcés del 1 de septiembre de 1951 al 9 de junio de 1953. Jesús María Murgueitio del 10 de junio de 1953 al 22 de junio de 1953. Y Diego Garcés Giraldo del 22 de junio de 1953 al 30 de octubre de 1955.

magna excelencia...”. ¡Por Dios! Si hasta parece redactado por Isaacs. Del que muy poco se ha dicho es del maestro Acuña, quien asumió la restauración de la casa con una disciplina casi monástica. Era pintor y escultor, no arquitecto. Esquivo a lo público, se consagró a la recuperación del espíritu de la Casa de la Sierra. Fue el pedernal del que brotó la chispa de una recuperación asombrosa. Y que los maestros de obra se encargaran del resto.

Y el resto es historia. La Hacienda El Paraíso es un sitio de culto, no literario sino turístico. Hermoso, pero no tranquilo. Después de tantas angustias y afugias económicas, hoy se ofrece y vende de todo, menos literatura. En medio de suvenires, sancochos, helados, obleas, zumos de uva, viajes en parapente, cabalgatas y más, un anónimo lector obstinado musita en medio de la algarabía que este espacio lleva consigo la noción poética. Si atendemos a Gastón Bachelard, deberíamos agregar que, a pesar de todo, esta casa contiene el alma de Isaacs, su topografía; y entre sus relieves, la esencia de la novela. Suena El Paraíso, del músico argentino Roberto Pansera, y la integración entre los turistas trasciende a lo psíquico. Todos se sienten vallecaucanos. Todos vibran. “Yo nací aquí porque él quiso, anticiparme en la tierra, lo que será el paraíso”. Bíblico, idílico, divino. Lejos de ser el lugar cercado para los árabes, pero muy cerca del espacio idealizado por el cristianismo. Fue composición exclusiva para la película *María* que protagonizaran la italiana Taryn Power y el mexicano Fernando Allende. En contraste con el permanecer feliz de la casa escenario literario, nadie sabe aquí la suerte de la casa en la que murió Isaacs.

Lejos, muy lejos, estaba de imaginarse el padre de Isaacs a su paso por Purificación, Ibagué y Cartago en 1822 —puntos de su periplo desde Jamaica a Quibdó, un siglo antes de la proyección de *María* en el Salón Moderno—, que varios de sus hijos recorrerían parte de esos caminos y uno de ellos —Jorge, el más célebre—, lo haría para morir en medio de la más absoluta estrechez económica en el Estado Soberano del Tolima.

Corrían tiempos en los que la luz del sol regulaba todas las actividades humanas, el río Magdalena era la gran vía de la nación, los discursos definían el destino de una patria que seguía siendo boba y las guerras civiles provocaban, además de muertos y enemistades, tremendas paradojas jurídicas. Fue el tiempo de Jorge Isaacs. Durante su vida hubo en el país cinco guerras civiles generales, cuarenta insurrecciones y se promulgaron cinco nuevas Constituciones. Quebrado, contagiado ya de paludismo, perseguido por sus coterráneos y desengañado en la más singular de sus aventuras políticas que lo proclamó Jefe Civil y Militar del Estado Soberano de Antioquia —cargo en el que estuvo desde el 1 de febrero hasta principios de mayo—, emigró a Ibagué en 1880. ¡Mayo! ¡Ah, vida perra!

Emprendió allí empresas mineras que le resultaron quiméricas. Todo cuando ganaba en negocios como la sociedad Isaacs Hermanos en Honda —con la que distribuían maquinaria— o la Hacienda Maracaibo en Armero o como funcionario público, lo invertía en ellas. Baste con decir que como Director de Instrucción Pública del Estado Soberano del Tolima, ganó entre enero y septiembre de 1883, \$1.200 pesos, 150 mensuales. Todo se fue en proyectos mineros. Fueron nueve minas las descubiertas en los alrededores de Ibagué y ninguna le otorgó la riqueza anhelada. Al audaz e inquieto aventurero, la ambición se le convirtió en codicia. La quiebra había sobrevenido con el embargo y remate en subasta pública de Guayabonegro en 1878, que había comprado en compañía del chileno Recaredo Miguel Infante. Confirma lo anterior que la opulencia lo abandonó es cierto, pero no lo es menos que no probó el sabor de la indigencia. Aunque sus últimos cinco meses fueron en extremo difíciles, sin tener incluso para fumar o pagar el lavado de su ropa. Era un emprendedor que fracasaba y al que no le alcanzó la vida para ver la luz de la fortuna. Esta apenas sí penetró por las rendijas de su aposento final, hoy derrumbado.

Fue un destierro voluntario al lugar que habría de enterrarlo. Vehemente y luchador. Ingenuo y catastrófico, como lo describe

el beligerante Gustavo Álvarez Gardeazábal. Pero incólume en su carácter, fue enterrado de pie —como ordena el rito masón—, en un cajón especialmente diseñado por don Clímaco Gómez, el mejor ebanista de Ibagué en 1895. Se la había jugado por un país unido, anticlerical y murió derrotado, en una casa prestada y con un cura al lado, Jesús María Restrepo. Luchando por mejorar las condiciones de vida de campesinos, artesanos, negros e indígenas. En otra de las ironías de su lacayo existir, en el momento póstumo estaba —además de su familia— el niño Juan Nepomuceno Buenaventura. Había sido en La Víbora, en la vía a Buenaventura, donde comenzó a escribir *María* y donde adquirió las fiebres palúdicas que lo mataron el 17 de abril de 1895 a las 6:00 de la tarde, tras dos días de sufrida agonía. Todos sabemos que fue la víbora la que tentó a Eva en El Paraíso y pocos la respuesta de Isaacs a la pregunta del presbítero Jesús María: ¿Creéis en Jesucristo? “Soy de su raza, creo en él, en sus evangelios y espero su misericordia”. Su muerte pasó inadvertida, como hoy está La Casona donde falleció. Desmoronada, abatida por la ruina, entre escombros y malezas.

Hay que atravesar de nuevo la montaña. Es preciso volver al que Isaacs llamara lugarejo. Lejos de las haciendas, pero cerca de sus ilusiones de riqueza. La información es exigua. En una primera revisión bibliográfica la mayoría de autores le dedica lacónicas líneas a la estadía de Isaacs en Ibagué y nada a La Casona. Nada. Lugar de paso, punto intermedio, única opción y sepulcro, son algunos lugares comunes. Es como si el Valle del Cauca aún no le perdonara el haber partido hacia el Tolima. Y como si La Casona debiera morir. Aún de día es un espacio lúgubre, triste, sombrío. Tres lustros de su existencia son un eslabón biográfico inexplorado que es preciso identificar y valorar. Quince años despachados con desdén provincial por quienes han abordado desde diversos recodos su vida y obra. De ahí que en otra equilibrada paradoja mientras se intenta saldar la deuda histórica erigiendo su considerable

producción intelectual, La Casona, en la que murió, se derrumba. Poco queda de ella. Ha caído buena parte de su estructura. Peligra así una estupenda posibilidad de medir la auténtica dimensión de un espacio en el que también creó el autor de *María* y ha de tener qué decirnos, experiencias emotivas y claves de comprensión.

Este patrimonio histórico y cultural yace a la vera del camino que lleva a Villa Restrepo, sitio de reciente peregrinación y eje turístico del Cañón del Combeima. Incluso bajo un sol resplandeciente, sobre los muros de La Casona se dibujan formas extrañas que trazan las ramas de los árboles circundantes y la maleza que la hostiga. Con todo y sus excursiones en búsqueda de riqueza, aquí vivió Isaacs más que en El Paraíso. Y más que en la casa de la Hacienda El Peñón en Cali donde terminó de escribir *María*. La zona es al Tolima lo que el Valle del Cocora es al Quindío. Su anverso, como esta vieja casa es el anverso de la de El Cerrito. El río Combeima es la corriente que drena el flanco oriental de la cordillera central y los indígenas le llamaron Cutucumay, que traduce “río del oro puro”. Isaacs debió saberlo y lo persiguió. Pero como en 1968 lo consignara desde México en un hermoso vals, don Jorge Villamil Cordovez, todo fue Oropel y el principio de la actual filosofía midió al autor de *María*: “Amigo cuánto tienes, cuánto vales...”

Allí podría estar una clave del por qué se pudo recuperar El Paraíso y no se ha podido ni siquiera mantener La Casona. Los propietarios y sus relaciones con quienes ostentan el poder y determinan las políticas públicas. Las estirpes que se mueven entre la plutocracia y la oligarquía, entre los ricos y los privilegiados que negocian entre ellos el futuro de todos. Al margen de la importancia arquitectónica —que puede discutirse— toda la familia Isaacs parece signada por el señalamiento, la pugna, el destierro político y la desaparición del escenario público. Vieron todos huir la riqueza, pero también la calma, porque fueron señalados, estigmatizados y vistos como parias en la nación que un pariente esclarecido ayudó a construir. Aunque bien emparentaron, ninguno se destaca públicamente. Ibagué y Cali rinden tributos, pero

no aparecen los recursos para salvar un espacio que se cae a pedazos. El Paraíso es referente de un departamento, punto focal de un eje turístico, no en vano el excelso compositor opita citado lo destaca en otra canción, *Mirando al Valle del Cauca*. La Casona en cambio, ni colonial ni republicana, es apenas un recodo del camino.

En 2009, el Tribunal Administrativo del Tolima ordenó la restauración de La Casona de la Meseta, pero dos figuras jurídicas le ayudan al desmoronamiento en su tarea inexorable. El inmueble figura dentro del Plan de Ordenamiento Territorial como bien de interés arquitectónico, pero es privado, y eso evita que se puedan hacer inversiones en él. Y también, porque está en zona de alto riesgo. Además de ser una propiedad en sucesión. En cumplimiento del fallo la gobernación del Tolima y la alcaldía de Ibagué destinaron \$182 y \$5 millones respectivamente, para la preservación del inmueble, pero se los tragó la burocracia. Pasan ciclistas y turistas. Transeúntes y campesinos. Pasan los días y también los desprevenidos. La pancarta descolorida que informaba: Casa Jorge Isaacs, fue reemplazada. Pocos saben por aquí quién fue, qué hizo y, menos, que allí murió el hombre cuya vida sintetiza todo el espíritu de nuestro siglo XIX. El escritor versátil, el poeta, el activo combatiente, el guerrero eterno, el inspector de construcciones, el político intenso, el diplomático prudente, el jurista en ciernes, el etnógrafo crédulo, el explorador minero, el soñador de quimeras doradas y perseguidor perpetuo de una riqueza que le fue esquiva. En otra afligida ironía, hoy esa valla invita al restaurante Fania. Aquella novela inconclusa de Isaacs. Otra obra inacabada. Como la mayoría de todo cuanto lo rodea, que desaparece. Solo queda lo literario.

No fue difícil ubicar a la dueña de La Casona. Es propiedad de Lucero Moreno, una mujer enamorada de Isaacs y obnubilada por la idea de convertir el lugar en un museo, pero sin ceder un ápice de su posesión. Aunque fue próspera finca cafetera y del alumbrado público vecina, en pleno 2017 la Casona no cuenta con energía. Nunca ha tenido. Tampoco,

claro, en 1998 cuando la Fundación Grupo Lugar que ella preside ganó la beca departamental de creación en artes audiovisuales. No llegó a ella la modernidad. No podía haber sido en otro lugar. Debía ser en Ibagué, uno de los hijos del Estado Soberano de Tolima. Fue aquí donde mitigó la amargura de sus últimos días y donde se condensó la idea de grabar el primer documental sobre la tierra que acogió al creador de *María*. Donde los arreboles de su vida física y literaria se fueron apagando al ocultarse el sol de un señorío que pretendió recuperar escarbando vetas. Una grandeza que siempre consideró le pertenecía a su estirpe, al linaje heredado, a esa raza compartida con Jesucristo.

Lucero brilló de emoción. Es artista plástica. Hija de la mañana. Portadora de luz. Sus ojos atropellan de placer iluminados, cuando se refiere al escritor. Habla a millón. Los enlutados y oscuros tres lustros finales de Isaacs en Ibagué serían contados en imágenes. Las ideas como ráfagas incandescentes encandilaron a Gabriel Beltrán, otro escultor metido en lides de recuperación. Dirigieron el proyecto. Jaime Morán rindió homenaje a la capital musical de Colombia con unas melodías originales, que Ricardo Yepes ubicó en momentos puntuales de la narración. Libardo Vargas prestó su masculina voz a Isaacs y España Vélez, fungió como narradora en tercera persona. Una vez más los realizadores cedieron a la tentación creativa y se dejaron seducir por el impulso de mezclar realidad física y ficción literaria.

La verdad es que el documental *Cuando bramó el Combeima*, es una biografía audiovisual mixta del autor y de la novela, una cadencia más costumbrista que romántica, que se sirve de datos históricos comunes, imágenes y puestas en escena cargadas de simbolismo, y de algunos objetos del escritor: su sable, un aguamanil, una versión de *María* con apariencia de incunable y la cama en la que murió; pero que muy poco nos dice de su estancia y afugias en Ibagué. Si acaso un pilón cansado de descascarar maíz. De hecho es otra ficción vestida de documental, un pacto tácito con el televidente que por supuesto sabe que quien le habla no es Jorge Isaacs, pero juega a creerle. La magia de este viejo

truco, radica en que nos conecta con hechos y personajes reales. En que nos cuenta cuentos fabricados con pedacitos de realidad. Presentado como una grabación de la vida real y sin las peloterías memorables de Calvo y del Diestro, este trabajo hizo pensar en un mejor destino para La Casona. Eso creyó Lucero Moreno. La han tildado de loca. Ella sigue hablando en tercera persona.

El homenaje de los 105 años resultó mejor que el del siglo, en el que una lapidaria placa de mármol incrustada en el bahareque reza: “El conservatorio del Tolima. Homenaje a la memoria del escritor y poeta Jorge Isaacs Ferrer. En el primer centenario de su fallecimiento. Ibagué, abril 17 de 1995”. También en 2000 el Banco de la República rendía homenaje a Isaacs con el billete de cincuenta mil pesos, el de más alta denominación hasta 2016 cuando Gabo lo reemplazó y Carlos Lleras lo tumbó con el de cien mil barras. Hace 17 años se estimó la restauración de La Casona en \$2.000 millones de pesos. 40 mil billetes de los moraditos o 20 mil de los de las palmas del Valle del Cocora. Y nada. Con el documental El Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes del Tolima quedó satisfecho, el Ministerio de Cultura de Cultura con la sensación del deber cumplido, y Lucero, con la idea de promover a través de él la restauración de La Casona. Y hacerse a un museo con hotel incluido.

Solo fue un débil relámpago que no alcanzó a iluminar el tenebroso destino de este lugar aciago. Una nube oscura se cierne sobre esta edificación. Otra singularidad, otra revelación, otra burla del pasado. Tolima, es una palabra que viene de Tolaima, que quiere decir “nube” en el lenguaje Karib. Siempre en las afueras de la ciudad, siempre cercana, nunca absorbida. Alta, muy alta, La Casona deja ver una enorme tronera en su costado, como rezagos de combates insufribles, de bombardeos inconfesables. Deja ver en sus entrañas, cañas y vigas entretejidas con arcilla y arena. Inmensos ladrillos unidos por una mezcla de calicanto combaten contra tímidas reparaciones que datan de la época, algo reciente, en la que fue chircal. Aún el barro mezclado con

paja picada, moldeado en forma de ladrillo y secado al sol, resiste los embates de las calendas, la humedad y la desidia. Imposible no evocar *Las Acacias* (ese poema vuelto canción popular y cuya melodía es del antioqueño Jorge Molina, hijo de María Cano), y proyectar su letra sobre las paredes pálidamente alumbradas por las inquietas sombras del tiempo en La Casona. Parece escrita para ella, pero es apenas otra absurda coincidencia. “Gime el viento en los aleros, desmorónanse las tapias...”.

Poco queda de la construcción que no haya sido reparado con más intuición que conocimiento. Todo sucumbió al hierro, a las verjas y cerraduras. De las trancas de madera pasó a los candados. En tiempos de la modernidad su seguridad fue varias veces burlada. También su recuperación. Aun transpira. Ojalá pase de las tinieblas a la luz. Tuvo tantas habitaciones como quebrantos físicos. Agoniza. Se muere, como hace 122 años Jorge Isaacs, con una familia arrimada, unos pocos amigos y la ruina como testigos. Lo que queda de La Casona está en lo alto, alejada del bramido del río Combeima que de cuando en cuando reclama sus viejos cauces y se lleva parte de la desventura que se siembra en sus orillas. No importa si son cultivos de pancoger o ranchos miserables. Cuando el Nevado del Tolima suda, lloran los ribereños. Es un volcán y su deshielo llena el cauce que con sus lahares amenaza con cubrirlo todo. A 450 metros de su orilla, el río tendría que subir 50 metros para tocar La Casona. Ella ha estado a salvo, a salvo de los desastres naturales, aunque muy afectada por las catástrofes administrativas. Es inadmisibles argumentar que no se restaura o recupera o reconstruye porque está en zona de alto riesgo. En 197 años el Combeima no se le ha arrimado tanto, solo la vigila y ella lo atisba. El río brama y levanta la bruma que la cubre en la aurora y el ocaso.

Cuando Isaacs llegó a Ibagué, el poblado albergaba por entonces en poco más de diez cuadras de casas pajizas unos 8.000 vecinos, pero contaba con una agitada vida económica y política, pues había más de 45

casas comerciales formalmente establecidas y era refugio de radicales y facciosos⁸. Lo anterior no desentonaba con el espíritu aventurero y rebelde del autor de *María*, y con su recio carácter, acrecentado por la decepción que le habían causado sus otrora amigos en Cali y que dilataba en él la íntima percepción de ser otro judío errante, trashumante y permanente desterrado. Eran tiempos y caminos difíciles. Pasadas ya las guerras civiles de 1851, del 54, del 60 y del 76, los atolladeros donde el barro llegaba a alcanzar el pecho de las mulas y las rodillas de los arrieros, eran solo comparables con la inestabilidad política de una democracia débil y vulnerable. En formación. Faltaban las guerras civiles del 85 y 95, y la Guerra de los Mil días.

La casa que le cede para vivir su amigo Juan de Dios Restrepo, “Emiro Kastos”, lejos está del esplendor de las que fueran sus haciendas en el valle del río Cauca. Era una casa grande sí, pero con una arquitectura básica en ele tradicional. 16 habitaciones sin lujos ni ostentaciones. 40 metros de frente y seis de alto que le permitían una visual espléndida y radiante del cañón del río. Dos niveles. Ventanas muy pequeñas. Escaleras y pasillos internos. El tiempo ha devuelto a través de la maltrecha morada, la indiferencia que el autor tuviera con el poblado de paso que lo acogió. Su importancia fue estratégica y ahora sería —si se recupera— simbólica. Fue una estancia para viajeros, no una hacienda con presunciones aristocráticas en su diseño. Era paso obligado en el camino de Quindío, hoy Salento. De Cartago, que había sido fundada donde hoy se encuentra Pereira. Camino que recorrieron Bolívar e Isaacs rumbo a su encuentro final con la muerte. Y también el para nada ilustre y tristemente luctuoso “Sangrenegra”, Jacinto Cruz Usma.

Arriba Jorge Isaacs en el momento justo en el que Ibagué tomaba la delantera a poblaciones como Natagaima, Purificación, Guamo y Honda,

⁸ Podría decirse que los dos grandes partidos de la República (liberales y conservadores), claramente demarcados, con ideas propias, y caracterizados con los nombres de ministeriales y progresistas; o retrógrados y facciosos, para la época sufrían profundas divisiones internas que habrían de llevarlos después de muchas guerras al afianzamiento en el poder.

que también habían sido capitales del Estado Soberano del Tolima, pues las migraciones causadas por la Regeneración⁹, la expansión de la colonización antioqueña salida del Gran Caldas y el atractivo auge minero que se dio en su periferia montañosa, aumentaron su población y claro, su economía. No era pues tan inocente y fortuita la decisión de Jorge Isaacs de no radicarse en Antioquia o Bogotá, donde además de aliados necesitaba dinero, y de los dos disponía en bajas cantidades. Además en Ibagué estaban algunos de sus hermanos. Enrique, por ejemplo, con mejor fortuna que su padre en la ganadería.

En esa misma década, en 1886, la ciudad es visitada por un súbdito francés conocido como el conde Gabriac, quien habría de rebautizarla como “Ciudad Musical”, título que ostenta hasta nuestros días. Acompañado del vizconde Blin y con cartas de la Emperatriz Josefina, presentadas al presidente Mosquera, Alexis Gabriac llegó a Ibagué para trasmontar la cordillera del Quindío y llegar a Buenaventura, para embarcarse a Ecuador. De allí pasar a Perú y finalmente a Brasil. Explorador y cronista a la altura de José Celestino Mutis o Alexander Von Humboldt, también pasó por La Casona. Pues Isaacs había sido subinspector de los trabajos del camino entre Cali y Buenaventura, nombrado por el mismo Tomás Cipriano, y nadie mejor para orientar al culto diplomático en su travesía. Pero don Jorge estaba en Fusagasugá, en casa de su amigo Ramón Argáez, huyendo nueve meses de posibles retaliaciones por haberse rebelado en contra del gobierno de su benefactor Rafael Núñez. Solo estaba su familia esperándolo, esperando esa luz que nunca llegó.

La Casona está situada a escasos dos kilómetros de la Plaza de Bolívar, epicentro histórico de los ibaguereños. Acaso un cuarto de

⁹ Fue un movimiento político surgido en Colombia a finales del siglo XIX, liderado por Rafael Núñez. Su objetivo era cambiar la organización que tenía el gobierno y la sociedad colombiana, a partir de lo establecido por la Constitución de 1863, con la que habían creado los Estados Unidos de Colombia y que convirtió al país en una república federal.

legua debían recorrer todos los días Lisímaco, Jorge y Daniel, tres de los hijos de Isaacs, dispensarios de un pequeño almacén de mercancías ubicado en la esquina donde hoy funciona la droguería Jorge Vila y donde culminaba la antigua Calle del Comercio. De él vivía la familia. David andaba en otros negocios. Su primogénita Clementina, había muerto en 1869 a los once años. María y Julia —que nunca se casaron ni tuvieron hijos— ayudaban con labores a doña Felisa, inspiradora solitaria de textos como *Fania* o *Camilo (Ave Negra)*, opacados por *María*. Diagonal al lugar está hoy la Catedral Primada de la Inmaculada Concepción, que comenzó a construirse en 1926. No eran, ni Isaacs ni sus hijos, asiduos visitantes de la pequeña iglesia ubicada entonces allí, en el mismo lugar donde los conquistadores celebraron la primera misa en 1551, en una capillita de murrapo y tapia pisada. Es el espacio de la fe en Ibagué.

Erróneamente, al lado izquierdo de la misma, donde hoy funciona la Librería Editorial MW, Miguel Wilches, en la Calle 10 No. 2-50 en el Palacio Arzobispal, hay una placa que sentencia: “Aquí murió Jorge Isaacs. Ibagué rinde tributo a su memoria. Augusto Trujillo Muñoz. Presidente Concejo. Augusto Vidal Perdomo. Alcalde Mayor”. Lo cierto es que allí fue velado, pues sus familiares no quisieron privar a sus escasos amigos de tertulias, literarias y políticas, del último adiós. De este error se ha pegado el Ministerio de Cultura, para no declarar patrimonio La Casona. Su cadáver fue llevado al amanecer del 18 de abril desde La Casona, por el empinado camino que coronaba al final una calle desempedrada donde hoy se ubica el Parque de la Música —al frente del Conservatorio del Tolima y la Sala de Música Alberto Castilla—, hasta el mencionado sitio de la velación.

Permaneció allí unas horas antes de ser sepultado, muy cerca, en el cementerio de la Parroquia (terreno que hoy ocupa la Clínica Tolima) que guiaba el padre Jesús María Restrepo, quien el miércoles en la tarde había sorteado los barrizales provocados por las intensas lluvias de abril, para ir a aplicarle la extremaunción al hombre cuya vida fue una auténtica peripecia. Allá reposarían sus restos nueve años, siete meses

y tres días, antes de ser exhumados y llevados a Medellín, como fue su voluntad expresa en una carta enviada a Juan Clímaco Arbeláez el 2 de agosto de 1893: “Si aquí en este lugar me dan tumba prestada, que pronto envíe Antioquia por mis huesos: a ella le pertenecen”. Una triste y afligida claridad que deja a Cali e Ibagué en las penumbras de su alma.

Los constantes viajes de Isaacs en búsqueda del paraíso de la riqueza, el cansancio y la ilusión maltrecha pero ansiosa, hicieron que solo se radicara de forma definitiva en La Casona de Ibagué en 1888 y que redujera su existencia a la escritura, rodeado del amor de su esposa y de sus hijos. Fueron ocho años de infatigables excursiones a remotos lugares de la geografía nacional. Se había casado con Felisa (“Selfia” en sus poemas) el 19 de noviembre de 1856, cuando ella despuntaba los 14 años y él los 19. Idénticas edades de María y Efraín. Similares las procedencias. Parecidas las ascendencias. Y equivalentes las mermadas fortunas. Jamás los padres de la joven, Ignacio González Domínguez y María Manuela Umaña Avelenda, se opusieron a la relación. Aunque la riqueza comenzaba a serle esquiva a la familia Isaacs desde la muerte de don George, el 16 de marzo de 1861. Las doce mil hectáreas y sus 12 hijos (sin contar a Jorge Isaacs, cuya trascendencia se comprueba con la vigencia de su obra cumbre) se desvanecieron. Las primeras, entre los acreedores; y los segundos, entre las neblinas de la historia.

A pesar de todo, Jorge Ricardo era un buen prospecto. Cinco años de casado tenía cuando murió su padre y una luminosa carrera militar, pues había empuñado por primera vez las armas a los 17 años, en contra de la dictadura del general José María Melo. A los cargos públicos llegaría a los 27, como subinspector de caminos; y su carrera política comenzaría a los 29 años, como diputado. Era un hombre brillante, pero terco. Combativo, pero crédulo. Vehemente, pero imprudente. Visionario, pero cascarrabias. Siempre fue un ave migratoria a la que la miseria cortó sus alas. Palmira, Cali, Buga, Popayán, Bogotá o Medellín. Cauca, Tolima o Guajira. Chile o Argentina. Es como si hoy todos en Colombia atendieran las palabras de Isaacs sobre La Casona, que para él fue poco

menos que una casita vieja. Alojó a su familia, pero también albergó su fracaso y enmarcó su trágico destino, del que pareciera ella debe ser testigo hasta que muera. Hasta que se apague.

Ha comenzado a caerse. ¡Dios te salve! Es poco probable. Sería un milagro. Permanece herida, como Jesús ya muerto, en uno de sus costados. ¡Brille para ella la luz perpetua! La de la vida eterna, aquella de la que goza El Paraíso. Parece imposible. Entre plásticos negros y polisombra verde, entre guaguas y oxidadas verjas, se cubre su derrumbe. La debacle ha sido implacable. Poco queda, como de la película. Algunos segundos en la inmensidad de los tiempos. Solo está erguida la esquina en ele y fragmentos de los muros del primer piso. A lo lejos el extenso tejado de zinc da la sensación de un efecto dominó. Esa cadena de derrumbes inexorables. De causas y efectos sucesivos. Ese accidente previo de una ficha que desencadena un desastre irreversible. Una ola estremecedora de claroscuros fatales. Como los maderos sagrados, cruzados y clavados, las ruinas de La Casona se sobreponen, se entrelazan y martirizan. Duele ver tal postración. Tanta historia arrumada. Perdida entre el rastrojo verde que la consume. Breñas que pronto serán matorrales. Enredaderas que en breve embolatarán la idea de recuperación.

Tal vez porque nada de lo que escribió allí bajo la luz titilante de una lámpara tan agotada como él, tuvo la trascendencia de su obra cumbre, *María*, el menoscabo actual de la casa pareciera confirmar que el infortunio y la miseria no cesan de perseguir al último romántico de la nación. Ciertamente es que fue mucho más que un simple romántico, y que el tiempo es inapelable y no da vigor perdurable. Fue un hombre versátil, apasionado y de múltiples facetas. Hoy La Casona ha de sentirse como él cuando le agotaba incluso ir al pueblo para cumplir con algún trámite de rutina. Agonizante. Moribunda. El asfalto la vigila. Un poste de la energía eléctrica parte su visual. Sus adobes cedieron al ladrillo. El barro al cemento. La teja de barro cocido al zinc. La madera al hierro. La Casona al tiempo y la memoria al olvido. Pero incluso con

sus heridas agrietadas, lo poco que queda se mira bello, imponente. Está lastimada pero resiste y permanece —de pronto— con solo la cabeza alzada. El humo que emanaba de su cocina era señal de vida y punto de referencia después de la travesía de la cordillera. Justo al frente, en una gran fonda (hoy inexistente) que podría ser el germen turístico de la zona, los viajantes se mezclaban con mineros y al fragor de la chicha entraban en reyertas que Isaacs y “Kastos” debieron contemplar y comentar con fruición, desde el segundo piso de La Casona, hoy en el suelo, preso del gorgojo y la pudrición, inaccesible.

Por el costado derecho, un gran portón de entrada, y un muro de ladrillo cocido y cemento que tapó el patio interior, convertido hoy en tendedero de ropas. Un guayabo grande es testigo. Fue amarradero de bestias. Vestigios de la esplendorosa finca cafetera. Un patio empedrado, que asciende desde el interior de La Casona en terrazas hasta un beneficiadero con dos tolvas nos habla de tiempos idos. Fue cubierto con cemento para secar el grano. Al otro costado, al izquierdo, el acabose. La habitación de tres ventanas, que era la más afectada, ya no está. Se miraba desde allí, el Combeima, el Nevado y el interior de la casa. Allí escribió Isaacs. En la de enseguida murió. Ya se cayeron. Nada ha dicho la presidencia, que declaró 2017 como el año de Isaacs. Ni las gobernaciones de Tolima y Valle del Cauca. Ni las alcaldías de Ibagué y Cali. Ni el Ministerio de Cultura. Bueno, tampoco quiso decir nada ante la muerte del escritor, el presidente Miguel Antonio Caro, que se opuso incluso a declarar duelo nacional. La animadversión no se apaga. La Casona no podrá iluminarse ideando figuras de luz, sino haciendo conciente a Colombia de su oscuridad, de su ceguera cultural. Pues no es posible despertar la conciencia sin dolor. ¡Y cómo duele ver este monumento en ruinas! ¡Cuánta desolación! ¡Histórico desamparo!

Cuando en 2016 la Universidad Autónoma de Occidente de Cali estrenó el documental *La Casona del Olvido*, la esperanza aún habitaba el lugar donde se apagó la vida del escritor caleño más importante de

todos los tiempos. Aunque el deterioro era evidente, estaba completa. Como Isaacs, poco dado a ocultar lo que pensaba, todas las fuentes consultadas para ese trabajo al unísono reclamaron con ahínco no solo atención, sino apoyo económico para salvarla. Álvaro Cuartas Coymat, habló de desfachatez; Carlos Orlando Pardo, pidió la expropiación; Gustavo Álvarez Gardeazábal, refirió con ironía la desventura y angustias de la casa; Fabio Martínez, evocó el prestigio del autor y el desprestigio de nuestros dirigentes para atender el lugar; y Darío Henao Restrepo, hizo hincapié en lo incomprendido que aún sigue estando *El caballero de las lágrimas*, como lo rebautizara en una de tantas biografías, Luis Carlos Velasco Madriñán. Salvo un joven profesor de la Universidad del Tolima, Omar Alejandro González, quien con ímpetu dijo: “El mejor homenaje para un escritor es leer su obra”, todos protestaron. Y de nada valió. La Casona se extingue.

En un país tan adverso como el que le correspondió vivir, Jorge Isaacs es el primer hombre moderno de la literatura colombiana. Y quiso, desde la mayoría de los escenarios en los que se movió, cimentar las bases y levantar el faro de un sujeto moderno, el mismo que hoy responde con desdén, ingratitud y ruina, al espacio donde dejó de existir el polifacético autor. Su obra cumbre es sin duda reconocida, recordada, reeditada, releída y respetada; mucho más en fechas como el nacimiento o la muerte en las que florecen los homenajes, pero languidecen los intentos por preservar los espacios físicos, que son patrimonio arquitectónico o cultural. La muerte de Isaacs en La Casona es un acontecimiento de trascendencia, inadvertido por una sociedad que a pesar de este yerro, pareciera haberle comenzado a valorar en su justa dimensión. Un lugar que, desenterrando la respuesta a un copartidario conservador en el Congreso que le reprochaba sus simpatías por el partido liberal, debe pasar de las tinieblas a la luz. Si muchas veces fue perseguido y en una ocasión incluso lapidado por oponerse a las leyes que favorecían el clero, hoy hay que rogar a Dios que alguien se apiade de esta casa y ponga la primera piedra para su restauración.

Aunque en buena medida sería una reconstrucción, pues como se ha dicho la mayor parte del costado izquierdo de la casa se cayó. El agua hizo su paciente y efectiva tarea. La fue minando gota a gota, mientras un aguacero de leguleyas razones ha sido disculpa para no salvarla. Contrario a *María*, que aún hoy no deja de ascender como una virgen irradiada, Isaacs cabalgó siempre hacia el abismo infernal de la desdicha. Se abrió a la nación con un desbocado frenesí político, con el fulgor de una mirada libertaria de la realidad, incluso con una furia desbordada en la escritura, que le granjeó enemistades perpetuas. Ni aquí ni allá, emerge la luz al final del túnel para salvar la casa. Ni en Ibagué ni en Cali refulge la esperanza de unos dineros para que la memoria no muera. Su propietaria no la vende, solo quiere recuperarla para la historia de un país con escasa memoria. Eso dice. Que la ceda, tampoco. Que la administre el Estado, menos. Es una lucha desigual, la de un solo lucero contra la penumbra, a la que le piden deje de habitar el cielo para poder brillar. Han de ser las contradicciones que encierra su nombre: Lucero Moreno.

Existen escrituras desde 1850. En medio de sucesiones y divisiones, de herencias e hijuelas, de hipotecas y deudas, de compras y ventas sucesivas, los linderos de la propiedad fueron cambiando, se fueron estrechando las propiedades y las otrora fincas se fueron convirtiendo en varios lotes, la casa donde vivió Isaacs sus últimos años se fue quedando sola, acorralada, asediada por las fauces de la posesión que otorgan el dinero, los títulos de propiedad y la codicia. Comenzó a envejecer y a ser llamada La Casona. Un nombre sin nombre. Mientras El Paraíso resplandece, ella oscurece. Mientras La Hacienda pervive, la vieja estancia apenas sobrevive. Mientras la primera recibe turistas, la segunda acoge trapevistas de la cultura —sin poder de decisión— que intentan maromas para salvaguardarla. Mientras la una tiene su futuro asegurado como museo, la otra es tildada de mamarracho viejo y feo.

Imposible olvidar que El Paraíso padeció las mismas angustias. Muy probable pensar que La Casona terminará hecha escombros. Falta poco.

Ha sido el destino infausto de joyas arquitectónicas en un país con poca conciencia de la memoria colectiva. Y si no es una joya, por lo menos ha de ser una reliquia de las letras nacionales, de nuestra identidad, que es preciso reconducir a la inmortalidad. Para creer junto con el romántico crítico de arte británico, John Ruskin: “Cuando construimos, déjanos creer que es para siempre”. Un espacio escogido por el destino para inmortalizar a un hombre. Y, si se hace lo que se debe, para ser otro lúcido monumento. No de mármol, sino de calicanto. No para que lo caguen palomas o lo meen indigentes, como el ubicado en la culata del concejo de Cali.

Bien vale recordar el poema de Isaacs, *Canto a Cali*: “...Y soy donde nací casi un extranjero, si me niegas tu auxilio a dónde iré”, para que la conciencia nacional abandone regionalismos insulsos e incoherentes. Y el discurso de Eduardo Carranza, en presencia del presidente Carlos Lleras Restrepo, el 17 de junio de 1967 en el Teatro Municipal de Cali con motivo de los cien años de *María*, para revalidar el libro y las letras como un instrumento de amor. Para que quede escrito en el mármol de la historia, que hubo un coro de voces que clamaron una salvación que no sucede. Y al final, una frase memorable de León Tolstoi, para constatar que no solo la llama escritural de Isaacs es una veta inagotable: “Decir que uno puede amar a una persona por toda la vida, es como declarar que una vela puede mantenerse encendida mientras dure su existencia”. Si Isaacs nació en Quibdó, fue para confirmar que los caleños nacen donde se les da la gana. Y si murió en una casa prestada, fue para ratificar que la vida es igual, prestada. Jorge Isaacs no descansará en paz, ni más faltaba, los escritores no se mueren del todo. Su llama es eterna. Si el trágico desenlace se cierne sobre La Casona y dejara de existir, como si fuera ella la culpable del trágico desenlace de él, sería la paradoja final de un hombre que la desdeñó, pero que con su muerte la inscribió en la historia.

Lizandro Penagos Cortés es Comunicador Social – Periodista, de la Universidad Autónoma de Occidente y Magíster en Literatura Colombiana y Latinoamericana, de la Universidad del Valle. Diplomado en Periodismo Público, ESAP, y Diplomado en Pedagogía, Universidad de los Andes, Fue reportero y Jefe de redacción del *Notipacífico*, Asistente de Dirección y director del *Magazín 9 p.m.*, con el que ganó el Premio India Catalina, en el Festival de Cine y Televisión en Cartagena: realizador y Asistente de Dirección del *Espejo de los días*; Director del programa *Desaparecidos y Desplazados*, espacio televisivo ganador de siete premios de periodismo, incluidos el Alfonso Bonilla Aragón y el CPB, del Círculo de Periodistas de Bogotá; Director del programa *D3 Equipo de periodismo investigativo*, programa de televisión escogido e incluido en el Banco de Iniciativas por la paz del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo; Director de *Cali Hoy Informativo*; Director del magazín informativo *Amaneciendo*, en *Telepacífico*; creador y conductor del programa periodístico PRO (periodismo, región y opinión); columnista y colaborador de los periódicos *Occidente* y *El País* y *Paréntesis*, *El Pueblo* y de las revistas *El Clavo*, *Habladurías* y *La manzana de la discordia*; bloguero del portal del noticiero *90 Minutos*. Su trabajo *Poblaciones y territorios en disputa* fue incluido en la colección *El sur es cielo roto*, de la universidad ICESI.

Fue docente de las universidades Javeriana y Santiago de Cali y actualmente es profesor de la Universidad Autónoma de Occidente.

Ha escrito los libros *Amanecerá y veremos. Una negación a escribir para el olvido* (2012) y *De vidas breves y bravas. Historias de gente como uno* (2016). Fue el Director del documental *La Casona del Olvido*, que narra el derrumbe del lugar donde vivió sus últimos años el escritor Jorge Isaacs.

332.40
0250197

BANCO DE LA REPUBLICA

BILLETE DE \$ 50 000

Homenaje a Jorge Isaacs

JORGE ISAACS

Ilustración: <http://www.banrep.gov.co/es/contenidos/page/billete-50000-pesos>

FINALISTA

El hombre del billete de cincuenta
¿Cómo fue la vida del hombre que hemos portado en la billetera?

KEVIN ALEXIS GARCÍA

“He pasado de las sombras a la luz”

Jorge Isaacs

*“Se ha estudiado al novelista y al poeta,
en la forma de un soñador romántico y casi supraterrrenal.
No se ha analizado al hombre con sus naturales
deficiencias o repulsiones que determinaron
el crecido cúmulo de sus enemistades y el permanente fracaso
de sus planes en la tremenda lucha por la vida”.*

Demetrio García

En la Hacienda El Paraíso el aposento de Efraín luce los accesorios que identifican el personaje: la imagen de Isaacs, quien lo escribió, una cruz cristiana sobre el nochero, tres rosas rojas sobre el gabinete y una escopeta sobre la pared. El tapete dispuesto al lado de la cama para poner los pies al levantarse es el cuero de un jaguar. La literatura hace más historia cuando viaja en compañía del poder.

Un dicho popular dice, en alusión al uso del bigote, que la personalidad se lleva sobre la boca —Cantinflas en sus películas lucía un bigote entrecortado, despoblado, débil e irregular—. En su fotografía más conocida Isaacs luce un bigote en forma de herradura, espeso y largo por los lados, le cubre los labios, es delgado en las puntas y se curva un poco hacia las mejillas en los extremos. Es una mezcla de los estilos imperial y revolucionario, da volumen a su rostro delgado y agrega fuerza a su carácter. El autor de *María* aparece en la foto en posición diagonal. Podría pensarse que gira su cuerpo a pedido del fotógrafo. Esa postura acentúa sus facciones y destaca su rostro rectangular. Bajo unas cejas pronunciadas, sobresale su mirada filosa, firme, metálica.

El ángulo de la mandíbula enmarca la piel. Isaacs era cazador y en la foto mira como águila, con una autoridad serena, sin perder el foco y sin asomo de dudas.

Miraba como un águila y tenía una gran visión. Hizo de la autobiografía, los relatos de costumbres y la escritura de viajes, una novela reconocida en Hispanoamérica. Las águilas, como todas las aves, ven los colores de forma más intensa, pueden distinguir más matices y detectar en la distancia los senderos de sus presas. Isaacs pintó con palabras y emociones el paisaje del Valle, cautivó a las lectoras de su época y a los letrados de la capital.

En la competencia por la notoriedad pública de su época fue el Muhammad Alí de la literatura, un ganador absoluto. Tejió su figura con palabras. Y las palabras son como las monedas, aunque conservan su forma cambian de valor con el tiempo y la distancia. Pero fue la propia imagen de Isaacs, no su palabra, la que el Banco de la República marcó en papel moneda. En el año 2000, el Banco decidió que el billete de cincuenta mil pesos, el de mayor denominación hasta ese momento, fuera un homenaje a su figura. Lleva el rostro del escritor con su mirada clara y su bigote espeso. En la parte superior aparece la silueta torneada de María, en posición contemplativa. A su lado un libro abierto recuerda la novela y sobre el fondo reposa el Valle serpenteado por el río Cauca. El reverso es un homenaje a El Paraíso con su samán centenario y frondoso y las dos palmas que se elevan a sus espaldas. En tonalidades lila, verde y amarillo lleva un pasaje de la novela que inspiró los colores del billete: “una tarde, tarde como las de mi país engalanada con nubes de color de violeta y lampos de oro pálido, bella como María”. ¿Puede haber una mayor metáfora de valor que marcar la imagen de un escritor en un billete? Isaacs es una imagen que se porta en la billetera y en el inconsciente.

¿Cómo debemos aproximarnos a este héroe decimonónico? Hoy la figura de Isaacs llega a los oídos a través de las voces de autoridad de profesores y directivos, de instituciones públicas, agencias culturales

privadas, y hasta de los cajeros electrónicos. Pero un día debes preguntarte quién fue ese hombre del que todo parece dicho, por qué los billetes de cincuenta mil llevan su imagen, cuál es la dimensión de su historia.

Su figura literaria es la de un hombre del que todo crítico serio siente cierta obligación de decir algo en algún momento de su vida. De *María* se ha escrito sobre el amor con Efraín, sobre el decoro de la protagonista, el significado de las flores de la hacienda, los vestidos de la época, los orígenes de los esclavos, la economía clasista; se ha escrito sobre la historia intelectual del novelista, sobre la nostalgia y la ausencia, sobre la vida y la muerte.

Recordar su nombre es parte de una agenda nacional. Cada que el nacimiento de *María* termina en una decena, el Estado agenda actividades para recordarlo. Sin embargo, en los colegios *María* no despierta el mismo entusiasmo. Una profesora de literatura que me habla como si estuviera confesando un delito y pide no citar su nombre, cuenta que la novela le parece fuera de época y que no le gusta gastarse el tiempo con sus estudiantes leyendo una historia rosa que no les dice nada a los jóvenes de hoy. Y te preguntas qué hacer cuando las grandes referencias culturales, centrales en las instituciones del Estado, apenas orbitan entre sus ciudadanos.

Te preguntas si puede despertarse una interpretación de las huellas de la identidad nacional solo a través de laureles y halagos; sobre todo para conocer un personaje que fue genio y figura, que caminó entre la exaltación y el insulto, entre las rosas y el barro.

No puedes leer la novela hoy sin que algo te muerda por dentro. María murió a los dieciocho años, no pudo disfrutar la fortuna que heredó de su padre, porque solo a los veintiún años una persona era considerada adulta y su herencia era la dote que el padre de Efraín, a cargo de María, debía entregar al hombre que la llevara al altar. Efraín se va a estudiar medicina a Europa, y las mujeres no podían estudiar, debían quedarse

en casa preparándose para el matrimonio. María se queda cuidando los rosales, escribiendo cartas de amor, cosiendo en el costurero, entre agujas e hilos, muriendo de epilepsia y pena moral.

Fabio Martínez, doctor en Literatura y uno de los principales investigadores de la vida de Isaacs, no se guarda adjetivos para hablar del escritor. Te cuenta que “fue un personaje emblemático para la cultura colombiana y latinoamericana en la segunda mitad del siglo XIX. Fue uno de los personajes más importantes porque escribe la primera novela fundacional de la literatura de este lado del continente. *María* es el mojón simbólico inicial para que se abra toda la narrativa en el siglo XX”.

Dice Martínez, biógrafo de Isaacs, que “así como García Márquez fue el personaje más importante de la literatura latinoamericana en el siglo XX, uno puede decir que Jorge Isaacs fue el personaje de la literatura latinoamericana más importante del siglo XIX”. Pero al relato del amor idílico y abnegado de *María*, García Márquez, también fabulador de la vida de provincia, opuso un amor mundano. Lo hizo en *El amor en los tiempos del cólera*. Conservó la lealtad y la constancia del amante pero desechó la castidad, la pureza y la abnegación. Al tono solemne de Efraín opuso la ironía y el patetismo de Florentino Ariza. Y como si uno de sus propósitos fuera hacerle una vuelta de tuerca a la novela de Isaacs, invirtió los argumentos de la trama. María se enferma de amor, pero en la novela de Gabo el amor llega como una peste a Florentino, no a Fermina; llega con molestias corporales y síntomas típicos del cólera.

En la novela de Gabo es Fermina el personaje acaudalado; Florentino es el hijo de una mujer humilde. Es Fermina la que parte del pueblo en compañía de su padre y es él quien queda adolorido esperándola. Parte de la fuerza de la novela de Isaacs se soporta en una pulsión que nunca se consume. Gabo narra una historia que abarca las pasiones juveniles más desbordadas hasta el tedio de la vida matrimonial. *El amor en los tiempos del cólera* está inspirada en el noviazgo de sus padres y la escribió luego de recibir el Nobel. Era la obra preferida del escritor.

Se lo confesó en marzo de 1998 a Conchita Penilla, de la televisión francesa: *Cien años de soledad* es un libro mítico, y aunque no trato de disputarle ningún mérito, *El amor en los tiempos del cólera* es un libro humano, con los pies sobre la tierra de lo que somos de verdad”.

Isaacs hacía parte del círculo intelectual de los hombres de letras de la capital que tenían gran influencia en la cultura. Y la cultura escrita tuvo un peso enorme para definir los rasgos de la vida pública. Los hombres de letras dirigían los periódicos y eran ellos quienes garantizaban que una novela se convirtiera en un hecho público. Aunque era de provincia, Isaacs pudo acceder a estos círculos gracias al estatus de su familia. Su papá era un comerciante inglés de origen judío que había llegado a la Gran Colombia gracias a las buenas relaciones que existían con el imperio británico. Su familia era acaudalada, su padre hizo una gran fortuna en la década de 1820 explotando minas de oro en el suroccidente del país. Luego se estableció en el Valle del Cauca y compró cuatro haciendas. Una la llamó Manuela en honor a su esposa. Otra la llamó Casa de la Sierra y hoy todos la conocen como El Paraíso.

El padre de Isaacs tenía haciendas en una época donde éstas eran el modelo económico por excelencia. No eran fincas de veraneo que hoy alguna familia de clase media alta podría adquirir pagando a cuotas para visitar los fines de semana, sembrar plantas y respirar aire fresco. No. Eran enormes territorios con cultivos, ganadería y esclavos.

Hoy El Paraíso es un idilio, no deja ver sus cicatrices. Permanece intacta, oculta el paso del tiempo, suspendida para la contemplación de propios y extraños. En una mañana de domingo de junio cuatro parapentes sobrevuelan a pocos metros de altura sobre la casona principal. Aquí la taquilla, más allá la vigilancia privada. La entrada para los niños a cinco mil, los adultos pagan ocho mil. En la primera planta de la casa está la tienda de artesanías. Vende ediciones conmemorativas de Isaacs, vino artesanal, llaveros, fotos por encargo. Mientras inicia un recorrido guiado, algunas mujeres se abrazan a las palmas, otras se sientan entre los rosales y las hortensias.

Al interior de la casa haces un viaje al pasado y descubres como la memoria encarna. A falta de filtros de agua y neveras, los esclavos vertían agua sobre un tinajero purificador que tenía piedra volcánica en su interior. Agregaban azufre, arena y carbón mineral. El agua era filtrada por una piedra pómez y caía sin impurezas a otra tina que la conservaba fría. Permanecía disponible para la voluntad de los dueños. Para retirarla los esclavos debían usar un cucharón metálico con dientes en forma de sierra que impedía tomar agua sin regarse. El esclavo que llevara el cuello mojado recibía un castigo. Debía llevar el líquido hasta el aguamanil, un jarrón ancho y vistoso con pico vertedero que permanecía en los cuartos y que a falta de lavamanos hacía de ajuar para el higiene personal de los dueños de la hacienda.

En la cocina hay un trapiche y dos pilones, uno oscuro para el café, otro claro para moler arroz y maíz. En ausencia de jabón lavaplatos los esclavos lavaban con ceniza y barro. Los mayordomos dormían sobre esteras de guadua con colchones de paja y compartían habitación entre cinco y seis parejas. Era bien visto que las mujeres quedaran embarazadas muy seguido porque cada recién nacido en los años siguientes sería un trabajador para la hacienda.

La casa fue construida en 1815 por encargo de un acaudalado ganadero llamado Víctor Cabal. Luego pasó a manos de George Henry, el padre de Isaacs. En el siglo XIX se llamó Casa de la Sierra por su ubicación en el piedemonte, al inicio de la montaña de la cordillera central. Entre sus tierras existía un trapiche para la producción de panela y a esa empresa George Henry puso el nombre de su esposa, Manuela. Era muy poderoso gracias a Manuelita Ferrer y compró las mejores tierras que van desde Palmira hasta El Cerrito.

Si hay un espacio en el que el relato histórico y la ficción parecen indisolubles es en El Paraíso. Los guías mezclan la historia de la novela con la historia del autor y con las creencias que han nacido a lo largo de los años. Cuentan que, según la obra, el escritor y el personaje principal

eran los mismos y la historia del autor es fusionada con la historia del personaje. Muchos visitantes avanzan convencidos que todo hace parte de la misma realidad. Pero la hacienda solo perteneció a la familia Isaacs por tres años y por mucho tiempo fue usada como bodega para el almacenamiento de cosechas.

Cuentan los archivos de prensa de *Relator*, un periódico liberal ya desaparecido, que fue adquirida por la Gobernación del Valle en 1953 y remodelada en cuatro meses con tapices y muebles de la época, siguiendo, cuidadosamente, la descripción de cada capítulo de la historia. La sala fue decorada con muebles Luis XV y en ella pusieron la guitarra de Emma, hermana de Efraín; los restauradores consiguieron cuadros antiguos con marcos florentinos para decorar la pared. El cuarto para recrear la habitación de María fue pintado con colores tenues, casi diluidos y cortinajes de tules. En el aposento de Efraín dispusieron una biblioteca colmada de volúmenes antiguos de tapa rústica y un año después, en 1954, donado por la Academia de Historia del Valle, instalaron afuera de la casona el busto de Jorge Isaacs tallado en mármol.

Los turistas se detienen ante samanes de siete metros de diámetro y cerca de ciento veinte años de antigüedad. Durante el recorrido algunos escépticos se preguntan si María existió en vida o solo fue un personaje de la literatura. Pero cuando investigas descubres que la imagen de María también es de ficción. Nació del pedido que le hizo Isaacs al pintor Alejandro Dorronsoro para que dibujara un rostro de facciones impecables que reflejara el alma de su protagonista. Y el pintor no encontró mejor rostro que el de su propia novia, la profesora Angelita Riascos. Aunque Isaacs encargó la imagen el pintor le dio el retrato a su novia como regalo de año nuevo. Cuando el escritor vio la imagen en la prensa se emocionó y le escribió al pintor para pedirle algunas mejoras: un rostro menos carnudo y una nariz más dulce y angosta. Como inspiración pidió Isaacs que detallara el rostro de su familia y que se inspirara en la Virgen de la Silla de Rafael. Lo curioso es que prometió

pagarle con estrofas firmadas para despertar la admiración pública del pintor, y tal parece que éste aceptó el trato porque más adelante aparece en el periódico la imagen de la novia del pintor encarnando a María con su nariz más estilizada.

≈

Hoy solo hay un destino cultural en el Valle del Cauca que congrega más visitantes que El Paraíso: la basílica del Señor de los Milagros de Guadalajara de Buga. Acá, tras el llamado del guía, los visitantes avanzan en procesión. Se agolpan frente a los aposentos. Los niños pasan al frente del pelotón hasta bordear los cinturones que impiden el ingreso a los cuartos. Algunos miran con atención devota.

Esta casa tenía un cuarto oratorio. Cada domingo un cura llegaba de Llanogrande, hoy conocido como Palmira. Rezaba tres misas en el día, la primera para los dueños, la segunda para familiares y allegados, y la tercera para los esclavos. Sobre el atril del oratorio descansa un misal romano escrito en latín. La misa se realizaba en este idioma y el sacerdote oraba de espaldas a los creyentes.

El guía comenta a la improvisada procesión que las mujeres colocaban de cabeza a San Antonio para que les diera un novio y los turistas estallan de risa. A María ya se lo había dado pero fue ella la que murió de amor.

Algunos se preguntan si la casa es tan vieja por qué tiene algunas zonas en concreto. Y es que desde que el Estado la adquirió en 1953 ha tenido dos remodelaciones para conservarla en pie. En la última los arquitectos restituyeron el vallado de piedra que bordea la hacienda, restauraron un muro desplomado que sostenía el corredor frontal de la entrada. Cambiaron los marcos de algunas ventanas y de la puerta de la habitación de los mayordomos. Fortalecieron los muros de contención y en las zonas más débiles aplicaron concreto simple. También eliminaron la chimenea y el tejadillo original, restauraron el cielo raso y quitaron el hollín que en sus tiempos generó el trapiche. Nivelaron el terreno, corrigieron la angulación de una de las vigas, repararon los pisos de

piedra y las canales de agua. Restauraron las cornisas de las ventanas originales. Reconstruyeron los andenes de piedra. Reemplazaron los ladrillos desplomados. Pusieron morteros de adobe y calicanto y reubicaron pilares de madera.

En fotografías antiguas puede verse la hacienda bordeada de pasto irregular y matorrales; con terneros pastando en las afueras y un par de guayabos escuálidos. Pero los exteriores de la casona también fueron convertidos en un edén. Dispuestos a un lado de la cocina, sobre un pasadizo que comunica con el interior de la casa y como si fuera el detrás de cámaras de la historia, se encuentran los cuadros con las maquetas de las restauraciones. La última fue entre 1979 y 1988 y hasta los jardines fueron embellecidos. Como si fuera una especie de arca de Noé los arquitectos sembraron en el estanque laurel, jazmín y guayabo; en el corral pusieron cedro rosado, nogal de cafetales, árbol del pan y guayacán. También sembraron árboles de gualanday, ceibas, sauces, samanes y laureles de cera. Hay palma zancona y palma real cubana, madroño y guayacán. Hay arbustos de rosas, jazmín del cabo y hortensias; y hay hierbas ornamentales como helechos, anturios, palmitas y papayuelos. El huerto no se quedó atrás y en él pusieron ruda, zabila, cidrón, orégano, mejorana y toronjil, yerbabuena y prontoalivio. Por eso muchos visitantes encuentran su paraíso sentados entre las plantas bajo las sombras de los samanes.

En los tiempos que recrea la novela las zonas aledañas al valle del río Cauca ofrecían muy buenas condiciones para la producción agrícola y ganadera. Había pequeñas villas en formación y estas condiciones eran un paraíso para viajeros extranjeros y nacionales, para poetas locales y escritores de periódicos lugareños que exaltaban las cualidades del paisaje. A la zona solo le faltaba una carretera al mar. Para salir del país los hacendados atravesaban la cordillera central a caballo hasta llegar al centro, en Honda embarcaban por el río Magdalena en barco a vapor hasta Barranquilla. De Barranquilla avanzaban en caballo hacia Cartagena y desde el puerto partían por el mar Caribe.

También desde el mar Caribe llegaban los esclavos. Muchos terminaban sometidos en las minas del Pacífico y las haciendas esclavistas crecieron al fragor de la pujante economía de las minas. Cuenta en una de sus investigaciones el historiador Germán Colmenares que incorporar esclavos a una hacienda era la manera más evidente de capitalizarla. El negocio de esclavos no pudo ser más seguro desde las primeras décadas del siglo XVIII cuando los yacimientos mineros estaban en pleno auge. Los africanos eran internados por comerciantes españoles que permanecían en Cali antes de ir a Popayán o a las regiones mineras. En ocasiones eran vendidos por comisionistas españoles o criollos.

Llegaban desde Cartagena, uno de los principales puertos negreros de la Colonia en América. Una ciudad agitada que en los siglos pasados vivía amenazada por piratas y corsarios que merodeaban el Caribe y por los negros cimarrones de los palenques que se revelaban contra la explotación. A Cartagena llegaban esclavos enfermos y heridos, sometidos a los oprobios del transporte; encadenados y aturdidos. Eran presas de un negocio en el que intervenían capitalistas genoveses, negreros portugueses y grandes compañías holandesas, francesas e inglesas que lucraban de la trata humana.

En el puerto los compradores se congregaban y negociaban las mejores “piezas” mientras los misioneros religiosos iniciaban la evangelización y el despojo de las creencias que consideraban herejes.

Cuenta Colmenares que la “La mayor parte de estos esclavos debieron venderse en Popayán y en las regiones mineras del Chocó y de la vertiente del Pacífico de la provincia; en zonas como Barbacoas, Dagua y Raposo. Pero aún en Cali, en donde los esclavos se destinaban al servicio de las haciendas o de las casas, las transacciones se hicieron mucho más frecuentes”.

Las primeras explotaciones de oro en el Chocó debieron llevar esclavos negros ingresados de contrabando. En las haciendas el número medía la importancia de la propiedad y en zonas de abundantes tierras

y escasa población los esclavos valorizaban más una posesión que el propio terreno. También con esclavos podían aumentar la producción agrícola en labores diferentes a la ganadería. Muchos hacendados los compraban como un gesto de poder y ostentación social.

En el Valle del Cauca algunas haciendas tenían trapiches y cultivos de caña para abastecer de aguardiente a las minas. Los trapiches funcionaban como un sistema de compresión en madera, accionado por caballos o bueyes.

Se cree que las haciendas agrícolas y ganaderas entraron en crisis cuando los liberales abolieron la esclavitud. Los esclavos huyeron a la selva y formaron sus palenques. Otros se quedaron en las haciendas ocupando parte del terreno y pagando con trabajo, pero no fue tan buen negocio para los hacendados. En el caso de George Henry, el padre de Isaacs, el juego y el licor sumieron a la familia en la quiebra y un extranjero llamado Santiago Eder adquirió en remate las haciendas La Rita y La Manuelita. En ellas, además de cultivos de caña, encontró un pequeño trapiche movido por tracción animal que producía 4 quintales diarios de azúcar de pan. Santiago Eder, en 1874 reemplazó la tracción animal por energía hidráulica, y logró aumentar la producción diaria a 350 libras de azúcar morena, convirtiendo a La Manuelita en el primer productor de azúcar del Valle del río Cauca. Hoy el ingenio es una de las empresas más prósperas de la región.

Cuenta Fabio Martínez que la caña de azúcar “sería definitiva para el progreso y desarrollo de la región como había sucedido años atrás en las islas de las Antillas cuando Colón trajo las primeras plantas; como había pasado dos siglos atrás en el sur de España cuando los árabes la transportaron desde Persia; y como había sucedido en Persia cuando Alejandro Magno la introdujo desde Nueva Guinea, en África”.

Desde El Paraíso la planicie del Valle del Cauca se desvanece entre la bruma. A pocos kilómetros está la zona industrial de Yumbo que expulsa en las noches sus gases tóxicos a la atmósfera. Las mayores

tierras planas del Valle hoy son cultivos de caña de azúcar. Durante las temporadas de corte, la bruma es una nube espesa de humo y fuego que arde desde los cañaduzales.

≈

Juan José Saer fue un versado escritor argentino, novelista y ensayista, que en su libro *El concepto de ficción*, se preguntó qué hace que un autor se vuelva emblemático. Se respondió que es la obstinación del propio escritor por contar desde una mirada particular. “Todas las fuerzas de su personalidad, conscientes o inconscientes, se encuentran en una imagen obstinada del mundo, en un emblema que tiende a universalizar su experiencia personal”. Pero en el caso de Isaacs la novela, más que un emblema de la experiencia del autor, ha sido leída como una imagen obstinada de los principios católicos.

En 1850 los liberales habían iniciado una ofensiva contra el poder de la iglesia, llevaron a cabo reformas que incluían la liberación de esclavos, una ley agraria y la separación de poderes entre la iglesia y el Estado. Los jesuitas fueron expulsados del país y estas decisiones liberales generaron protestas de los terratenientes del Cauca que se oponían a la abolición de la esclavitud.

Diez años después de iniciadas las reformas hubo una guerra civil en contra de los liberales en el poder y en ella participó Isaacs. Cuando publicó *María* en 1867 ya era un distinguido escritor conservador. Antes de su publicación la novela fue corregida por Miguel Antonio Caro, el más importante dirigente conservador del último cuarto de ese siglo. La obra resolvió el interrogante de cómo contar la nación en la ficción y resolvió las necesidades expresivas de las élites para contar el país que no acababan de conocer.

Eran tiempos de agitación ideológica y los partidos se disputaban el poder para moldear la nación que empezaba a surgir. En una trama sentimental *María* muestra el ideal de una nación bastante conveniente

a las élites conservadoras. Y mientras otras novelas tuvieron una difusión truncada, *María* fue un relato triunfante. La novela está acorde con los cánones de lo bello y lo bueno de su época; es decir, con el orden instituido. Como un programa radial que se emite a miles de personas, *María* fue modulada por los hombres de letras de la capital y su historia respondió muy bien a las expectativas de los sectores católicos y conservadores. Fue reseñada en sus periódicos y gozó de todos los honores publicitarios de su momento.

Pero para el profesor Martínez, *María* hizo méritos propios para convertirse en una novela fundacional. Cuenta que “antes de 1867 no había una tradición novelística en la nación, existían crónicas, historias generales de Indias, discursos políticos escritos por los héroes de la independencia colombiana y latinoamericana, pero la novela no existía como tal. *María* —dice— es pionera, como lo es el Quijote en el siglo XVII”. Y para exaltar más a Isaacs cuenta que así como Rulfo inventó a un pueblo llamado Comala, García Márquez a Macondo y Onetti a Santa María, Isaacs inventó El Paraíso. Dice que fue un símbolo tan fuerte que en los primeros años del siglo XX inmigrantes japoneses llegaron al Valle del Cauca y se instalaron en Palmira, motivados por la novela.

Isaacs escribió *María* en los años siguientes a la muerte de su padre en 1861 en medio de un declive patrimonial. El padre era dueño de 12.500 hectáreas de tierra, una cifra similar a la quinta parte de Cali. Pero también era adicto al juego y de partida en partida empezó a perder su fortuna hasta que presionado por las deudas murió y sus haciendas fueron rematadas. Tres años después el presidente conservador Tomás Cipriano de Mosquera nombró a Jorge Isaacs inspector para el trayecto entre Cali y Buenaventura, y allí, en condiciones climáticas y emocionales adversas, inició la escritura de *María*. En una carta escrita a su amigo Adriano Páez relata las dificultades que vivió en ese momento: “Hay una época de lucha titánica en mi vida, la de 1864 a 1865: viví como Inspector del camino de Buenaventura, que se

empezaba a construir entonces en los desiertos vírgenes y malsanos de la costa del Pacífico. Vivía entonces como un salvaje, a merced de la lluvia, rodeado siempre de una naturaleza hermosa, pero refractaria a toda civilización, armada de todos los reptiles venenosos, de todos los hálitos emponzoñados de la selva. Los 300 o 400 obreros que tenía bajo mis órdenes y con quienes habitaba como en campaña, tenían casi adoración por mí. Trabajé y luché hasta caer medio muerto por obra de la fatigante tarea y del mal clima”.

Gilberto Loaiza es un agudo historiador de la Universidad del Valle experto en el siglo en que se publica la novela. Para él, “*María* es un relato de la intimidad; su narración evoca aquellas formas de escritura del siglo XIX teñidas por el recuerdo y la reconstrucción de una vida afectiva situada principalmente en el plano personal”. La novela relata un mundo perdido en un estilo romántico y costumbrista. Lo que no proviene de los sentimientos de Efraín se vuelve la prolongación de su estado emocional: el paisaje, la naturaleza, la belleza y armonía del campo.

Un hombre con cierto parecido en el Valle a Isaacs en la relación entre la literatura y el poder es Gustavo Álvarez Gardeazábal. Alcanzó el reconocimiento literario cuando escribió *Cóndores no entierran todos los días*, una novela intensa sobre la violencia de los pájaros conservadores en el centro del departamento. Fue profesor universitario y se retiró para dedicarse a la política. Fue elegido gobernador del Valle luego de vencer en las urnas al Partido Conservador, el poder político más fuerte de la región. Gardeazábal no se ha guardado las críticas a los poderes gamonales y tal parece que esa fue su tara pública, porque a pocos meses de derrotar a las élites, fue condenado por la presunta venta de una porcelana a un narco. Como dice un dicho popular, en menos de lo que canta un gallo estaba tras las rejas. Y allí, en prisión, escribió un libro sobre la novela colombiana para rebajar su pena. El primer capítulo lo dedicó a Isaacs y muy al estilo de un hombre que no se calla nada dijo que “acercarse a Isaacs es ir en contravía de la lectura de su obra”.

No entiende por qué un escritor nacido en una Colombia de terratenientes, comerciantes, artesanos, esclavos e indígenas narra una historia centrada en la intimidad de su hacienda. “Con la acentuada manía nacional de convertir en intocable a las figuras que le den garantía de estabilidad, la novela de Isaacs quedó en el mismo sitio en que hoy se tiene al presidente o a la constitución. Nadie se atreve a cambiarlos aunque causen más mal que bien”.

Considera que aún no se han analizado las razones por las cuales la novela diluye todo criterio sobre el entorno social en que transcurre la historia. En cambio brinda explicaciones políticas y detalles de las batallas de los negros de África. “*María*, escrita en uno de los momentos críticos de la vida colombiana, huye de la realidad se hunde en la idealización del amor como único espacio posible y deja pasar la oportunidad de usar la novela como eslabón histórico de un país que no cree en su historia”.

En su novela Isaacs nos hace creer que este país era una arcadia feliz. Prefirió callar para ascender en la escala social bogotana, aunque hubiera sido actor y víctima de mucho de lo que podía contar en su obra literaria. Dice Gardeazábal que como tal *María* es una contradicción pero como texto es un absurdo contagioso. Si es la obra paradigmática, a través de ese género no se pudo iniciar más cerca de la mentira y de la huida de la realidad nacional. *María* es la gran novela nacional del siglo XIX y Gardeazábal considera que es un ejemplo de cómo nos llevan a creer la historia escrita por los triunfadores.

Pero Martínez, el biógrafo de Isaacs, piensa que quienes critican a *María* por considerarla cristiana o elusiva no han hecho lecturas más profundas, y dice haber encontrado la forma en que Isaacs cuestiona su realidad. “Si haces otra lectura de *María* encuentras que la crítica a su época está representada en la enfermedad y muerte de María. Ellas implican la enfermedad y la muerte de un régimen económico esclavista que estaba a punto de caer por la liberación de los esclavos.

Los artistas trabajan con símbolos”. Y más adelante lanza un dardo que deja entrever su ofuscación: “Por eso digo que los que escriben novelas de sicarios tienen que meterse a los periódicos a escribir crónica roja, porque ellos son realistas y son patéticos”.

La novela retrata un modo de vida de la hacienda esclavista pero deja a un lado las guerras civiles, las revoluciones políticas, los golpes de estado. Deja por fuera todo lo que no cabía en la hacienda y en la sensibilidad del hacendado. En la novela no aparecen las ideas de los hombres de ruana y alpargata. No están las historias de las llamadas gentes de “bajo tono”, de los “descalzados”. No están las presiones de los gamonales a las campesinas. No se expresa una inconformidad por las divisiones de clases sociales, ni por la repartición desigual de la propiedad. Tampoco aparecen las ideas que cuestionaban en su época las desigualdades políticas y raciales. No aparecen los personajes que se preguntaban en el campo por qué los hombres de botas dominaban a los hombres descalzos. *María* deja por fuera las ideas de los artesanos que querían tomar voz en la discusión pública y a las mujeres políticas; no aparece la acción crítica del pueblo, incómoda pero protagonista de la vida social del momento. Aparecen provincialismos pero convertidos en un culto a Efraín, el personaje narrador, para caracterizarlo como piadoso.

En ningún pasaje *María* cuestiona el sistema republicano y por el contrario presenta como natural una jerarquía social, política y cultural. Cuando muestra los esclavos, narra los gestos paternales que Efraín tiene hacia ellos, como un gran ejemplo de la caridad católica. En la novela no están las voces que decían en esa época que la voluntad soberana del pueblo era solo una ficción.

La base del relato es la narración de una tragedia amorosa. Pero *María* va más allá; expresa un código de afectos, de creencias y adhesiones. La protagonista es una mujer huérfana y judía, acogida por la familia de Efraín, convertida al catolicismo y redimida. En un clima moral romántico, la novela recrea la fe, la devoción y la fatalidad redentora.

Los principios de la iglesia católica rigen la vida íntima de los dueños de la casa y de los esclavos, también bautizados.

Cuenta el profesor Gilberto Loaiza que para la época en que se publicó ya existía un mercado de lectoras bien formado en los preceptos publicitarios católicos. Hubo escritores comprometidos con la supremacía política y cultural del legado católico. Y ese compromiso se expresaba en los sermones, la poesía, el cuadro costumbrista y los libros de historia. Isaacs lo expresó en la novela. A través de *María* el catolicismo encarna el rostro de la mujer de la élite local. Como su nombre lo sugiere, María es una encarnación de la virgen que personifica el amor casto y sublimado. Y por la novela, las mujeres de la época componían odas al escritor.

Más allá de *María*, Isaacs fue un personaje comprometido con su realidad. Estudió en Bogotá y allí pudo impregnarse de las ideas liberales de su momento. Aunque antes de su cambio radical, ávido de gloria, se embarcó en 1860 en la única guerra civil que en este país han ganado las fuerzas sublevadas. Isaacs salió a batallar del lado de las fuerzas gobiernistas conservadoras. Y mientras los ejércitos opositores entraron a Bogotá y vencieron al gobierno, Isaacs, derrotado, se refugió en Antioquia varios meses.

Pero bien sea por la militancia liberal de su primo César Conto, por las ideas de la logia masónica a la cual pertenecía, o por los intereses contractuales con el poder de turno, Isaacs empezó a simpatizar con las ideas liberales y se volvió radical. En plena época de construcción de la nación, los liberales defendían un país construido desde las regiones y la separación de la iglesia y el Estado. Los conservadores querían un país centralista, un Estado católico, apostólico y romano. Cuenta Martínez que “Isaacs llegó al Valle en medio de un ambiente de agitación y de guerra. Los hacendados conservadores, con su padre a la cabeza, se oponían a las reformas liberales que vulneraban sus intereses económicos. Los curas lanzaban el grito al cielo por la expulsión de los jesuitas del país. Los artesanos empezaban a organizarse alrededor de

las Sociedades Democráticas y a apoyar las fugas masivas de los negros esclavos que se llevaban a cabo en las haciendas”.

Isaacs creía en la modernización del país, por sus ideas fue atacado a piedra en el Congreso y en una ocasión fue perseguido hasta su casa por una turba enfurecida. Pero los conservadores impusieron sus ideas al fragor de las guerras civiles y en la Constitución de 1886 sentaron las bases de un Estado centralista y católico. Los liberales fueron perseguidos y reclusos en mazmorras de Cartagena de Indias y Panamá, mientras muchos se exiliaban. Isaacs, recibió un trato distinto por su condición intelectual y el valor simbólico de su novela. El presidente Rafael Núñez lo nombró en una comisión científica. Con su proyecto político derrotado inició sus viajes etnográficos por el Caribe colombiano. Y aunque su mayor notoriedad la obtuvo por la escritura de *María*, dejó su impronta como explorador; descubrió las minas del Cerrejón de la Guajira, oficializó un pozo petrolero en las llanuras del Sinú y escribió un trabajo geográfico, lingüístico y antropológico sobre los arahuacos y las tribus de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Menos conocida es la vanidad que destilaba el escritor. Los fragmentos de historias de la prensa antigua cuentan que era un hombre dueño de una arrogancia imparable. Había llegado a la cresta de la fama y era invitado a ágapes y conciertos en Santa Fe. Lucía como un poeta de refinamiento exquisito y señorial, que asistía pulcro y elegante a las tertulias para imponerse en las conversaciones con su cultura letrada.

Cuenta el periódico *Relator* que en medio de las guerras civiles cuando por las calles de Cali pasaba la tropa y sonaban las fanfarrias y los tambores, la gente salía a las puertas de las tiendas, y a los balcones de las casas a contemplar a Isaacs, el escritor de *María*; era el abanderado y parecía un príncipe árabe envuelto en la bandera del oro, el mar y la sangre.

Lo veían después de la batalla avanzar como todo un mancebo conquistador, erguido, con la mirada altiva, los labios apretados, la

frente alta, el bigote denso, el rostro bronceado por el sol y los ojos negros y chispeantes como las bocas de dos fusiles.

A su regreso del consulado en Chile en 1872 se declaró liberal radical. Y el cambio de ideas políticas implicaba negar los principios abandonados e iniciar una implacable persecución a los antiguos copartidarios. En un debate en el congreso, cuando los conservadores lo increparon por su cambio de partido, contestó: “he pasado de las sombras a la luz”, y publicó un artículo llamado *Los motilones*, nombre de una de las tribus que había estudiado. Lo hizo para herir a los conservadores en una época donde el orden social se dividía entre la civilización y la barbarie.

Como anfitrión era aristócrata, servía vino de viejos barriles con ostentosas marcas españolas. Cuenta Martínez que “La pérdida del paraíso representó para Isaacs no solo la pérdida de un mundo patriarcal que ya no volvería, sino también su propia redención como escritor, como político, como educador, y como etnógrafo”. Isaacs se ocupó de las letras y delegó a un hermano la administración de los bienes familiares. Sin embargo, cuenta Francisco Zuluaga, un historiador que revisó los archivos de la Hacienda Manuela, que siempre quiso recuperar las tierras. Primero entabló un proceso para pedir la devolución de las haciendas rematadas. Luego cuando estaba en Argentina le pidió a Santiago Éder que le vendiera la Manuela pero Éder, que ya veía el potencial de la caña, no aceptó.

Cuando regresó del consulado en Chile compró la hacienda Guayabonegro situada sobre el río Fraile, cerca de Palmira. Quería convertirla en una despensa agrícola para exportar sus productos por el mar Pacífico. La adquirió con un socio chileno pero éste al poco tiempo regresó a su país y dejó a Isaacs embarcado con las deudas que habían contraído ambos. En menos de dos años, acosado por los acreedores, Isaacs debió reconocer su quiebra y anunciar la hacienda en venta en los periódicos de la época para interesar a los terratenientes en su compra. Muchos eran sus adversarios conservadores. La mayor parte

de sus acreedores pertenecían al partido azul y no perdieron ocasión para vengarse por su descrédito comercial. Sus enemigos políticos no pararon de hundirlo en la humillación con una crueldad despiadada. Entonces Isaacs, el hombre, el poeta, el novelista y guerrero señorial, acribillado en su intocable orgullo, lleno de deudas y odios, se fue de la ciudad llevando sobre él el halo de *María*.

La promoción de Isaacs es la promoción de una identidad nacional. Los estados construyen huellas que los distinguen. Isaacs es una de ellas. Las polémicas sobre el valor de su figura y su obra han seguido después de su muerte. En los años sesenta el grupo nadaísta de Cali le pidió el alcalde demoler la estatua de Efraín y María y reemplazarla por una de Brigitte Bardot desnuda, como expresión del goce pleno de la sensualidad de la vida. Pero la figura de *María* ha estado en la identidad de la nación desde el 5 de julio de 1867, cuando José María Vergara y Vergara afirmó: “*María* hará largos viajes por el mundo, no en las valijas del correo, sino en las manos de las mujeres, que son las que popularizan los libros bellos. Las mujeres la han recibido con emoción profunda, han llorado sobre sus páginas, y el llanto de la mujer es verdaderamente el laurel de la gloria”.

De la gloria para Isaacs; el hombre que se pasea por la historia entre libros y cajeros electrónicos.

Kevin García es Comunicador Social y Magíster en Literaturas Colombiana y Latinoamericana, de la Universidad del Valle. Actualmente es Director del Programa Académico de Comunicación Social de la Universidad del Valle. Es director de la revista *Ciudad Vaga* y miembro del Comité Editorial de la revista *Nexus*. Fue editor del periódico *La Palabra*.

Ha sido ganador del Premio Alfonso Bonilla Aragón, con la crónica *El despertar de los cíclopes*; finalista del premio de periodismo Semana Petrobras, con la historia *Tierras sin norte*, y finalista del Premio Latinoamericano de Periodismo Nuevas Plumas, con *La Habana tiene nombre de mujer*.

Es autor del libro *Raíces de la memoria* y coautor del libro *Crónica y reportaje*. Ha acompañado su producción narrativa con la escritura de poesía, ensayo y crítica literaria, en textos publicados en revistas literarias y compilaciones editoriales.





Ilustración: foto de Jerónimo Gutiérrez Balanta

FINALISTA

**El camino de Efraín
o de cómo llegué a leer la *María***

VJ ROMERO

Mi primer acercamiento a la *María*, la novela grande del Valle del Cauca, fue uno de esos encuentros mágicos que solo se dan en la literatura. Lo recuerdo con vívida nostalgia y con cierto dolor, pues también fue apenas un fugaz encuentro. Ocurrió cuando era solo un niño, quizás de 9 o 10 años, que es la edad de los asombros, de las creencias y de los sueños. Y los sueños suelen doler. Fue un sábado. Tuvo que serlo, pues Ismael, uno de mis tíos, solo tenía tiempo los sábados para ir al centro de la ciudad a averiguar por esas cosas que de vez en cuando se ofrecían en la casa. Serían como las cuatro de la tarde, pues el sol ya se veía fatigado, recostado contra las paredes de los vecinos y extendido en el solar vacío de la esquina. Ana Cecilia, una de mis hermanas mayores, venía con él. No se me olvida que ella traía su vestido amarillo de flores azules y rojas. Se veía feliz. El tío Ismael le había comprado en una de las librerías de viejo del centro ese libro que le habían pedido en el colegio. Estaba contenta porque ya tenía en sus manos la novela y su profesor les había dicho que ese libro era, si no el primero, al menos el segundo o tercer mejor libro de la literatura patria. Yo lo recibí de manos de ella y aún siento en mi cabeza esa caricia que ella me hizo en el pelo. “No me lo vayas

a dañar –me dijo con una sonrisa cómplice–. Puedes ojearlo y me lo devuelves”.

El siguiente recuerdo es de ese mismo día por la noche. Ya está oscuro y yo estoy encerrado en mi cuarto, sentado en mi cama leyendo la primera página de ese libro. Esos primeros párrafos llegaron a lo más profundo de mi ser y me hirieron, me llenaron de dolor y de angustia. Quizás el hecho de que el narrador mencionara la palabra muerte me produjo aquella inquietud. Recordé tal vez que uno o dos años antes había acaecido el accidente de mi padre y la muerte de mi pequeña hermana. Los recuerdos dolorosos de aquellas tragedias aún se debían agolpar en mi mente, pues solté el libro con algo de excitación y miedo. Y lloré, seguramente con las mismas lágrimas que el narrador me ofrecía en su texto.

A la mañana siguiente, cuando le devolví la novela a mi hermana, para que la leyera e hiciera el trabajo del colegio, ella notó algo de mi desasosiego. Tal vez eso le pareció un gesto de poeta y por eso, años más tarde, me siguió celebrando con algo de complicidad y alegría todos los trabajos de poesía que fui haciendo a lo largo de mi adolescencia. Gracias a ella conocí la obra de Neruda, de Silva, de Barba Jacob y hasta el *Epicodal*, de Julio José, Junior, Fajardo.

Así, dedicado a la lectura de versos, me distancié de la novela un par de años. Pero en el bachillerato, en la clase de español, cuando tratamos el tema de la novela colombiana, volví a encontrarme con ella. Allí seguía en la pequeña biblioteca de la casa. Y al leer de nuevo esa primera página, tras haberme encontrado con la biografía de Isaacs, volví a aquellas preguntas que ya me habían atormentado en la infancia: ¿quién era ese niño al que mandaban a vivir a una ciudad borrosa, lejos de sus padres y sus hermanas?, ¿cómo era ese niño que se quedaba dormido pensando en las cosas lúgubres, terribles o emocionantes que le depararía el futuro? Y si de verdad era un texto autobiográfico, como señalan algunos de sus biógrafos, ¿cómo habrían sido esos años de su infancia en la lejana Popayán, en Cali y en Bogotá?

Y yo también le temía a esa separación y a ese desconocimiento que se intuía en aquellas palabras. Yo le tenía miedo a esa ciudad que se llama Cali, que era quizás en donde había nacido ese niño y que, para mí, un niño que vivía en la helada Bogotá, era una ciudad caliente, una ciudad en la que el sol no dormía. Allí siempre estaba uno sudando o agitado, como en una novela de Andrés Caicedo. En eso se había convertido la Cali de mis recuerdos, desde cuando, siendo muy niños, nuestros padres nos llevaron allí. Además, de Cali aún se hablaba en los noticieros nocturnos porque hacía unos años, quizás quince o veinte, allí había ocurrido una explosión que había destruido medio mundo. Así que esos dolores, tan míos, también eran de algún modo los de ese niño de la novela.

Y desde mi ingenuidad de lector principiante quería saber quién era el narrador de esa novela. Me preguntaba si el autor era el mismo niño que aparecía en la primera página o si se trataría de alguien que había conocido la historia y nos la estaba contando por escrito o si toda la historia sería simplemente producto de la imaginación del novelista. Todas esas inquietudes las tuve que ir resolviendo a lo largo de los años. Primero supe que el hecho de que fuera una novela convertía en ficción toda la historia, que no era real, así los personajes que allí se muestran sí hubieran existido en la realidad. De todas maneras, habiendo apenas mordisqueado algunos trozos de la novela, en cuanto entregué el trabajo de la clase devolví el libro al anaquel de la vieja biblioteca.

A comienzos de 1984, mis padres decidieron salir de Bogotá y volver al Valle del Cauca, en donde mi padre, un eterno trotamundos, había vivido siendo muy joven, casi un niño. Ellos y mis hermanos menores se fueron a Cali y yo me quedé aferrado a Bogotá, como por inercia, pero no había vacaciones de diciembre ni de semana santa que no viajara a visitarlos. Le había heredado a mi padre, decía todo el mundo, el gusto por los viajes.

Así fue como, después de muchos años, al ver de nuevo esta hermosa tierra y descubrir el paisaje de Cali y del Valle del Cauca, retorné, como

el protagonista, a aquella novela que siempre estaba en la casa, al lado de la Biblia y los diccionarios. Ya con más experiencia y una nueva mirada, me dediqué a recorrer los caminos de Isaacs. Fui al centro de la ciudad. Desde la Plaza de Caycedo caminé hasta el Teatro Isaacs, que es una de las joyas arquitectónicas de la ciudad, y después me acerqué al Parque de los Poetas, que es apenas un pequeño rincón de la ciudad. Luego pasé sobre el río Cali y di una vuelta por el Paseo Bolívar. Y allí, justo a los pies del Centro Administrativo Municipal, encontré el monumento de Efraín y María, que es destino obligado de aquellos que desean conocer la ciudad. En aquella época era un mármol imponente que nos hacía guardar silencio, pues todo a su alrededor estaba limpio y bonito, pero en estos días, en medio del muladar, rodeado de inmundicias y sin las rosas, pues se las robaron, y con la nariz de María rota, pues algún desquiciado se la rompió, sentimos un poco de dolor y vergüenza, por el abandono en que ha caído el bardo, a pesar de que su efigie está en uno de los billetes más queridos de los colombianos: el de cincuenta mil pesos.

En otra ocasión, me fui con uno de mis hermanos, que se llama igual que uno de los hermanos de Isaacs, Carlos, a recorrer los alrededores de la Hacienda El Paraíso. Al salir de Cali, nos fuimos hacia El Cerrito. Durante el recorrido, nos detuvimos y hablamos con las gentes de la región. Un buen hombre, que cargaba sus años y la dignidad propia de los campesinos, nos habló de la tumba de María y nos señaló con su mano la dirección por la que debíamos seguir para encontrarla. Así, pues, de allí nos dirigimos a Santa Elena. La vía es tranquila y silenciosa, como una página triste de la novela. Al llegar a la pequeña villa, de un amarillo limón de increíble belleza, más manos y dedos nos fueron indicando cuál era el camino que Efraín había recorrido para llegar al cementerio y allí encontrar la tumba de su amada María.

El cementerio es un lugar de una pobreza triste, como sacado de una película vieja y enmohecida. La tumba de María estaba allí, sola y abandonada. Aquella mañana los únicos que habíamos venido a

saludarla éramos mi hermano y yo. El sol implacable tenía secas todas las flores, a pesar de que corría el murmullo de alguna llave mal cerrada. Un viejo perro estaba allí echado, a la sombra, como cuidando que nadie se llevara toda esta soledad y esta tristeza. Me hizo acordar de Mayo, el perro fiel de Efraín. Quizás, me dije, es él mismo, que se ha quedado inmortalizado allí.

Salimos con sentimientos encontrados, pues la tumba, que es un lugar de la novela, ha sido arrancada de allí y puesta aquí, en este pueblo. Los habitantes de Santa Elena la han hecho realidad para los turistas y para ellos mismos. María ya no es solo de Efraín. Ahora es de todos los que se adentran hasta allí y le llevan flores y lloran por su alma. De hecho, al salir, hablamos con más paisanos de esos que se ven curtidos por los años. Incluso, alguno de ellos nos confesó con gran alegría que había leído la novela más de diez veces. Y en su voz de narrador nato conocí el nombre de los ríos de la novela, de las aves, de los árboles y las flores que creó Isaacs para sus lectores, que cada vez son menos, y que este narrador recrea para oyentes que nunca han leído la *María* cada vez que se lo preguntan a la luz de un café. Gracias a él vi la fauna y las gentes de la región y de la novela. Me acerqué al tigre que rugía al verse acorralado, a los perros que daban la batalla, a los caballos fieles y a los hombres de distinto tipo que se aprecian en esta tierra. Su voz me hizo sentir todo tan real y tan cercano que lo creí cierto. Era quizás el mismo camino que había recorrido el autor. Después de oírlo, entendí que sí era posible tener una tumba para el personaje de una novela. Esa es la magia de la literatura. De allí, nos fuimos al piedemonte y lo anduvimos, pues alguien nos dijo que aquellos caminos eran por los que había andado Efraín. Y, claro, si hay tumba de María, nos dijimos, hay caminos de Efraín. Sentimos el frío del atardecer en la montaña y recreamos la vista con el paisaje del valle, algún hilo de humo que en las profundidades de la campiña subía al cielo y grandes nubes rosadas y púrpuras que anunciaban el final del día. En aquellos años solo se oía el viento y quizás alguna radio vieja y mal sintonizada. Hoy, hasta el cielo se ha poblado de miles de pájaros humanos a los que llaman

parapentes. Como se hizo de noche, nos devolvimos por la antigua ruta que conduce de Amaime, que es un pueblo, pero que en la novela es apenas un río, a Palmira, que en la novela no aparece como lugar de paso, aunque sí aparece el adjetivo “palmirano”. Y de allí seguimos por la carretera que lleva de Candelaria a Juanchito, con su salsa y su río Cauca, grande y majestuoso, que les da la bienvenida a los viajeros que llegan a Cali.

En otra ocasión, pues cada recorrido de estos demanda tiempo, mi hermano me dijo que fuéramos a almorzar al 18, que es paseo obligado de los caleños y de los turistas, claro. Lo primero fue pasar por la casa que tenían los Isaacs en El Peñón. La casa, como todo el patrimonio nacional, se precipita en un descabro que la lleva de ser lugar de visita a una vieja ruina. Desde allí también se ve el valle, pero en sentido inverso. Quizás en otros tiempos se alcanzaría a divisar la casa de la sierra. Continuamos subiendo por la vía al mar y antes de que pudiéramos detenernos en uno de los restaurantes, alguien nos invitó a que conociéramos el 30, que allí también podríamos almorzar. Como era temprano, decidimos subir más. El clima y el paisaje van cambiando, siempre de un verde a otro, como en el verso de Aurelio Arturo. Después del almuerzo algún paisano nos dijo que allí, al lado, se encontraba Tocotá, un bello pueblo del color verde de los manglares de Tejada, por el que pasó Efraín en la novela.

Y como ya habíamos subido tanto, Carlos me convenció de que siguiéramos. Así terminé conociendo el Dagua, en donde nos detuvimos, pues fue lugar obligado de paso de Isaacs y quizás también del narrador. Desde allí se escucha el rumor del río, o del mar. Y todo va siendo más oscuro, más gris noche. La gente nos habló y nos convidó a que bajáramos hasta San Cipriano, lugar muy bonito, dijeron, que en estos tiempos es un balneario y que también aparece en la novela. Allí se mezclan las voces de las gentes y las aguas del río. Todo sigue teniendo ese sabor de aventura que tiene en las páginas del libro. Al final, ya cansados y de noche, como Efraín en la novela, llegamos a Buenaventura.

Al leer la biografía de Isaacs supe que aquel muchacho de veintitantos años, y ya nunca sabré si el de la historia o el de la novela, o ambos, Jorge y Efraín, o quizás el único de los dos que son el mismo, estuvo trabajando por estas tierras en los mismos días en los que iba escribiendo su novela. Y me imaginé todo lo de amor y sentimientos que deben brotar de esta selva inhóspita y de estos caminos que aún ahora, en el siglo XXI, siguen siendo caminos de herradura.

Y sí, por esa terrible magia que es la literatura, recordé a aquella muchacha, vecina de la infancia, a quien declaré mi primer amor. Pensé que así como ella, que era solo imaginación y recuerdo, debió ser la heroína de Isaacs. Una muchacha, no más que un recuerdo, como la Dulcinea de Cervantes en *El Quijote*, a la que se le quiere dar vida, pero no cualquier vida, sino la vida grande, la vida de la literatura. Yo también le puse un nombre a aquella bella muchacha y la recreé para mí en mis versos. La hice amiga, novia, la hice pasión, recuerdo, dolor, sueño y ensueños. Todo lo que mi acelerada imaginación de adolescente le quiso dar de vida y de motor de mis andanzas. En mi poesía adolescente, como en la de cualquier muchacho enamorado, mi amiga del barrio fue heroína y yo, su cómplice y el vencedor de toda la historia. Y así debió ser, pues nunca vuelven a tenerse dieciséis años.

Imagino, además, a aquel joven Isaacs de veintitantos años metido en esta selva inhóspita, aquella selva que lo mató, pues lo contagió de fiebre amarilla, tratando de convertir a los obreros, misionero de una iglesia que tampoco acababa de ser la suya. Lo imagino leyendo el *Cantar de los Cantares* para que estos hombres arrancados del África vieran su patria y su amor descritos en un libro santo, o leyéndoles el libro de *Tobías*, para mostrarles el amor de Dios que se refleja en la pareja humana.

Imagino sus fatigas después del trabajo, al que debió entregarse con empeño y abnegación. Lo imagino compartiendo su pan con los demás miembros de la tropa de obreros, cantando y compartiendo sus historias. Oyendo los fantásticos cuentos de la lejana África o de los pueblos

cercanos de donde provenía la mano de obra para sacar adelante el camino. Y luego, en la soledad, en el silencio de su tienda de campaña, mientras cantan las chicharras y aletean lechuzas y murciélagos, el joven se entregaba al delirio de la literatura y construía paso a paso la historia de la muchacha imaginada.

Lo imagino mezclando su historia con la del cuento. Aportándole a su obra un poco de vida con la vida de su padre, George Henry Isaacs Adolfus, al que debió amar en demasía; con la de su amada madre, María Manuela Ferrer Scarpetta, a la que siempre miró con reverencia y como fuente de consuelo, como suelen verse a todas las madres, incluida la madre del cielo. Lo imagino viéndose a sí mismo en su infancia, allá cerca al Atrato, lo imagino negando la soledad de los colegios de Popayán y de Cali a donde sus padres lo enviaron, lo veo sufriendo la soledad, la infantil soledad de un colegio en Bogotá, la fría ciudad que a todos acogía y devoraba. Y rescata recuerdos para cerrar heridas, para que el dolor por fin se cicatrice, para que se haga poesía y al mismo tiempo exorcismo y olvido.

Lo imagino pensando en un puerto de Jamaica en donde su padre debió abandonar con dolor su antigua vida, la religión de la tribu de Efraín, y sus antiguos sueños para venirse a esta tierra nueva, que era la tierra de Colón y de Bolívar. Lo imagino sintiendo el dolor de abandonar su vieja lengua y sus viejas tradiciones. Abandonando su antiguo nombre, para darse un nombre nuevo. Por eso, las mujeres ya no se llamarán solo Rebeca, Esther o Sara, sino Martha, Julia o María, como la de Jesús en su nuevo credo.

En otro de mis viajes a Cali, mi hermano Carlos me dijo que teníamos que ir a la Hacienda El Paraíso que poco a poco, a comienzos de los 80, se iba volviendo lugar de concurrencia para los turistas. Y no había más opción. Los caleños amaban con admiración y respeto a Jorge Isaacs, el autor de *María*, la primera gran novela colombiana, la que hizo llorar a las niñas durante los últimos ciento cincuenta años. Bueno, no solo

a las niñas, sino también a los niños, a los adolescentes, a hombres mayores y a damas de avanzada edad. *María* era paraje obligado para el amor juvenil y las lágrimas. De hecho, todos hablan de la Hacienda El Paraíso como la casa de María, no como la casa de Isaacs.

Y fui con mi madre y mis hermanos a la Hacienda El Paraíso, que en la novela es la casa de la sierra. Para llegar allá, hay que atravesar cientos de hectáreas de fincas de caña de azúcar, que fue un negocio que ayudaron a construir los Isaacs. Vi cómo se iban quemando los cañaduzales, pues las columnas de humo que subían al cielo parecían faros que nos señalaban hacia dónde había que ir si queríamos llegar a las grandes haciendas, a los ingenios. Nos dirigimos hacia el municipio de Rozo, para conocer otra vía, dijo mi hermano, y por allí nos adentramos hacia Ginebra, que es una bella población conocida a nivel mundial por su famoso festival de música colombiana. Claro que los caleños conocen además a esta villa por su sancocho de gallina y sus dulces de leche, a los que llaman cortados y manjar blanco.

Por esta vía se ven más cañaduzales y más haciendas cañeras y más ingenios. Es una ruta de mucho turismo y de mucha prosperidad, como la de las haciendas de la novela. Es más larga y más angosta que la otra, pero es más alegre, con sus casas de campo y sus parajes para almorzar en donde las familias se detienen y dejan que los niños jueguen un rato. Así, después de un par de horas, llegamos a la explanada en donde está ubicada la hacienda museo. Allí me extasié contemplando el verde valle y las montañas del fondo, los cerros tutelares de Cali, que son los que le dan la fisonomía que tiene en la novela. Mientras estaba allí, imaginé a Isaacs allá en su campamento pensando en su casa. Su amada casa de la infancia. Construyendo la casa de su novela con los ladrillos de los recuerdos de su niñez, de sus años minados de emociones que son los años de la adolescencia. Lo imaginé recorriendo cada noche, con dolor y con frío, las estancias de la bella casa, haciendo vivir allí las más duras inquietudes a sus personajes. Viéndose a sí mismo como víctima de toda esta catástrofe.

Allí estaban, en la realidad de mi visita y en la realidad de la novela, las habitaciones, con la misma distribución que el autor les impuso a sus recuerdos metido allí en su tienda de campaña, mientras trabajaba, en el campamento La Víbora, como subinspector en el desarrollo del camino entre Buenaventura y Cali, en las frías noches del Dagua.

Al entrar por el camino hacia la casa, a mano derecha está el monumento a Isaacs, de la Academia de Historia del Valle del Cauca, y una placa que da cuenta de cómo la casa llegó a ser de patrimonio público gracias a los esfuerzos del gobernador (Manuel F. Becerra). También señala quién fue el arquitecto restaurador (José Luis Giraldo) y otros funcionarios públicos. La casa toda está rodeada de rosas, de todos los colores, que la gente aprovecha para sacarse toda suerte de fotos. Al subir las escaleras, la gente se agrupa en espera de que comience el recorrido, por lo que hay que estar atentos a que el guía así lo indique. Mientras, la gente le da vueltas a la casa, mirando con admiración y asombro todas esas antigüedades, fotos, muebles, imágenes, camas y demás cosas que allí se encuentran. Al lado de la cocina, en la parte de atrás de la casa, está una habitación, tal vez un viejo depósito, en donde reposan colgados de la pared blanca los planos que hizo el arquitecto Giraldo para la restauración de la casa.

De pronto, un estrépito recorre toda la casa y los turistas, niños, mujeres embarazadas y hasta mujeres y hombres mayores se dirigen corriendo como hormigas hacia el corredor de la entrada de la casa. Ya allí, nos piden silencio y la voz del narrador se convierte en un concierto de voces. Este es el cuarto de Efraín, comienza. Ahí, señala, está el baúl con el que Efraín viajaba. Todos los presentes miramos arriba y abajo, la cama, el escritorio, los arcos, el perrero, el piso de madera recién lacado, la piel del jaguar, la carabina que le dio muerte y el aguamanil. Y entonces siento que quien está narrando ya no es un guía de la casa museo de nombres y apellidos anónimos, sino el mismo Jorge Ricardo Isaacs Ferrer. Es él quien me dice que aquel florero es el mismo en el que María solía ponerle rosas todos los días a Efraín. Y es verdad. Mis

ojos ven las rosas, como se verán en la novela. Son las mismas rosas de la madre de Isaacs, son las rosas de la infancia. Y al mirar afuera, por la ventana, se ven las montañas frías del Valle del Cauca, más allá del jardín.

Enseguida, continúa el narrador del libro, está el estudio. Seguramente, Isaacs jamás logró disfrutar plenamente de aquella casa. Se recuerda muy niño siendo enviado a estudiar en un colegio de Cali, lejos de allí, o, peor aún, en Popayán, que es más lejos. Los periodos que debió pasar aquí en esta casa de la sierra debieron ser muy cortos y esporádicos. Más unas vacaciones que una vida familiar. Venir a recuperar los diálogos amistosos con el padre, los abrazos de la madre y las hermanas de la realidad, pues los demás hermanos se habían ido lejos de allí, cada uno a encontrar su propio camino. ¿Qué hacer un par de meses en una casa habitada por mujeres y empleados domésticos? Tal vez contar historias de lo que ocurre en la ciudad, compartir un periódico, leer un libro de moda o simplemente estar allí. Quizás Isaacs tuvo que aprovechar esos pocos meses de vacaciones del colegio para formar a sus hermanas en las materias que él mismo se estaba educando. Y cuando vuelve a la novela, su personaje, que es su alter ego, deja allí plasmado ese sentimiento afectuoso que siente por sus hermanas. Las recuerda atentas a sus enseñanzas y así lo plasma en el texto. Durante los pocos meses de su estancia en la casa, Efraín les dictaba clases de gramática y geografía a María y sus hermanas, Emma y Eloísa. Todas bautizadas con nombres nuevos, como nuevas eran esa religión y esa tierra de la que ahora se alimentaban.

Más allá, nos va llevando el guía, se encuentra la sala. Aquí, dice la voz del narrador, que puede ser Efraín o el mismo Isaacs, es en donde la familia se reunía para conversar y donde las mujeres bordaban y cantaban en diversas jornadas. El autor, que ha recorrido los caminos y las casas solariegas del Cauca, y que sabe a lo que se dedican esas buenas matronas en sus horas de solaz, convierte aquel paisaje añorado en el idílico paraíso de sus sueños. Ansía esas tardes llenas de vacío

que son las que se pasan en el rincón tranquilo de la casa en donde las horas se van apenas conversando en torno al color del limón del solar, de aquella bandada que vuela por los cielos o de una simple mariposa que osó posarse en el rosal florecido del patio de la casa. ¿Acaso puede haber mejor o más paraíso que aquello? Y mientras observamos todos aquellos objetos, incluida la rueca y las planchas, voy construyendo la casa que quiso poner el autor en su novela.

Y por aquí, continua el guía, está el cuarto de las hermanas de Efraín. Explica que está al lado del cuarto del padre, como medida de protección, pues no hacía mucho que se estaba en una guerra, en la que ellos mismos participaron, y siempre se estaba preparando otra. Así era aquella segunda mitad del siglo XIX. El cuarto del padre es el más sobrio de todos, apenas una cama, podría decirse. El narrador sabe que debe construir un cuadro para su novela. Allí en la selva es capaz de ensamblar el ambiente familiar. Los padres y las hermanas. Son una bella familia de campo, con sus esclavos y sus agregados. Todo se mece en un tranquilo sosiego. Hay una bonanza de sentimientos y de esperanzas. De ese noble sentimiento de amor brotan hermosas y florecidas Emma, la cómplice de los amores, y Eloísa, la pequeña y apenas casi mencionada hermana menor que servirá para que los lectores completen su dolor y sufrimiento y cuyo nombre fue tomado de la realidad, pues Eloísa era el nombre de una de las hermanas de Isaacs.

Yo voy pensando en mis hermanas, que son tan numerosas como las de Isaacs y llenas de afectos, como todas las hermanas de todas las novelas de la vida humana. Pienso de nuevo en aquella lejana tarde en que por vez primera tuve en mis manos la obra y pienso en las caricias que mi hermana me hizo en el pelo. Eso me deja convencido de que todo esto que dice el libro tuvo que existir. De hecho, estoy en la habitación de Emma y Eloísa, en cuyo fondo hay una ventana que da a un balcón. Eso es cierto. Si no fuera así, ¿de quiénes serían todos aquellos objetos de femenina ensoñación que nos muestra el guía y que nosotros aceptamos

como de ellas? Serán, entonces, de aquellas verdaderas heroínas que fueron las hermanas de Isaacs a quienes él recordaría en la distancia de tantos días sin verlas: Julia, Primitiva, Rebeca, Manuelita, Eloísa y Sara.

Al salir de nuevo hacia el corredor, el guía nos hace girar a la izquierda. Allí nos encontramos de frente con un oratorio. Allí se celebraban las misas. Según el guía, los domingos el cura celebraba tres misas: una para los dueños de la tierra, otra para los agregados y otra para los esclavos que se habían convertido al catolicismo. Allí se conservan todos esos objetos religiosos que nos llevan a otras épocas. El altar mira hacia el crucifijo y el sagrario, pues las misas se celebraban de cara al santísimo. Era una grosería darle la espalda al Santo que se hizo hombre para redimir a los afligidos. Algunos de los viajeros hasta se persignan y oran frente a estos objetos de culto. Todos guardan un gran silencio, como si las almas de los dueños siguieran aun allí escuchando las oraciones monótonas del cura, mientras se quema el incienso al lado del altar.

Y más allá, grita el guía y nos saca del ensueño, para que no nos detengamos en la ruta, pues ya vienen más turistas, se encuentra el cuarto de la madre de Efraín. Todos nos dirigimos hacia allá empujándonos para no perder el hilo de la historia. Yo pienso que quizás aquel pudo ser el cuarto de doña María Manuela, la madre del autor, a quien él amaría como buen hijo que era y a quien añoraría más que a nadie en aquellos parajes solitarios del campamento La Víbora, que compartía con amables trabajadores y algunas mujeres que les prepararían los alimentos, pero que jamás podrían remplazar a su querida madre, ni a su esclava, ni a sus hermanas. La cama es la más lujosa de la casa, adornada con cortinas de linos y encajes, que la envuelven, como símbolo del poder de la matrona, señala el guía. La habitación tiene salida hacia las habitaciones contiguas que, como se verá, son las de los protagonistas. En las paredes cuelgan los retratos de doña María Manuela y otras mujeres cuyos nombres ha devorado el tiempo.

También están allí, en los recuerdos del novelista mientras escribe, sus queridos hermanos, a quienes también debió dejar de ver desde la infancia. A esas alturas de la vida, después de dos guerras y muchos viajes, ya no deben ser más que nombres con rostros de niño, como los deja inmortalizados en la novela. Allí en la hacienda, el guía nos muestra las cunas de los pequeños hermanos de Efraín, que eran por supuesto los hermanos añorados de Isaacs: Carlos, Alberto, Enrique, Alcides, Julio y Lisímaco, pero que en la novela se convierten apenas en dos pequeñuelos con los que juegan los protagonistas: el pequeño Juan y Felipe, que es un poco mayor. Algunas de esas voces se escuchan en la novela y sus ecos trascienden esta casa de la sierra por la que avanzamos embelesados gracias a la voz del guía. También se oye el eco de un triciclo y de los juguetes de la infancia, ya no sé si de la mía, la de Efraín o la de Isaacs.

Luego caminamos silenciosos hacia la parte de atrás de la casa en donde el narrador de esta tarde nos dice que está el estudio del padre de Efraín. Yo pienso que este es el corazón de la novela. Allí es en donde está el verdadero dolor y el verdadero foco de la historia. Aunque el padre de Efraín está vivo, se sabe que don George Henry Isaacs Adolfus había muerto golpeado por las crisis unos pocos años antes. Por eso, allí metido en la casucha en la que tiene que vivir durante varios meses, Isaacs extrañaría con dolor y admiración a su padre. Lo tendría presente en sus decisiones, en el derrotero mismo de la novela. Por todo esto que tiene que ver con lo económico y con lo familiar es por lo que muchos creen que *María* es una novela autobiográfica de Jorge Isaacs. Y puede que lo sea. ¿Cómo no aceptar que la muerte del padre marcó para siempre el derrotero poético del autor? Además, toda esta tragedia le aconteció apenas comenzando la juventud. Casi sin haber vivido suficientemente su adolescencia. Isaacs resucita al padre muerto para quizás decirle cosas que no pudo expresarle en vida, para comer otra vez sentado a su lado, para abrazarlo y despedirse de él. Allí siguen su escritorio y sus otras pertenencias personales. Además de los sueños truncados. Haber visto a los suyos morir lejos de su patria y sus cenizas

diseminadas por todas partes. Y no poder triunfar. Saber que fueron guerras ajenas y malas decisiones las que los llevaron a la quiebra y que nada pueden hacer, la juventud se ha ido. Lo único que queda es soñar con un golpe de la diosa fortuna, quizás todavía existe la posibilidad de encontrar El Dorado.

Me quedo un rato allí y contemplo todo aquello: el escudo de una nueva patria, el escritorio, los muebles y la máquina de escribir. En todo ello se percibe el alma del padre, aquel que lo amó y lo envió lejos del nido, para que aprendiera a volar solo. Aquel que se hizo colombiano y católico por amor de María Manuela. Aquel que se arruinó en el Chocó tras perder su negocio en un incendio. Aquel que por tercera vez se dio trazas, con la ayuda de sus amigos judíos y caucanos, de volver a salir adelante. Por eso, los nombres de los Ferrer, los Eder, los Rengifo, los Conto y de otros prohombres vallecaucanos siguen resonando en estas paredes y en la historia de estas tierras. Por eso, aquel piso que está medio metro más arriba de la casa, no solo me hace pensar en un comerciante, sino sobre todo en un héroe, en un santo. Sé que, más que realidad, lo que vemos allí es la tragedia de la escritura. Allí, en ese silencio tan lúgubre y tan largo, lo que más habita es el dolor del padre, del verdadero padre de Isaacs, el que dejó su tierra para venir a hacer fortuna. El que casi lo logra.

El guía se devuelve o, mejor, yo me devuelvo. Alcanzo al grupo y continúo escuchando la narración. Hemos llegado al comedor. Allí está la mesa, una mesa gigante, dice el guía, pero yo solo veo la mesa en la que debió reunirse esa inmensa familia Isaacs, compuesta de diez hermanos, los padres, los primos y los amigos que siempre debieron llegar a visitarlos. Así eran las familias de antes, así era toda familia que deseara llamarse cristiana. El comedor de la novela es el comedor del diálogo ameno y del sufrimiento cuando se descubre que alguien falta, que alguien no se ha sentado a la mesa. La espera y el dolor son más notorios a la hora de las comidas. Eso es lo que nos narra esta mesa grande con sus sillas y su naturaleza muerta. ¿Cómo no añorar la casa

paterna cuando se está en medio de trabajadores, comiendo cualquier cosa fría, sentado en el piso y con los recuerdos calientes en la cabeza y en el corazón? Y allí estaba todo limpio y bien puesto, como en una escena de novela o de un poema. Ese era el mundo que tenía en su mente Isaacs mientras escribía su novela en aquellos parajes en los que se construyó el camino de Buenaventura.

Y como se trata de las comidas, de esas comidas campesinas con sabor a humo, con olor de abuela, el guía nos conduce del comedor a la cocina. Siempre en los recuerdos infantiles, y en los poemas, está la cocina. Isaacs al escribir su texto recordaría a aquellas negras bonachonas de su infancia, esclavas que lo debieron consentir con ese amor que solo esas mujeres sabían ofrecer. Un amor cómplice que ha sido narrado en muchas novelas. Para Isaacs y para Efraín, que dejaron la casa paterna apenas siendo niños, este debió ser un lugar importante. Allí en el monte, el autor debió recordar con añoranza todos esos objetos que hoy nos muestra el guía, de los que dice que son originales, como los dejó originales Isaacs en la novela. La cocina es un lugar abierto, como una extensión del corredor por donde circula una corriente de agua, que además impedía que se entraran animales rastreros a la casa. Allí, señala el guía hacia el fondo, están el fogón y el lavadero. Todos imaginamos a las esclavas dedicadas a su oficio, allí inclinadas, y sentimos el murmullo del agua con su constante tintineo. Ese era el radio de aquellas épocas, pienso.

Y cuando ya el interés de los turistas ha llegado a su máximo nivel, el guía nos lleva a un lugar al que todos fuimos con tristeza en la novela. Es solo por la enfermedad y la muerte que puede uno adentrarse en este cuarto. Las costumbres conservadoras que fueron las que alimentaron al joven Isaacs se dejan ver en la actitud que tendrá su narrador-personaje con respecto al cuarto de la heroína de la novela. Incluso, si pienso en mi propia historia, recuerdo que el cuarto de las hermanas era un lugar lejano. Allí solo se adentraban las domésticas o la madre. Los demás apenas lo veíamos desde lejos, como vi desde lejos la casa de la niña

aquella a la que hice dueña de mis desvelos juveniles. Incluso su casa era para mí un lugar sagrado, como sagrado es en la novela este que el guía llama el cuarto de María. Todos llegamos allí con gran interés y cariño. Todos queremos saber cómo era María. Aquí está, nos dice el guía, y todo se hace silencio nuevamente.

Adentrarse en esta habitación es algo inusitado, pues Isaacs apenas si la menciona en su texto. Tanto el guía como el narrador la han ubicado al lado del cuarto de la madre de Efraín, entrañable previsión que defiende la pureza del amor. María es la hermosa creación de Isaacs. Le llegó como una bella inspiración en torno a la cual hacer girar la tragedia de la vida de su padre y la suya misma. María es como una metáfora de la vida misma, que se nos va dando a pedazos y despacio, que cuando creemos merecerla nos evade o, quizás, es la paradoja de esta tierra esquiva, que no se puede asir, que no se puede poseer más que con la mirada. Isaacs construye a su personaje con gran cuidado, ni María será para Efraín, ni este para ella. Esta tierra del valle del Cauca no puede ser de los Isaacs, padre e hijo dan la batalla para poseerla, pero la pierden, no la pueden conquistar, no la pueden tener para siempre. De hecho, Isaacs morirá lejos del Cauca, en Ibagué, Tolima, en una casa prestada, y será sepultado en Antioquia, esa tierra a la que él le dedicó una buena parte de su vida.

Desde la ventana, la habitación de María, nos señala el guía, y nos pide que nos acerquemos y lo veamos por nosotros mismos, puede apreciarse el jardín, que en la novela está poblado de rosas, de azucenas y de lirios. Son esas flores con las que el autor, ferviente enamorado de la naturaleza, quiso poblar el patio de la casa, para que fuera el mejor adorno de la heroína, para que ambos pudieran tener una fuente de donde brotaran pétalos para sus amores. Así lo señala el guía, pero lo deja escrito el narrador con la voz de María, en el capítulo XLV de la novela: “¿Ves este rosal recién sembrado? Si me olvidas, no florecerá, pero si sigues siendo como eres dará las más lindas rosas. Y se las tengo prometidas a la Virgen con tal de que me haga conocer por él si eres bueno siempre”.

Y allí, en aquel Patio interno poblado de rosas, termina el recorrido de la casa, pero no de la hacienda, pues la hacienda, así como la deja testimoniada el autor por vía de su personaje, se extendía a lo largo del valle del Cauca y sus montañas, aquellas montañas salvajes en donde habitan todas esas bestias a las que en el texto se las persigue y se las caza. Entre otros, los venados y los tigres, cuyos lamentos aún se escuchan no solo en el texto, sino en la vida misma de estos pueblos.

Pero la novela seguía lejos, apenas una sombra en mis recuerdos. Ya había superado la edad en la que Isaacs la escribió y yo no había podido pasar del primer capítulo. Es más, me vine, al igual que mi padre, a vivir en esta entrañable tierra del Valle del Cauca. Viajé por el Chocó, navegué por el río Atrato, como quien sigue los pasos del padre del novelista o de él mismo en su niñez. Pasé por las pequeñas villas que duermen a la vera del río, vi el entusiasmo con el que viven estas gentes. Es el mismo entusiasmo que les dejaron sus ancestros hace doscientos años cuando se les dio la libertad, cuando dejaron de huir. Oí las voces de los bogas, los gritos de los capitanes de los barcos y el sonido de los motores de las lanchas, que apacigua el ruido del río y que lleva gentes y mercancías de un lado a otro, como cuando los Isaacs estaban por estos parajes. Caminé por las calles languidecidas de Quibdó. Busqué los recuerdos de don George Henry Isaacs Adolfus y de doña María Manuela Ferrer Scarpetta. De allí, en una avioneta, que es como una cicla voladora y frágil, partí para Medellín, aquella ciudad que hace llover flores y poemas. Allá, por expresa petición del novelista, están sepultados sus restos. Es su herencia para la tierra de Antioquia a la que tanto quiso, un homenaje quizás porque es tierra de extranjeros con nombre que evoca lejanos pueblos, pero su cuerpo está lejos de los suyos, como el de su padre, que vino a morir en una patria extraña. Fue un gran recorrido, pero no pude encontrar una ruta que me llevara a la novela.

Recorrí el camino del Tolima, en donde mi padre también vivió, y hasta pasé por el Combeima, que es un río de revueltas, pero no encontré allí

tampoco un camino que me llevara al libro. Fui a Fusagasugá, en donde ahora vive el tío Ismael, que fue quien primero me mostró la novela, pero no me dio la clave para leerla. También fui a la Guajira y conocí el Cerrejón, aquella mina que descubrió Isaacs, pero que no lo sacó de la pobreza, ni lo libró de la muerte. Caminé por las calles de Aracataca y sentí los pasos de ese otro niño que cien años después de *María* escribió *Cien años de Soledad*. También sentí el caminar maravillado de Isaacs que todo lo veía con ojos de poeta y así supe que sí, que los escritores viven, escriben y mueren en soledad y en el extranjero. De hecho, García Márquez murió en México, en donde sigue sepultado. Y la importancia de su gloria quedó escrita porque García Márquez reemplazó a Isaacs en los billetes de cincuenta mil pesos.

Así, después de haber hecho toda esta peregrinación, después de seguir los pasos de Isaacs de un lado a otro de la patria. Después de haber sentido el olor de la pólvora y el dolor de la guerra, con motivo de los ciento cincuenta años de la novela, de los ciento ochenta del nacimiento de Isaacs y los ciento veintidós de su muerte, he regresado de nuevo a *María*. Esta vez ya no solo para hojearla como a lo largo de todos estos años. Esta vez sí me siento, como dice el poeta argentino Jorge Luis Borges que se sentó “el 24 de abril de 1937, de las dos y cuarto de la tarde a las nueve menos diez de la noche”, a deleitarme con esta novela que nos transmite las más bellas emociones y que nos confronta con nuestra niñez y con nuestra tierra. En cada página se sienten ese sabor de angustia y esa ternura que nos hace presagiar que la literatura no es ni bella, ni mala, ni aburrida en sí misma. La literatura, como la vida, es un encuentro. Por ello, en este nuevo encuentro, con denuedo y devoción, me entrego a sus páginas. Es la voz del maestro:

Era yo niño aun cuando me alejaron de la casa paterna para que diera principio a mis estudios en el colegio del doctor Lorenzo María Lleras, establecido en Bogotá hacía pocos años, y famoso en toda la República por aquel tiempo.

En la noche víspera de mi viaje, después de la velada, entró a mi cuarto una de mis hermanas, y sin decirme una sola palabra cariñosa, porque los sollozos le embargaban la voz, cortó de mi cabeza unos cabellos: cuando salió, habían rodado por mi cuello algunas lágrimas suyas.

Me dormí llorando y experimenté como un vago presentimiento de muchos pesares que debía sufrir después. Esos cabellos quitados a una cabeza infantil; aquella precaución del amor contra la muerte delante de tanta vida, hicieron que durante el sueño vagase mi alma por todos los sitios donde había pasado, sin comprenderlo, las horas más felices de mi existencia.

A la mañana siguiente mi padre desató de mi cabeza, humedecida por tantas lágrimas, los brazos de mi madre. Mis hermanas al decirme sus adioses las enjugaron con besos. María esperó humildemente su turno, y balbuciendo su despedida, juntó su mejilla sonrosada a la mía, helada por la primera sensación de dolor.

Pocos momentos después seguía yo a mi padre, que ocultaba el rostro a mis miradas. Las pisadas de nuestros caballos en el sendero guijarroso ahogaban mis últimos sollozos. El rumor del Zabaletas, cuyas vegas quedaban a nuestra derecha, se aminoraba por instantes. Dábamos ya la vuelta a una de las colinas de la vereda, en las que solían divisarse desde la casa viajeros deseados; volví la vista hacia ella buscando uno de tantos seres queridos: María estaba bajo las enredaderas que adornaban las ventanas del aposento de mi madre...

Y así avanzo hasta el capítulo LXV, en donde ya todo tiene sabor y color de eternidad. Ya allí, con angustia y desazón, uno siente que debe devolverse, pues siempre, en la primera página estarán Efraín y María vivos, y siempre renovados, esperándonos.

VJ Romero es Magíster en Literatura, de la Universidad Javeriana, y Comunicador Social-Periodista, de la Universidad de la Sabana. Fue profesor de las universidades del Rosario, la Sabana, Los Libertadores y la Central. Fue editor de *UN Periódico*, de la Universidad Nacional de Colombia, y trabajó en el Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Nacional. Desde el 2008 está radicado en Cali, en donde es profesor y hace parte del Comité Editorial de la revista *Maestro*, de la Pontificia Universidad Javeriana.

Además, ha sido columnista y periodista de los periódicos *El Catolicismo* y *La Prensa* y de las revistas *Diálogos Universitarios*, *Fábrica de Letras* y *Nueva Frontera*. Actualmente, se dedica a la capacitación empresarial y universitaria en las áreas de la literatura y la lengua española.

Ha publicado los libros: *Palabras, frases, sentencias. Manual de estilo para el sector judicial*, Consejo de Estado y Universidad Santo Tomás, Editorial Ibáñez, Bogotá, 2015; *Volver a escribir. Nueve pasos para mejorar su redacción*, Sello Editorial Javeriano, Universidad Javeriana, Cali, 2014; *Poeta en la cárcel*, novela corta, publicada por entregas en el diario *La Prensa*, fue traducida y radiodifundida en alemán por la emisora *Hessischen Rundfunk*, de Fráncfort, fue publicada por Ediciones Libertaria; *Falacia y paz*, cuentos, Sello Editorial Javeriano, 2012; *Otro relato guirigay*, novela, Red de lectores el Búho, 2015; *La sombra en el espejo*, Editorial San Pablo, 2007; *Tardes presocráticas y Depresiones*, Sexto Día Editores, 1996; *Avant Elle*, Fundación América Latina, 1995; *Haciendo hojas*, Editorial Antropos, 1993; *Entrevista al sida*, Editorial Hojas e Ideas, 1993, y *Todo ese amor*, 1987. Además, ha sido incluido en antologías nacionales de cuento y poesía.

Su libro *Chismecitos de mi barrio*, relatos, mereció Mención de Honor en el concurso “*Bogotá, historia común*”, convocado por el Departamento Administrativo de Acción Comunal Distrital; su cuento *Hermes* mereció el *Premio Platero*, del Club del Libro en español de las Naciones Unidas, de Ginebra, Suiza; su cuento *Al día siguiente* ocupó Primer puesto, en concurso de cuento, Universidad de la Sabana, Bogotá, y su poema *Salmo de la tarde* fue premiado en el Concurso de Poesía de la Universidad de la Sabana, Colombia.



Ilustración: fotografía de Oscar Marino Ordóñez Rojas

FINALISTA

El paraíso perdido

OSCAR MARINO ORDÓÑEZ ROJAS

Cuando Claudia escuchó el timbre de su celular, hacía poco se había levantado de su cama y ya pensaba cómo iniciaría los oficios de su hogar. En ese momento, el 7 de julio de 2014, a su esposo Yovany lo estaban llevando al hospital San Roque de Guacarí. Claudia se bañó y se vistió y cerca de las ocho de la mañana estaba en una esquina, a una cuadra y media de donde vivía. Allí subió al bus en el que traían a su esposo. Él, tumbado sobre el pasillo del bus, se lamentaba de un fuerte dolor en la espalda. Los compañeros sólo atinaban a decir que le había dado “una picada en la columna”. Cuando llegaron al hospital no podía caminar sin la ayuda de los demás y no podía siquiera hacer el intento de sentarse porque no soportaba el dolor. Estuvo de pie, recostado en una pared mientras esperaba ser atendido. Le hicieron una radiografía. Luego lo acostaron boca-abajo en una camilla. Un médico le dijo a Claudia Patricia Cuéllar que Yovany Durango, de 32 años, tenía una discopatía, *“el señor se tiene que quedar hospitalizado”*.

Es cierto que a veces el Valle del Cauca huele a caña, tabaco y brea, pero eso no es tan sabroso como suena en la canción de la orquesta Guayacán; caña, tabaco y brea juntos huelen a mierda. Y la cantidad

de químicos y demás abonos para los cañaduzales pueden hacer de este valle un lugar irrespirable, inhabitable, insoportable. Los habitantes de Cali que poco salen de su ciudad podrían tomar estas palabras como una exageración, pero basta sacar unos minutos para ir hacia Jamundí y El Hormiguero y escuchar los relatos de la gente que se ha envenenado con agua contaminada con el glifosato que utilizan para hacer madurar la caña. O ir hasta El Placer y Amaime, en las afueras de Palmira, para sentir ese olor que se mete por todas partes y que puede hacer estallar cabezas. Basta seguir por esa vía para ver y oler los vapores nauseabundos de las aguas hervidas que caen a la carretera desde el ingenio Providencia, yendo hacia El Cerrito. Los orines secos de la Plaza de Cayzedo en Cali, la cagada de un indigente en un lote abandonado, la podredumbre del pescado y hasta el mismísimo culo del mundo podrían oler mejor que los cañaduzales y sitios cercanos a los ingenios azucareros. Y así, el cuadro se puede repetir por muchas carreteras del valle geográfico del río Cauca, que va desde el norte del departamento del Cauca, pasando por el Valle del Cauca, hasta el sur de Risaralda. Vivimos entre más de 230 mil hectáreas de caña sembrada.

Frente a la entrada de la hacienda El Paraíso, hay una pequeña zona verde desde donde se puede divisar una parte del Valle. Visto así, realmente puede parecer un edén, un lugar hermoso donde alguna vez Dios puso al hombre para que lo labrara. La caña tapiza de verde este valle y uno se puede sentir orgulloso de vivir en él y dan ganas de internarse en este idilio, en estas tierras de Dios.

El día que Claudia y su esposo me atienden y empiezan a contarme todo, se cumplen siete meses de lo que ellos llaman “el accidente”. La casa que habitan está ubicada en Sonso, corregimiento a seis kilómetros de Guacarí, en la vía que va a Buga. Sonso es como un barrio popular de Cali: tiendas pequeñitas, ventas de minutos, una calle principal, las casas de los obreros de toda la vida, una panadería grande y los mototaxistas que ofrecen su servicio hasta llevar al desespero. Camino varias cuadras hacia la cordillera central. A lo lejos, puedo ver por momentos el humo

que sale del ingenio Pichichí. La entrada de la casa es una especie de garaje pequeño, en el que Claudia tiene organizadas, en forma de U, tres vitrinas que dejan ver lociones, cremas, algunas prendas de vestir para niños y bisutería en general. Luego sigue un corto corredor, donde está puesto el comedor. Al frente una alcoba. En seguida, hacia el fondo de la casa, está la cocina, ubicada justo del lado opuesto de la segunda y última habitación. Allí está Yovany, en el rincón derecho de la alcoba, acostado boca-abajo en una cama doble. A los pies de él, un armario con un espejo le devuelve su propia imagen inmóvil, delgada, postrada. Después, hacia la puerta y en el rincón izquierdo, un televisor sintoniza un programa cristiano. El pastor parece estar en el clímax de su prédica. Claudia baja el volumen del tv y me presenta: “amor, él es el muchacho de las entrevistas”. Lo saludo de mano y me siento frente a él, en un sofá. Deja su celular con unos audífonos a un costado de su cabeza, junto a un desodorante, varios estuches de pastillas para el dolor, un cepillo de dientes, el control del tv y una biblia abierta.

Yovany me habla tranquilo, como si me conociera de toda la vida. Cortaba caña desde que tenía 15 años de edad. *“Como yo ya llevaba tanto tiempo en esto, a lo último yo ya cortaba seis o siete toneladas por día. A veces hasta le ayudaba a mis otros compañeros”*. Siete toneladas diarias es un promedio alto, teniendo en cuenta que muchos cortan un promedio de cinco toneladas al día. Él se encargaba de casi todos los gastos del hogar. Ahora pasa sus días angustiado, en su cama, porque no puede aportar nada. *“Ya no tenemos para pagar el arriendo, para lo del mercado también es difícil, lo de los servicios, y usted sabe que los muchachos y la mujer también necesitan sus cosas, para salir y pasear”*. Los muchachos son Michel Dayana, hoy de 11 años, y Brayán Steven de 15. Extraña las salidas de domingo con su familia. Soñaba con llevarlos a San Andrés Islas, pero los ahorros que tenían para el viaje se han esfumado. *“Es que ya no puedo hacer nada, todo me lo hace la mona. Ella me asea, todo, me hace todo”*. Durango sólo puede mover los brazos y la cabeza. Siempre está boca-abajo porque no soporta otra posición. Claudia, la mona, intenta cubrir los gastos como

puede: hace rifas, a veces hace arroz de leche y ensaladas para vender, pasó la temporada decembrina trabajando en un almacén de ropa y me dice que acaba de hacer un cursito para arreglar uñas. Recibe, a veces, ayuda económica de familiares y de Sintra 14, el sindicato al que estaba afiliado Yovany.

Cuando lo hospitalizaron, le dijeron que era necesario hacer una resonancia. La ARL y la EPS no se querían encargar del asunto. Varias semanas después, y debido a una tutela, a Durango le hicieron la resonancia en el hospital San José de la ciudad de Buga. El médico Álvaro López se acercó a Claudia y le habló de mal modo:

—Si ustedes querían vacaciones ¿por qué no me lo dijeron? —y mirando a Yovany, agregó—: usted no tiene nada en la columna. Si quería vacaciones ¿por qué no me dijo?

—Qué pena, médico, con el respeto que usted se merece, pero esto no es un hotel cinco estrellas como para que yo hubiera querido venir a dormir en el piso y aguantar hambre cuidándolo a él.

Claudia dice que el médico López le entregó la resonancia y le dijo que *“no tenía nada, que se podía largar para la casa”*. El médico se fue y no volvió más. La discopatía que apareció en la primera radiografía, no aparecía en la resonancia. De modo que con el diagnóstico de un “Lumbago” regresaron a Sonso.

Claudia pasa mucho tiempo haciendo decenas de trámites para conseguir una cita médica o para conseguir el servicio de ambulancia o para poner otra tutela. A veces, algún familiar de ella cuida de Yovany. Él pone algún programa cristiano en la televisión o juega con el celular o escucha música o lee la biblia. No deja de tomar sus pastillas para el dolor. Cuando Claudia está en casa y los niños también, entre los cuatro arman un rompecabezas o juegan parques. Michel, la niña, a veces ve televisión junto a su papá. Ella siempre suele decir alguna cosa: que le mandaron usar gafas, que le dejaron muchas tareas en la escuela o alguna anécdota del juego de parques con sus papás. No es que hable demasiado, pero si se le pregunta se anima a hablar. Brayan,

en cambio, si estoy presente prefiere estar en otra parte. Mira muy serio y no responde más de dos o tres preguntas. Nunca conversamos. Sólo en ocasiones se acerca al cuarto de su padre, se para bajo el marco de la puerta y escucha las conversaciones.

Luego de una partida de parqués que Michel perdió con su mamá, Claudia saca varias fotos de Yovany. Nos sentamos en el comedor. Casi todas las imágenes son del día en que se casó con Durango. Por supuesto, ambos lucen contentos. Él, de estatura media, piel clara, con bigote, podía estar de pie junto a los demás; ella, siempre mona, blanca, un poco más delgada que ahora, reía con todos. Ella señala algunos familiares y a los padrinos de la boda. Luego, mientras ve una fotografía en la que solo están los dos, vuelve a contar de sus planes frustrados de ir a San Andrés. Claudia cree, y lo repite con seguridad, que algún día podrán ir. *“Dios puede sanar, Dios puede parar paralíticos, Dios puede resucitar muertos y así como él lo puede hacer, sé que puede restaurar a mi esposo y sanarlo”*.

Trece grandes ingenios azucareros controlan las tierras del Valle geográfico del río Cauca. Hace ya muchas décadas que los cañaduzales son parte de este paisaje y nos hemos acostumbrado a vivir entre ellos. Siempre quise entrar a uno y ver de cerca cómo se cosecha la caña. Varias veces intenté hacerlo, en compañía de alguien y con cámara en mano, queriendo de manera ingenua fotografiar semejante labor, y siempre nos expulsaron unos hombres visiblemente armados al ver que no teníamos permiso para estar allí. Yo no sabía que los cañaduzales eran custodiados como entidades bancarias, como si la caña o el corte de caña fuera una caja fuerte a la que no tiene acceso nadie ajeno al banco. Contacté a alguien que no puedo nombrar, y que trabaja para un ingenio azucarero que tampoco nombraré, y que luego de muchas vueltas me consiguió un permiso para entrar al campo, no sin antes decirme lo siguiente en un tono como de regaño: *“vaya y mire lo que tiene que mirar, pero, eso sí, no le pregunte huevonadas a nadie. Que cuánto se gana, que cuánto trabaja al día, nada de esas huevonadas. Aquí*

viene mucha gente de izquierda a preguntar esas cosas y a querer ver explotación por todo lado. No te vayás por ahí. Esos hijueputas están muy equivocados. La izquierda de este país está muy equivocada. Esos del Polo son unos hijueputas, Petro es un hijueputa, Piedad Córdoba es una hijueputa, los sindicalistas son unos hijueputas, todos son unos hijueputas y no hacen sino joder”. Yo le manifesté que no pertenezco a ningún partido político, y que sólo quería observar y que, por si las dudas, yo no soy un hijueputa.

Es marzo de 2015. Ha pasado un mes después de haber conocido a Claudia y a Yovany. Me encuentro en un coliseo a la entrada del “barrio de los corteros” en Guacarí. El sindicato Sintra14 (un sindicato independiente) ha convocado a todos sus afiliados a una asamblea. El pequeño coliseo está lleno. La mesa está adornada con manteles blancos y pacoras de cortar caña puestas encima, en forma de cruz. En la presentación de los directivos, cada uno levanta su pacora tras una arenga. De fondo, suena *Están quemando la caña*, canción de Yuri Buenaventura convertida en himno de las reuniones de este sindicato. Luego, Omar Cedano, presidente del sindicato en Guacarí, me contará que asistieron más de 500 corteros de caña. El propósito de la asamblea es presentar un pliego de peticiones, construido por las directivas de Sintra14, para someterlo a votación. Todos, absolutamente todos, y al cabo de tres horas de intervenciones, aprueban el pliego y lo celebran con arengas y una comilona de empanadas con gaseosa. Con “El Pliego Por La Vida”, como fue denominado por los corteros de Sintra14, se busca, entre muchas otras cosas, eliminar el corte a *destajo*, un sistema que consiste en que al trabajador le pagan según la cantidad de caña que corte. En promedio, los corteros del Valle del Cauca reciben 7.800 pesos por tonelada cortada y se estima que hacen cerca de cinco mil movimientos repetitivos para cortar esa tonelada. Los corteros también piden mejores condiciones económicas para aquellos que, por enfermedad, han sido reubicados en oficios varios. Piden a la empresa que le den prioridad a casos como el de Yovany Durango, para que

sea indemnizado y pensionado y para que reciba la atención médica requerida.

En la comunidad de corteros es frecuente encontrar personas con daños en los codos, en el manguito rotador, en las rodillas. Encontré algunas cifras en un trabajo de grado hecho por Bebsy Bibiana Jiménez para la Maestría en Salud Ocupacional de la Universidad del Valle. Allí, Jiménez presenta la prevalencia de morbilidad en los corteros de un ingenio en un periodo de seis meses: molestia o dolor en región cervical o cuello 12,4%; dolor o molestia en hombro derecho 14,2%, hombro izquierdo 11,2%; dolor en ambos codos 13,6%; dolor en rodillas 13%; caderas 4,1%; tobillos y pies 3%; los problemas en la región lumbar presentan el mayor porcentaje con un 42,6% y reportan la mayor prevalencia de incapacidad con un 27,2%.

A mitad de aquella asamblea se presenta un hecho particular: aparece Yovany Durango sobre una camilla empujada por dos paramédicos y acompañado de Claudia. Unos minutos después le acercan un micrófono. *“Yo me accidenté en el cañaduzal, allá me dio una picada en la parte baja de la columna y esta es la hora en que yo no he recibido pensión, ni nada. Yo pido que ustedes apoyen esta asamblea, este pliego de peticiones para que el día de mañana esto no le pase a nadie más”*. Yovany sigue hablando, pero a veces se va el sonido y no se entiende lo que dice. La intervención de Durango es corta. Inmediatamente después de que termina de hablar, lo llevan de nuevo hacia la ambulancia, mientras el coliseo lo despide con extensos aplausos.

Un día después de la asamblea, y mientras el pliego de peticiones era radicado en la empresa Pichichí Corte, con sede en la ciudad de Cali, esta misma empresa le quitó el servicio de ambulancia a Yovany Durango. Era la única ayuda que aún recibía de Pichichí Corte. Claudia contestó una llamada: *“malagradecidos, tanto que nosotros le hemos colaborado y ustedes van a esa reunión a hablar mal de nosotros. Que le quede claro que ya no puede contar más con la ambulancia”*.

Claudia les respondió: *“nosotros en ningún momento hemos hablado mal de ustedes. La verdad hemos dicho. Porque en la reunión lo único que buscábamos era concientizar a los mismos trabajadores, hacerles entender lo mucho que se esfuerza un cortero trabajando al sol, al agua, horarios extendidos, para que luego en el momento en el que uno más lo necesite la empresa le dé la espalda, porque la verdad es esa”*. Además del servicio de ambulancia, la empresa Pichichí Corte sólo le había ayudado a Yovany con 120 mil pesos semanales, de los cuales le descontaban 40 mil por un préstamo que le habían concedido. Durango, entonces, recibió ochenta mil pesos semanales durante los primeros 180 días después del accidente. Luego, nada. Sintra14, de la mano de Omar Cedano, se ha encargado de asesorar a Claudia en cuestiones de tutelas y demandas, ha reunido mercado para la familia Durango y algunas veces el mismo Cedano, en su moto, ha transportado a Claudia para que haga todos los papeleos burocráticos. Además, desde aquel mes de marzo, Sintra14 asumió los gastos de ambulancia para las citas médicas de Yovany.

En el año 2014, el mismo en que Durango terminó postrado, el ingenio Pichichí batió récord en molienda, reportando un incremento del 12,6% con 24,28 millones de toneladas. Sus ingresos operacionales para ese año crecieron un 22% respecto al año anterior y reportaron 203.028.000.000 de pesos. Yovany Durango no recibe un solo peso del ingenio para el que cortaba caña, y una de las razones es que Durango no era trabajador del ingenio, sino de Pichichí Corte, la empresa tercerizadora, y ya sabemos por qué esta empresa le quitó la ayuda de ambulancia, un servicio que no cuesta más de 160 mil pesos.

El cañaduzal al que me dio acceso aquel hombre amante de los madrazos era un espectáculo. Estaba lleno de sonidos: un cortero afilaba su machete con una cadencia musical, otros habían empezado a cortar a un ritmo criminal y las hojas de caña crujían al caer; otro, mientras se cambiaba de ropa, cantaba *yo la vi compadre yo la vi, yo la vi compadre yo la vi. Mirala, mirala, mirala como anda*, y otros

sonreían al verlo cantar. Desde el fondo, en campos cercanos, llegaba el rugir de las máquinas alzadoras de caña y de las tractomulas que empezaban a llevar gigantescos vagones llenos de caña. Un centenar de garzas blancas buscando comida completaban la sinfonía con sus graznidos. Había muchos corteros de 50, 60 o más años de edad. Algunos, por su piel tostada, sus manos ásperas, el desgaste de décadas en el cañaduzal, aparentaban diez años más de los que tienen. A las diez y treinta de la mañana el calor era desesperante. Casi todos tomaban agua de panela. Algunos sacaban limones y más panela, la picaban con sus machetes, la echaban en botellas de agua y la dejaban para tomarla después. Otros sacaban sus portaviandas y adelantaban un poquito del almuerzo: mucho arroz, maduro, carne o pollo. A esa hora, llevaban entre tres y cuatro horas cortando caña. Habían limado sus machetes muchas veces o los habían reemplazado por otros. Algunos trabajarán unas dos horas más y esperarán a que llegue el bus que los transportará a sus pueblos, lejos de ese cañaduzal. Al final de la jornada, se podía ver la hilera de caña tumbada por cada cortero, un montón de caña que ellos llaman “chorra”. Clavaron sobre la chorra una caña partida por la mitad verticalmente y la marcaron con un número que les asignaron con anterioridad. Aunque nunca sabrán exactamente cuánta caña cortaron, les reportarán entre cuatro y siete toneladas de caña de azúcar. Salí extenuado sin haber cortado una sola mata de caña y pensando en esa imagen de armonía en el cañaduzal, que contrasta con las penosas historias de vida que se le pueden escuchar a muchos corteros cuando se conversa con ellos.

Son las diez en punto de otra mañana de abril del 2015. Una fisioterapeuta está terminando una sesión de ejercicios con Yovany. Él sigue acostado boca-abajo, en pantalonetas, sin camisa. Ella le hace masajes en la espalda y él se queja de dolor. Tiene algo pesado en el extremo de cada una de sus manos y debe tirar los brazos hacia atrás una y otra vez. Él cierra los ojos mientras obedece a la joven terapeuta. El rostro de Yovany, casi siempre pálido, ahora está rojo de tanto esfuerzo. Finalmente, ella se pone a los pies de su paciente, saca una aguja y

empieza a pinchar a Yovany en diferentes partes. Él debe decir si lo están pinchando o lo están tocando. A veces acierta. Después, tiene ánimo todavía para contarme cómo salió del cañaduzal nueve meses atrás.

Llevaba, quizá, una hora trabajando. Intentó alzar lo que acababa de cortar y sintió un fuerte dolor en la parte baja de la espalda y cayó sentado sobre la chorra que iba creciendo detrás de él. Se sintió mareado y esperó un momento antes de intentar levantarse. El dolor se hacía más intenso y estaba solo, sucio y tirado entre la caña y el lodo. Cuando pudo, quizá por ese instinto humano de no dejarnos morir así, se puso de pie y salió a buscar al Cabo, la autoridad en el cañaduzal, para que hiciera el reporte de lo que acababa de suceder. El primer Cabo que encontró, pueden haber varios en el campo, se llamaba Ramiro y no era su jefe. Le pidió el favor de llamar a *don Elmer*, el Cabo encargado de su ruta, y Ramiro le respondió “*que él no iba a llamar a nadie, que caminara hasta el bus donde se encontraba el otro Cabo*”. La noche anterior había llovido y el terreno estaba hecho un lodazal y Yovany Durango caminó unos cien metros antes de llegar al bus donde estaba *don Elmer*.

—Cabo, necesito que me haga un reporte porque es que me acaba de dar una picada en la parte baja de la espalda.

—Bueno, vaya cámbiese y mientras tanto yo voy haciendo el reporte.

—No, don Elmer, yo ya no soy capaz de caminar más, me duele mucho.

—Y yo ¿qué puedo hacer? Lo necesito con sus cosas y luego lleno el reporte.

Yovany caminó de nuevo esos cien metros imposibles hacia el lugar donde estaba cortando. Además del dolor que no cesaba, empezó a sentir que los pies se le entumían. “*Caminé otra vez por ese barrial y pasé por segunda vez frente al cabo Ramiro. Yo lloraba, a mí no me da pena decirlo, yo ya estaba llorando del dolor y ese cabo no hizo nada cuando me vio*”. Un cortero, compañero de Durango, dejó el tajo que estaba cortando y lo ayudó a desvestirse y luego le puso ropa

limpia. Sacó pimpina, machetes y maletín y se ofreció a llevarle todo hasta el bus. Durango emprendió por tercera vez la caminata de esos cien metros malditos y el cabo Ramiro lo miraba sin ofrecerle ayuda. Llegó hasta donde el señor Elmer, que ya tenía el reporte. El cabo no llamó una ambulancia, sino que le ordenó al chofer de un bus, de los que transportan a los corteros, que llevara a Durango al hospital. *“Hizo parar el bus en toda una curva. Yo le dije: ‘haga lo que quiera conmigo, pero yo ya no camino más, ya los pies se me están adormeciendo’. Yo le dije así y él pasó la carretera y me dejó allá parado y se subió al bus. Y yo al ver que ese señor no me ayudó, pues me tocó pasar la carretera solo. Imagínese, en esa curva. Donde venga un carro, me levanta porque yo ya caminaba era en las últimas. Logré pasar y me paré en la puerta del bus y les dije otra vez: ‘hagan lo que quieran conmigo, déjenme aquí morir, hagan lo que quieran, pero yo de aquí ya no me muevo más’. Y ya, yo me prendí del bus porque ya me caía, los pies ya no los sentía. Y ya cuando el cabo vio que yo estaba sudando, que la cosa era en serio, dijo: ‘no, yo en cosas de columna no me meto’. Y se bajó del bus”*. El chofer lo tomó por debajo de las axilas y poco a poco lo fue subiendo. Un envión, un escalón; otro envión, otro escalón. Y en cada escalón, con cada descarga, Durango se estremecía de dolor. *“De ahí me llevaron al hospital. Yo prácticamente ya no sentía los pies. De camino recogimos a mi esposa y me llevaron al hospital. Y allá... allá fue otro calvario más...”*. Yovany termina de hablar y yo me sorprendo de que sonría. Luego se queda mirando al suelo.

En aquél mismo mes, Douglas Laing, un ingeniero agrónomo australiano, ex director del Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT) de Palmira, expresaba en la Universidad del Valle su mirada sobre el futuro de estas tierras. Según él, casi toda el agua que se utiliza para el riego de caña, además de la superficial, es extraída de pozos a 200 y 500 metros de profundidad. De seguir así, aguas superficiales y profundas explotadas al mismo tiempo, en cuarenta años la agroeconomía en el Valle del Cauca podría ser insostenible. El agua intermedia hace rato se secó. Para el ingeniero Laing, este valle se podría

salvar llevándose la caña para otro lugar (los llanos orientales parecen la mejor opción) y reemplazarla por hortalizas, arroz, flores y frutales. Y entonces podríamos imaginar un valle con otros colores, más fresco, otros olores, más respirable; quizá sin tantos cuerpos destrozados por el uso del machete, el veneno de explotar la caña y las arremetidas del sol. Si el señor Laing está en lo cierto, este valle no sólo podría ser el de los malos olores y los cuerpos reventados, sino el valle de lo inerte, oscuro, sacado de una distopía hollywoodense.

Los meses pasan y la situación de Durango y su familia apenas cambia un poco. Ahora, mostrándome sus manos, Yovany me dice que se le han empezado a deformar los dedos. El dolor le sigue carcomiendo los huesos y duerme mal. “*Ya debemos más de un año de arriendo. Nos parecemos a don Ramón*”, me dice Claudia con media sonrisa. La pareja dueña de la casa pertenece a la Iglesia Cruzada Cristiana Palabra de Fe, la misma iglesia a la que asisten los Durango. Ellos se han mostrado comprensivos con la situación. Además, me cuenta Claudia, los dueños de la casa son sus “padrinos espirituales”.

Yovany debería haber sido indemnizado y debería estar pensionado. Para que esto ocurra deberá someterse a una *calificación de origen*, un estudio con el cual se determina si lo que tiene Durango es una enfermedad común o una enfermedad laboral. Además, en una calificación de cero (0%) a cien (100%) Yovany deberá ser calificado sobre el 51% de discapacidad para que lo pensionen. Un médico ya se atrevió a decirle a Claudia que la enfermedad de su esposo es laboral, a causa de los movimientos repetitivos durante años cortando caña. De manera que la Aseguradora de Riesgos Laborales (ARL), en este caso Positiva S.A. debería haberse encargado del caso Yovany, pero fue precisamente esta entidad la que puso mil tropiezos para evitar los exámenes que deben hacerse. Les dijeron que debían viajar hasta Bogotá para hacer la calificación de discapacidad y la calificación de origen. La última vez que lograron conseguir la cita en Bogotá, en la Junta Nacional de Calificación de Invalidez, luego de mil vueltas, les aseguraron que les daban los tiquetes aéreos Cali-Bogotá-Cali. Pero para

llegar al aeropuerto, Yovany necesitaría viajar boca-abajo, de manera que una ambulancia sería lo más adecuado. Como en la resonancia no apareció ningún daño en la columna, en los papeles Yovany sólo tiene un lumbago y para la ARL eso no ameritaba que se le enviara una ambulancia. *“Le enviamos una buseta y que se acomode como pueda”*, le dijeron a Claudia. La cita en Bogotá se perdió porque no hubo un transporte adecuado para llevarlo al aeropuerto. A pesar de que Yovany está postrado en una cama, en los papeles tiene 0% de discapacidad, como si pudiera caminar y trabajar normalmente.

Es septiembre de 2015, son las cinco y treinta de la mañana y estoy en Sonso. Me acompaña un amigo que lleva una cámara de video, también Omar Cedano, cortero de caña y presidente de Sintra14 Guacarí. Lleva casi diez años como líder de los trabajadores de Pichichí afiliados al sindicato que dirige, y aunque las estrategias políticas de la industria cada vez los oprime más, todavía se hace escuchar y dice que no se cansará de exigir mejores condiciones laborales. A Cedano le han concedido permiso sindical permanente y lo acompañaremos a realizar parte de su trabajo. Sale con botas, pantalón azul largo y grueso, una chaqueta abierta, azul también, gruesa con la insignia de Pichichí Corte y debajo una camisa roja con la imagen del “che” Guevara. “Tocó ponerme la de la guerra”, dice Cedano. Nos dirigimos en dos motocicletas hacia los alrededores del ingenio Pichichí. La carretera es destapada y con el amanecer empezamos a ver las chimeneas humeantes del ingenio. Algunos trabajadores pasan en bicicleta, de esas grandes y viejas, llevando a la espalda un maletín, y pimpina de agua en un costado. Llegamos a la entrada principal del ingenio y nos detenemos un momento. Pasan por el frente algunos buses llenos de trabajadores del campo que aprovechan para dormir otro rato mientras llegan al lugar que les han asignado hoy. Entran y salen los enormes trenes cañeros. Los ingenios no paran. La última vez que lo hicieron fue en el año 2008 cuando los corteros de todo el sector azucarero entraron en huelga, bloquearon los principales ingenios y lograron parar la producción durante varios días. Seguimos adelante, bordeando

el ingenio y llegamos a una rotonda ubicada a un costado de Pichichí. A las seis de la mañana dos buses parquean frente a la rotonda y se bajan todos los trabajadores que van allí. Son antiguos corteros de caña que ahora, por su pobre estado de salud, han sido reubicados en oficios varios. Llegan a esta rotonda para que un Cabo les asigne sus lugares de trabajo. Unos serán llevados en los buses a lugares lejanos, otros se quedarán trabajando en los alrededores del ingenio. Nos acercamos antes de que vuelvan a subir a los buses y Omar Cedano empieza a hablarles, a darles un reporte de algunas actividades de la directiva del sindicato. Mi amigo y yo, empezamos a grabar. El Cabo saca un celular y nos toma fotos. Primero desde lejos y luego se va acercando hasta ponerme el celular casi en la nariz. Cedano levanta más la voz y dice: *“como pueden ver, el señor cabo nos está tomando fotos y seguramente ahora van a enviar a la seguridad del ingenio Pichichí. Pero esto lo estamos haciendo en una carretera del Estado y estamos en un país libre. Aquí estamos dispuestos a esperar a la seguridad”*. La verdad es que mi amigo y yo no pensamos lo mismo. El Cabo interrumpe a Cedano y tienen una pequeña discusión:

—Como usted sabe, usted debe pedir permiso si viene una persona externa. Si usted viene no hay ningún problema y usted sabe que yo le doy los espacios ¿o alguna vez lo he irrespetado?

—No, pero permiso por una persona externa en este sitio no.

—Pero le digo una cosa: no me haga política con el nombre mío. Usted sabe que yo respeto estas cosas.

—Sí, mijo, pero yo estoy viendo que usted está tomando fotos, y nosotros solo estamos haciendo un trabajo.

—Yo no le estoy interfiriendo eso, pero ojo vivo cuando se refiera al Cabo.

—Yo me estoy refiriendo con respeto. Usted está haciendo lo suyo, yo hago lo mío.

—Pero usted sabe que para personas externas debe tener permiso, como cuando viene la Defensoría del Pueblo, no hay ningún problema, ¿quién le está diciendo que no vengan?

—¿Pero quién me va a dar autorización?

—Te digo una cosa: esto no es para que nos pongamos a discutir entre nosotros dos ¿listo?

—¿Usted cree que me van a dar autorización para hacer esto?

—Pero no me haga política con el nombre mío, nos vemos.

—No he dado su nombre, dije “Cabo” y aquí hay muchos cabos.

—No, pero vos sabés...

La mayoría de trabajadores sube a los buses y se marcha. Aquí en la rotonda quedan unos cuantos. *“Me han hecho 5 cirugías, tengo artrosis, y no me han querido calificar para nada. En la calificación de discapacidad tengo 0%”*, dice un señor de 55 años que parece de 70. *“Tengo roturas en los hombros y en este momento nos tienen recogiendo caña”*, comenta otro. *“Como no podemos hacer la labor del machete, de la pala, entonces nos sacan por grupitos a recoger la caña que se cae de los vagones y ponerla en la orilla de la carretera”*, dice un veterano con acento nariñense. Un señor de sombrero camina con dificultad, utilizando un bastón. Lo seguimos un rato. Tiene un problema severo en la cadera. También recoge la caña que se cae de los vagones. Con la punta de su bastón empuja la caña hasta la orilla de la carretera. Le toca empujar de a una sola caña. Al verlo trabajar así, siento que en cualquier momento su cuerpo se va a desbaratar, como cualquier muñeco armable. Cedano recibe una llamada telefónica y mientras habla mira para todos lados, como alarmado. Cuelga y nos dice que un amigo suyo que acaba de pasar en moto se dio cuenta que nos siguen dos hombres motorizados y armados. Los vemos atrás de nosotros a unos cincuenta metros. Cedano dice que deben ser enviados del ingenio Pichichí y que los enfrentemos. Mi amigo y yo nos negamos porque a ellos no se les ve ninguna insignia de la empresa. Es hora de irnos. Los señores nos siguen un rato hasta que llegamos a la carretera pavimentada de Sonso y se devuelven. Cedano nos cuenta que esos trabajadores reubicados, reciben, máximo, 190 mil pesos semanales por ese trabajo en las carreteras. Una vez pasado el susto, le pregunto a

Cedano por el sindicato y por el caso de Yovany Durango y me responde que Sintra14 pasa por un mal momento económico y no puede seguir ayudando a Yovany con los gastos de ambulancia. Además, “El Pliego Por La Vida”, aprobado en la gran asamblea de marzo y radicado en Pichichí, está casi muerto. El Ingenio Pichichí, a través del sindicato patronal Sintrainagro, hizo que más de 200 trabajadores de Sintra14 se pasaran a Sintrainagro a cambio de un préstamo de 150 mil pesos. La empresa no hace negociaciones con sindicatos minoritarios y no aceptará ninguna petición del “Pliego Por La Vida”.

Pasó mucho tiempo para que yo regresara a Sonso. Ya está finalizando el mes de junio de 2016 y me aterro al pensar que ya serán dos años desde que Yovany salió de un cañaduzal, cerca del ingenio Pichichí, casi sin poder caminar y en un bus que lo llevaba directo a una vida que pocos hombres se podrían merecer. Una vida de dependencia e incertidumbre y de una esperanza que se muere de a poquitos y que, si acaso, se aviva una que otra vez con las palabras de Claudia o de un pastor cristiano en la tv o de sus hijos en la cotidianidad. Desde febrero no sé nada de él, ni de su familia. Es viernes y llego sobre el medio día a Sonso. Allí están los carritos amarillos que por mil pesos lo llevan a uno hasta Guacarí y luego los mototaxistas que insisten sin parar. Subo por la calle principal, varias cuadras hacia la cordillera central. Llego a la casa en donde sé que vive la familia Durango. La ventana del garaje está abierta y adentro está casi vacío. Una anciana está sentada en una silla solitaria al lado de un teléfono ubicado en el suelo. “Hace dos meses que se fueron”, me dice. Regreso a la casa de Cedano, que vive también en Sonso, y me cuenta que Yovany y su familia se han ido a vivir a la casa de los padres de Claudia. Los dueños de la casa pueden ser muy cristianos, pero es difícil dejar de cobrar dos años de alquiler. Cedano me cuenta que el caso de Yovany sigue casi igual. La ARL de Yovany ya no es Positiva, sino Sura y la EPS Comfandi SOS le brinda a Durango sesiones de fisioterapia. Me dice que también cuenta con servicio de ambulancia para ir a sus citas médicas y que justo acaba de

recibir una llamada de los paramédicos porque no conocen la residencia de Yovany y deben llevarlo a Cali. Salgo con Cedano y encontramos la ambulancia sobre la carretera que va hacia Guabitas, otro corregimiento. Por esa vía sin pavimentar recorreremos, más o menos, un kilómetro. Yovany está viviendo en una de las últimas casas de esa zona. Luego, los cañaduzales se tragan la carretera. Al ingresar, a un lado de una pequeña sala, veo a Michel sentada en un sofá, mientras que su tía, hermana de Claudia, le pinta las uñas de los pies. Saludo y del otro lado sale Claudia de una alcoba. Me saluda sonriente, como siempre. Está más mona que antes, bien maquillada. Luce unos yines ajustados y una camisa blanca. Bonita, Claudia siempre ha sido bonita. Entro a la habitación y saludo a Yovany. Afuera se queda Claudia atendiendo a Cedano y a los señores de la ambulancia. Veo a Yovany más delgado. Por un momento no sé qué decirle. Saludarlo con un “¿Cómo estás?”, me parece absurdo. Aprovecho que él me saluda con un “qué más, qué anda haciendo”, y le cuento rápidamente algunas cosas mías. Él me dice que sigue con mucho dolor y mal dormir. Afuera no se ponen de acuerdo. A Claudia le dijeron que la cita era en la mañana, y a los de la ambulancia que la cita era en la tarde. Tras una llamada y luego de unos diez minutos confirman que deben estar en Cali a las dos y treinta de la tarde. Claudia entra y yo debo salir porque necesita ponerle otra ropa a Yovany. En la sala de la entrada, los paramédicos hacen su trabajo. A Yovany lo sacan en una camilla, boca-abajo, y lo suben a la ambulancia. Alcanzo a decirle “adiós Yovany, que te vaya bien.” Mirando al suelo me responde con un “chao”. Me despido de todos en la casa, Claudia sube a la ambulancia y cuando salgo, justo en frente de la puerta, en un árbol no muy alto, está Brayan sentado en una rama. Tiene puesto unos audífonos y mueve un poco la cabeza, con cierto ritmo. Me quedo mirándolo y un instante después me mira. Lo saludo con un gesto de mano y él me responde también moviendo su mano derecha y luego aparta su mirada hacia el cañaduzal. Me voy con Cedano hacia Sonso y luego la ambulancia nos sobrepasa, levantando polvo por todos lados. Es difícil respirar así, y hacia adelante no se ve muy bien.

Hoy se han cumplido tres años de aquella salida infame del cañaduzal y no hay casi nada nuevo por contar sobre el caso de Yovany. Su salud, su situación económica y su relación familiar no han cambiado de manera importante. Hubo algo relevante, pero no para bien: hace unos meses, Michel Dayana fue encontrada desmayada en la calle, con una baba blanca saliendo de su boca. “Tiene problemas de azúcar”, me dice Claudia.

Estoy de nuevo en aquella zona verde frente a la entrada de la hacienda El Paraíso, en sector rural entre Palmira y El Cerrito. La buena vista del Valle de nuevo frente a mí. Es una tarde de domingo y el sol empieza a calentarme la cara en su caída lenta tras la cordillera occidental. Hay mucha gente que viene a escuchar sobre Efraín y María, gente que nunca leyó la novela de Isaacs, pero escuchan con atención a los guías que durante el recorrido repiten de memoria algunos fragmentos de la novela, guías que increíblemente no diferencian entre Efraín como personaje de ficción e Isaacs como autor. Un guía pregunta si alguien puede sacar un billete de 50 mil que no sea de los nuevos. Un hombre hace el favor y la mayoría de asistentes se sorprende cuando el guía anuncia que el billete tiene el rostro del autor de *María*, una representación de la protagonista, un corto e ilegible fragmento de la novela en letra minúscula y una ilustración de la fachada de la hacienda El Paraíso. Luego, los visitantes alquilan un caballo para hacer un recorrido por los alrededores de la hacienda, o se sientan frente a la misma para comer, beber, bañarse en las aguas que pasan cerca y a ver el valle, “el lindo valle”, dice una señora a mi lado. Ella bebe algo y le dice a un niño muy chico que mire ese valle tan lindo, tan verde, tan grande, como si ella se sintiera orgullosa. ¿Cómo es posible que alguien ignore tanto de lo que pasa en su tierra? ¿De la misma manera en la que es posible que muchos ignoren a quién se le hace homenaje en un billete de 50 mil que tocan a diario? ¿Deberían saber, al menos los vallecaucanos, qué es lo que pasa y qué podría pasar en estas tierras “paradisiacas”? De fondo el cielo se pone anaranjado, el tapizado de caña se ve ahora amarillento

y varios hilos de humo se alcanzan a divisar. Algunos realmente son polvaredas levantadas por los trenes cañeros, otros salen de ingenios como Providencia, que está muy cerca, y de Manuelita que lleva ese nombre porque el ingenio nació en una antigua finca adquirida en 1840 por George Henry Isaacs, padre del autor de *María*, y que bautizó con el nombre de Hacienda La Manuelita en honor a su esposa Manuela Ferrer Scarpetta. Allá estarán todos esos cuerpos destrozados, pero también toda esa gente dura, harapienta y trabajadora que labra estas tierras y cosecha la caña a cambio de su vida, de cuatro pesos para sobrevivir, todos ellos con sus historias de nunca acabar. Miro hacia ese valle y recuerdo a Claudia en sus vueltas, a Yovany en su cama. La postración debe ser el estado más miserable para un ser humano. Y si además no se es millonario, peor. En un mundo como el nuestro, hasta la locura puede ser deseable, pero no la postración. Se hace tarde y debo volver a mi ciudad. Pasa el 2017 y la vida en este valle verde y más bien hediondo sigue igual. Atrás queda la hacienda con un parqueadero lleno a reventar; adelante me espera el Valle, un paraíso que se perdió entre el cañaduzal, la putrefacción y una indiferencia de la que es difícil hablar.

Oscar Marino Ordóñez Rojas es Filósofo y Comunicador Social-Periodista de la Universidad del Valle. Se dedica a la escritura de ensayos, crónicas y relatos cortos de ficción. En el 2014 obtuvo el Primer Puesto en el concurso Escritores Autónomos, organizado por el Instituto de Idiomas de la Universidad Autónoma de Occidente. Fue Coordinador del colectivo de escritura La Gruta del Zahorí, de la Escuela de Comunicación de la Universidad del Valle, con el que publicó el libro *Relatos para dormir insomnes*. Se ha desempeñado como redactor, editor, profesor de filosofía y de lectura crítica. Es realizador audiovisual: dirigió el largometraje documental *Corteros*. Ha participado en la realización de varios cortometrajes de ficción.



Ilustración: fotografía de Aymer Andrés Álvarez Murillo

FINALISTA

**El Paraíso:
historias de la musa de Jorge Isaacs**

LINA ALEJANDRA URIBE HENAO

Un amor al que no le pasan los años

Las paredes de la casa están llenas de sus fotos: cuando estaba niña, en los primeros años de la adolescencia, con el cabello recogido, con moño, sin moño, con gafas, sonriente, seria, desprevenida, posando, el día de su grado, junto a una pileta, con una guitarra y en un sinnúmero de situaciones con las que casi se podría reconstruir una vida.

Cuando tenía cinco años, la muchachita de las fotos recorrió todo el pueblo en bicicleta. La acompañaba su padre, quien tuvo la idea de mostrarle los rincones del lugar donde él nació y creció. Fue el único día que pasaron juntos. Se llama María. Adriana María. Ahora tiene 28 años y vive en algún lugar de los Estados Unidos.

Acá, en el Valle del Cauca, su papá la recuerda cada día a través de las imágenes que ha esparcido por toda la casa. Guarda también, como un tesoro del que pocos saben, cientos de cartas y poemas que le ha escrito. Y puede revivir casi perfectamente lo que sintió con ese abrazo que le dio hace 18 años antes de que ella se montara en el avión en el que su mamá se la llevó tan lejos. Cosas de la vida. Y de los divorcios.

—No he dejado de quererla un solo segundo —dice el hombre. Cuando habla del tema, siempre se le entrecorta la voz.

Se llama Walter Belalcázar y desde que estaba en la primaria lo apodaron ‘Chuchú’. 57 años recién cumplidos, pelo grisáceo atado en una coleta. Hace seis años se accidentó en su moto y, después de varias cirugías, platinas y tornillos, recuperó el caminar con una pierna más corta que la otra. Ya por ese entonces había decidido dejar de usar zapatos y recorrer el pueblo a pie limpio. La vida a pie limpio. Así que a falta de alguna plantilla que le nivele la estatura, Chuchú avanza con un vaivén que le pone ritmo a sus pasos.

De su pequeña hija debió separarse cuando ella tenía tres años y desde ahí la comunicación fue bastante interrumpida. A los cinco pudo llevarla a dar el paseo en bicicleta y por esa época la invitó a comerse el primer helado de su vida, uno tan grande que casi le tapaba la carita. A los 10 la visitó en Bogotá, donde vivía con su madre. Preparado para que ya no lo reconociera, le escurrieron las lágrimas cuando la niña bajó corriendo las escaleras y se le lanzó a los brazos. Días después, la despedida antes del avión. El último adiós.

La casa donde vive Chuchú es también un museo que desde hace más de 20 años él viene construyendo en Santa Elena, corregimiento de El Cerrito. Se llama ‘La Chozza de Chuchú’ y sus puertas están siempre abiertas para que los visitantes aprecien todos los ambientes que ha recreado y junto a los cuales va narrando la historia de su pueblo. La recolección de los objetos es un trabajo que le tomó más de 40 años, desde aquellos tiempos en los que ni siquiera se imaginó que su hogar paterno podía convertirse en un sitio turístico de la región.

Aprovechando que sus dueños los echaban a la basura por considerarlos inútiles, Chuchú empezó a recoger gramófonos, tocadiscos, vitrolas, *long plays*, sillas, triciclos, bicicletas, cámaras fotográficas y otros varios objetos con los que le dio vida a su proyecto en las habitaciones y pasillos de la casa. Los dos espacios más amplios están dedicados a Adriana María. Uno de ellos es la sala de cine, donde ya no se ve ni un

centímetro de la pared porque la cubren las fotografías de la chica y unos cuantos afiches de películas, entre esos el de una que grabaron en el pueblo y en la que contrataron a Walter para el papel de cartero.

En otra habitación tiene un piano de madera que le sirve de base a los portarretratos con fotos de Adriana. Y más arriba, en la pared, una nueva mezcla de imágenes de la muchacha y de él en sus épocas de juventud. Casi rozando el techo de ese recinto que parece estar inspirado en la música —y en Adriana, claro— está suspendida una guitarra de unos dos metros de largo en la que Chuchú pegó varios recortes y quizá la única foto en la que aparece junto a su hija: una imagen chiquitica a la que le quitó el fondo con tijeras y dejó solamente la silueta de sus dos protagonistas.

—Todo esto es por si algún día vuelve —comenta cuando por fin logra recuperar la voz.

Al igual que su padre, a Adriana María le encantan el cine, la literatura y el arte. Fue por eso que Chuchú empezó a construir la sala de cine y aprovechó una entrevista que alguna vez le hizo un canal internacional sobre la casa museo para decir, al aire, que se trataba de un homenaje a su hija, tan lejana y siempre tan cercana. Parece que le funcionó: a los pocos días lo llamó Adriana para pedirle una dirección. Le quería mandar un regalo.

Días más tarde recibió una caja que apenas le cabía en los brazos. Estaba llena de álbumes y fotografías sueltas que resumían casi todos los momentos que no había podido compartir con ella. Para ese entonces, la muchacha ya estaba graduada en Filosofía y Letras y trabajaba como profesora en un colegio de Estados Unidos. Con las imágenes decoró la casa y sintió que su hija, que por las vueltas del destino había crecido sin la compañía de un padre, le estaba pidiendo que no la olvidara.

Con unas sillas bastante viejas que logró conseguir, Chuchú reconstruyó en otra de las habitaciones de su casa la primera barbería que tuvo Santa Elena: la de don Juanito Villegas, el primer barbero del pueblo. Don

Juanito cumplía también las funciones de médico, abogado, dentista y sastre a falta de otras personas que hicieran la labor pero, sobre todo, gracias a sus amplios conocimientos en todos los temas y a su vocación de servicio. Murió en el 2005, cuando completaba 105 años.

La casa museo de Chuchú es tan amplia como suelen ser las construcciones antiguas. El punto central es un patio empedrado en el que hay una fuente cuyos bordes tapizó él mismo con monedas de distintas épocas, y una veranera que desde hace años le está floreciendo. Alrededor se extienden todas las habitaciones unidas por un pasillo que le da la vuelta a la casa.

En un recinto contiguo a la réplica de la barbería del señor Villegas hay un cuadro de Efraín y María pintado por el mismo Walter, con el que todos los visitantes se transportan a la historia de un clásico de la literatura latinoamericana escrito por Jorge Isaacs. Recreados en su niñez, aparecen tomados de la mano en un paisaje de flores y pastos. Sonríen, lucen frescos. Les brillan los ojos.

El comedor es tallado en comino, una madera prehistórica que algunos exploradores conocían como ‘el oro de la selva’ por su belleza y finura. Para que esta mesa no se viera tan simple, Walter le puso una enredadera en todo el centro que le da el toque de color necesario y la convierte una pieza hermosa: otra de sus obras de arte. En esa misma habitación está lo que antes se consideraban las ‘neveras’ de las casas, dos vasijas sobrepuestas que filtraban el agua y la mantenían fresca.

El espacio siguiente está dedicado a Gallardo, su padre, hombre que se pasaba los días tomando vino y cerveza. Por eso Chuchú recreó un bar de los años 60 idéntico a aquel donde, de muchachito, se tomó los primeros tragos y aprovechó para decirle a su papá que no quería regresar al colegio. Aparte de la sala de cine hay otro cuarto atiborrado de atuendos de otras épocas que le ayudan a Chuchú a ganarse la vida: además de pintor y poeta, es fotógrafo y ofrece el servicio de retratos con vestimentas antiguas a todos los turistas que visitan su choza.

Camino al paraíso

En El Cerrito, Efraín y María permanecen en todas partes. De diferentes maneras. Con diferentes olores. En varios platos típicos. En la casa museo de un artista enamorado. En el parque, en las calles y en el cementerio donde está enterrada ella. En la vida que la gente construye alrededor de esta leyenda, en la historia de un pueblo romántico. En las páginas de los libros que los niños leen en el colegio, en los festivales de música que se hacen cada año. El Paraíso que alguna vez inspiró a Jorge Isaacs sirvió para que tantos años después, con su obra, él inspirara a los 57.000 habitantes que tiene el municipio. Y por ahí derecho a los de todo un país.

A Santa Elena se puede llegar en carro y el trayecto desde Cali dura aproximadamente 40 minutos. Pero también hay servicio de transporte público con varias ventajas en cada parada: bocadillo con queso “recién envuelto” a \$1000 o, por el mismo precio, gelatina en vasito a la que “hasta el agua fría que se le echa es hervida”. Al menos eso es lo que aseguran sus vendedores, hombres que se ganan la vida creándoles historias y resaltando los atributos de los productos que venden para antojar a los turistas.

Centenares de viajeros y familias van cada fin de semana a visitar el principal atractivo de la zona: la Hacienda El Paraíso, donde Jorge Isaacs recreó su novela *María*. Luego de 150 años de publicación, ha sido traducida a 31 idiomas que van desde el inglés al japonés, este último gracias a un hombre que desde Asia viajó hasta América en una misión conquistadora a principios del siglo XX y se enamoró de la obra.

En el corregimiento de Amaime, crucero El Placer, a pocos minutos ya de Santa Elena, varios conductores de taxis y carros particulares también han creado estrategias para llegar a la casa con unos pesos en el bolsillo: como la carrera hasta El Paraíso cuesta \$15.000, ellos esperan que se acumulen cuatro pasajeros y los llevan hasta allá por \$4000 a cada uno. Si va a Santa Elena, paga un poco menos: \$2000 por persona

y lo dejan en el parque. Y si quiere ir del pueblo a la hacienda, de seguro consigue un motorratón que lo sube por \$3000.

Justo en el punto en el que el camino se bifurca para tomar dirección hacia Santa Elena o hacia la hacienda hay un samán gigantesco que le aporta el nombre a ese cruce. Desde hace 27 años, bajo su sombra se ubica la ‘oficina’ de doña María Elvira, ubatense que llegó al Valle del Cauca y para sacar adelante a sus muchachos montó un puesto de empanadas, champús, jugos de fruta, pomelos y vinos. Parada obligatoria para todos los que recorren ese camino y que terminan enternecidos con la atención de la señora.

Otro de los atractivos del municipio es el Museo de la Caña, ubicado dentro de la Hacienda Piedechinche, del Ingenio Providencia. La casa corresponde a la arquitectura vallecaucana de la colonia con paredes de adobe, pisos en ladrillo y diseño en forma de cruz. Como todas las haciendas construidas en dicha época, cuenta con un oratorio para las ceremonias religiosas y un costurero en el que las chicas aprendían lecciones fundamentales para ser buenas amas de casa después del matrimonio.

En el Museo, además, los guías brindan recorridos por los 12 ranchos y 7 trapiches en los que se explica la evolución de este procesador de caña y la forma de tratar el cultivo en diferentes ciudades del país. Todos los días –excepto los lunes en El Paraíso–, los turistas tienen la opción de elegir qué sitio visitar según sus intereses: si el Museo de la Caña para conocer la historia del cultivo característico del departamento, o la Hacienda El Paraíso, para embelesarse con una historia de amor y conocer cómo se fue formando un pueblo a sus alrededores.

Viaje a la cuna de los enamorados

Transcurrían los primeros años del Siglo XIX cuando Jorge Enrique Isaacs, padre del escritor, pisó las tierras vallecaucanas tras un viaje desde su natal Jamaica. Se hizo dueño entonces de un terreno de

aproximadamente 12.500 hectáreas que se extendía desde la hacienda hasta Palmira, incluyendo lo que hoy en día es Santa Elena, El Placer y corregimientos, ingenios y haciendas aledañas.

Luego de una bancarrota que los historiadores le atribuyen al licor y a los juegos de azar, Isaacs perdió paulatinamente sus terrenos y se quedó tan solo con 127 hectáreas, el 1% de lo que alguna vez tuvo en su poder. El lugar pasó por unos tres dueños después de la familia Isaacs Ferrer y antes de pertenecer a la administración departamental.

Cuando aún no era El Paraíso, durante la época en la que la habitaba el escritor, la hacienda se llamaba Casa de la Sierra. Este nombre le hacía juego a su ubicación privilegiada, pues se encuentra en el piedemonte de la Cordillera Central y desde ahí es posible ver un paisaje único del Valle del Cauca que se arroja al frente suyo. Fue desde 1953, cuando la compró la Gobernación del Valle del Cauca, que recibió su nuevo nombre y seis años más tarde fue declarada monumento nacional por su valor histórico, cultural y arquitectónico.

Su última propietaria fue una mujer que hizo negocio con la Gobernación luego de proponerle dos condiciones fundamentales: la primera, que le construyeran una casa idéntica en otro terreno cercano, a pocos kilómetros de la hacienda. Trato hecho. \$220.000 y una edificación gemela. La segunda condición era que sus familiares tuvieran acceso gratuito a la Casa de la Sierra —o como fuera a llamarse—, siempre que quisieran visitarla. Año 1953. Bautizo de El Paraíso.

La hacienda le hace honor a su nombre más reciente: amplios campos sembrados de rosas rojas, amarillas, rosadas, blancas y fucsias; un brazo del río Cerrito que la rodea y entra a ser parte de la banda sonora de El Paraíso, de ese paraíso, con el silbido constante del fluir del agua; árboles de madroño, samanes, chiminangos y ceibas por cuyas ramas entra la brisa y sale con más ímpetu para despeinar a los visitantes; y una casa del siglo XIX que ha tenido tres restauraciones en sus 202 años de existencia.

Ahí vivió Jorge Isaacs con su familia. Ahí, según la novela, fue donde Efraín se enamoró de María cuando ambos eran apenas unos niños y cruzaban las miradas en el comedor. Ahí ella empezó a tener sus primeros ataques de epilepsia y supo que padecía la enfermedad por la que había muerto su madre. Ahí fue donde él encontró el vacío cuando regresó de Europa después de un viaje de tres meses en barco y a lomo de caballo, y se dio cuenta de que su amada había muerto tres días antes.

La primera restauración de la casa la hizo el maestro Luis Alberto Acuña, en 1954, y la más reciente estuvo a cargo del arquitecto José Luis Giraldo, en 1989. En esa ocasión hicieron unas pequeñas modificaciones en ventanas y otras estructuras que ya se encontraban en completo deterioro y podían representar un riesgo para los visitantes. Además, varias piezas de barro que se habían ido rompiendo como secuela del tiempo tuvieron que ser reemplazadas para poder explicarles a los turistas dónde era que se cocinaban los alimentos en aquella época.

Con el cumplimiento de la promesa a la mujer que pidió una construcción idéntica surgieron, sin embargo, ciertos inconvenientes. Algunos turistas ingenuos, en su camino a El Paraíso, se detenían en la nueva hacienda —a la que su dueña llamó La María— con las ganas de hacer el recorrido y conocer más sobre la historia de Jorge Isaacs. Tras la repetición constante de que el lugar que buscaban se encontraba más arriba, los habitantes de la casa optaron por dejar crecer abundante vegetación a sus alrededores para que dificultara la vista hacia el interior y ya no surgieran más confusiones. Por eso hoy en día pasa desapercibida y aparece solo ante los ojos de los curiosos que conocen la historia y husmean por los arbustos.

Ahí, en El Paraíso, la vida y el amor se expresan de diferentes maneras: a principios de junio, un par de enamorados la escogieron como locación para las fotografías previas a su boda. Médicos de profesión, Andrés y Jenny viajaron desde Cali con un fotógrafo que lleva haciendo este trabajo por más de cinco años con distintas parejas y a quien, con frecuencia, le piden los retratos en dicha hacienda.

—Es que no hay nada en el Valle del Cauca así de bonito —dicen los novios casi al mismo tiempo.

Aparece la vida en la pileta donde acostumbraba bañarse Efraín. Según la novela, María la llenaba de pétalos de rosas como gesto de amabilidad y fina coquetería con su amado. Ahora ese es el hogar de una tortuga de 70 centímetros de largo, de uñas larguísimas y patas mohosas, que saca la cabeza en ocasiones cuando algún turista se le acerca y empieza a llamarla por su nombre: “¡Efraín, Efraín! ¡Hola, Efraín!”.

Se siente el amor después de cada recorrido por la casa, cuando las mujeres que trabajan en la tienda y vivero ofrecen hojaldras recién fritas, helados de crema servidos en vasitos, papas rellenas, empanadas y dedos de queso calientitos, y postres de maracuyá tan ricos como para no dejar a nadie sin degustación, incluso a quienes deciden no comprar. Algunos visitantes adquieren plantas enanas y *souvenirs* alusivos a la novela con los que poco a poco van extendiendo el relato a sus familiares y amigos: llaveros, pulseras y el tradicional ‘Vino María’, que junta en un solo producto las tradiciones vinícola y literaria de la región.

Se conserva la vida en un árbol de madroño macho que existe desde que Jorge Isaacs vivía en la hacienda y que en su novela describió como posadero del ave negra que veía María a través de su ventana como presagio de su muerte. Se conserva también en un jazmín de la India que acompaña a Efraín, la tortuga, y en las fotografías con trajes antiguos que un muchacho toma junto a los rosales por \$25.000 cada una, en la que pueden salir hasta seis personas.

Nace el amor a sus alrededores con la complicidad de los parapentistas que, desde una montaña, se lanzan para experimentar la inigualable sensación de recorrer el cielo con los turistas que aceptan el desafío. El pasado 21 de mayo, un enamorado le dejó un mensaje a su novia en el suelo, con letras gigantes y blancas, para que ella pudiera leerlo desde

las alturas: “Kim te amo demaciado”. Ojalá el error de ortografía no haya dañado la perfección de su sentimiento.

Nace el amor también en una piedra gigante que el mismo río dejó instalada en las afueras de la hacienda cuando su lecho pasaba por ahí. En esa misma roca, cuenta la novela, se sentaban Efraín y María a hablar de los asuntos de la vida. Ahora está llena de nombres y corazones que los enamorados han dibujado con marcadores y lapiceros para que su amor, tal vez, les dure tanto como el de la obra literaria.

Y rebosan la vida y el amor en los cuatro guías que dedican sus días a llevar a los turistas por todos los rincones de la casa mientras les cuentan los secretos del libro y de la construcción. El más nuevo de todos se llama Juan Pablo Yantén. 37 años, ojos oscuros, bigote perfectamente definido y hermano gemelo de Andrés Camilo, ‘el guía chévere’ —como él mismo se hace llamar— nació en El Cerrito y ahí mismo se formó como recreador, conocimiento que le ha ayudado para darle un toque muy original a su guianza.

—A cada punto de la casa yo le tengo un tono de voz diferente y juego con los matices —dice como quien revela un gran secreto.

La hacienda ha hecho parte de su vida desde que tiene memoria. Alguna vez durante la adolescencia, una de sus amigas le pidió que la llevara a ese lugar. Con los ánimos conquistadores, Juan Pablo le ofreció su bicicleta como medio de transporte y ambos emprendieron el viaje, que se truncó cuando empezó la pendiente y las piernas no le respondieron. La oportunidad de seducción quedó convertida en la empujada de la bicicleta por una loma y en un recuerdo que aún le produce una carcajada tantos años después.

Los gemelos Yantén fueron los creadores de las ‘horas locas’ hace 10 años en El Cerrito, actividades que en medio de las fiestas suben la emoción de los asistentes con una mezcla de música de distintas épocas y las intervenciones constantes de un animador al micrófono. El talento no tiene lugar a dudas: en el año 1992, junto a otros jóvenes vallecaucanos, Juan Pablo y Andrés fueron reconocidos como los mejores recreadores

de Colombia en un encuentro realizado en la capital del país. El año pasado los contrataron para animar a las 5000 personas que asistieron al Festival del Viento, una fiesta de cometas junto a El Paraíso.

Imposible de aprender en un instituto, la curiosidad es una de las cualidades más apreciadas en un guía. Una vez, detallando un billete de \$50.000, Juan Pablo descubrió que si lo ponía a contraluz, aparecía la figura de María y de Jorge Isaacs a punto de darse un beso. Entonces cuando en medio del recorrido pide uno de esos billetes y le muestra este detalle al público, todos se quedan sorprendidos y siguen haciendo la hazaña de forma individual como si aún no lo creyeran. En el billete, Juan Pablo también encontró otra imagen de Jorge Isaacs que corresponde a la reproducción de una fotografía que se conserva en el que alguna vez fue su cuarto.

Y como datos adicionales para terminar sus descubrimientos cuenta que en esos mismos \$50.000 aparecen el samán de 120 años que aún vive en la hacienda, tan pequeño en el billete pero tan grande en la vida real que exige ubicarse a varios metros de distancia para apreciar todo su follaje, y las dos palmas que también se conservan junto a la entrada de la casa. Con todas estas curiosidades, los turistas que lo acompañan en el recorrido se van quedando boquiabiertos y se les olvida tal vez el calor sofocante que empieza a hacer bien temprano, cuando decenas y decenas de personas van llegando con el mismo fin de conocer la casa en la que crecieron los Isaac.

En la sala, después de mostrar el espejo y el joyero que hubiera recibido María a los 21 años de no haber muerto a sus 18, Yantén hace énfasis en que el reloj de pie marca las 5:00 p.m. porque fue la hora exacta en que la muchachita dejó de respirar. Ema, la hermana de Efraín, lo detuvo en ese instante para que él supiera cuándo había fallecido su amada.

—Yo le agregué ese dato para darle más emoción. Nadie me ha dicho que esté mal... —añade con la picardía que solo podría tener un animador de ‘horas locas’.

De repente, al finalizar un recorrido, Juan Pablo saca uno de los globos que siempre carga en su chaleco y le arma un perrito a una niña que recorrió El Paraíso en los brazos de papi. Bondades de elegir una vida para alegrar a la gente.

Pero la historia de ‘el guía chévere’ en la hacienda no ha sido solo de risitas y recorridos felices. Una vez, mientras cerraba el lugar luego de una jornada de trabajo, oyó que le azotaron una puerta que acababa de asegurar. Cuando le hizo el reclamo al vigilante por la supuesta broma, el hombre le juró que no se había movido de su lugar en la portería.

Otro día, mientras pasaba su mirada por el costurero de la casa, vio la sombra de una niña que caminaba de lado a lado a pesar de que el lugar se encuentra sellado para los visitantes. Esto le pasó una vez más en otra ocasión: la misma sombra, la misma niña, el mismo lugar. Juan Pablo no se ha dejado amedrentar y, después de un año y dos meses, continúa haciendo la guianza con la misma emoción del primer día.

—Un señor de Medellín ha venido cinco veces a la hacienda y siempre espera el recorrido conmigo —cuenta victorioso.

Hace 19 años, cuando el pequeño Juan Pablo andaba por ahí quizá recorriendo El Cerrito en bicicleta, un turista incauto entró a la hacienda y se robó las trenzas originales de María. Según el libro, ella se las cortó antes de morir para dejárselas como recuerdo a Efraín, y esto fue lo único que él encontró cuando regresó de su largo viaje. Ante semejantes muestras de inseguridad, otras reliquias como la foto original de María se encuentran bajo custodia.

Dicha imagen, por ejemplo, la conservan las hermanas del convento San Joaquín, en Cali. En la hacienda surgió la necesidad de restringir el paso a sitios como el comedor, del que también desaparecían las piezas de la vajilla; el oratorio, donde aún existe un misal romano escrito en latín y una imagen de San José y María tomados de las manos que fue traída de Ecuador; y las habitaciones, donde algunos visitantes osados

no se aguantaban las ganas de fotografiarse acostados en las camas e iban dañando los tendidos.

Antes de ser guía de la hacienda y conocer todos estos minúsculos detalles, Juan Pablo Yantén dedicaba parte de su tiempo al Festival Isaacsiano de Cultura. En él participó durante 15 años haciendo las labores que le encomendaran: desde animar al público hasta recoger los cables con los que se conectaban los equipos de sonido, aunque casi siempre fue ‘toderó’.

A la memoria de Jorge Isaacs

El 2017 fue declarado como el ‘Año Jorge Isaacs’ por la Asamblea Departamental del Valle del Cauca para conmemorar el siglo y medio de publicación de la única obra de este autor vallecaucano. Como parte de la celebración, con el apoyo de la Gobernación se publicó la versión original de *María*, un texto de 214 páginas que busca interesar a los jóvenes en la lectura de esta novela romántica. Para los más chicos se hará un libro ilustrado, existirá una edición en braille para la población con discapacidad visual y se montará la obra en ballet.

Con el fin de festejar que un autor reconocido a nivel mundial vivió e inspiró su obra en El Cerrito, cada año se celebra allí el Festival Isaacsiano de Cultura que organiza la Fundación Centro Cultural Universitas – también Casa de la Cultura-. En el 2017, el festival completó su versión número 18 y fue la oportunidad de encuentro para bailarines de folclor, músicos y otros artistas provenientes de distintas ciudades.

Una de sus actividades principales es la escritura de cartas de amor que hacen apología al romanticismo de *María* que se ha extendido por todo el pueblo y que entran a participar en un concurso. Cerca de 2000 personas se reúnen cada uno de los cinco días que dura el festival –se hace a mediados de junio- para asistir a las presentaciones gratuitas en el Parque Central Francisco Antonio Rada, donde se instala una tarima de 12 metros de ancho por 10 metros de largo que sirve de escenario para los bailarines y músicos.

En el festival hay presentaciones de títeres, teatro y concursos de dibujo para jóvenes y adultos. Gracias a los aportes del Ministerio y la Secretaría de Cultura, y de los recursos que la Fundación logra gestionar durante todo el año, es posible invitar grupos de Nariño, Antioquia, Llanos Orientales, Quindío y municipios del Valle del Cauca. El último día, todos hacen presentaciones en la Hacienda El Paraíso para el deleite de los turistas afortunados a quienes les coincidió la visita con el cierre de la celebración. En total, realizar cada versión del Festival Isaacsiano de Cultura cuesta unos \$50 millones.

—Lo más bonito es ver cómo los niños se interesan por esta celebración. En ellos se mantienen vivas las costumbres culturales y artísticas de nuestro municipio —cuenta Armando González, miembro de la Casa de la Cultura.

Además de colaborar como secretario general en la institución, Armando es profesor de primaria en El Cerrito. A sus estudiantes, dice, trata de sensibilizarlos acerca del gran valor literario que representan Jorge Isaacs y su novela *María* para el romanticismo hispanoamericano, para el mundo. En El Cerrito, lectores asiduos de Isaacs lo consideran más bien un gran representante y narrador de las manifestaciones artísticas. Además de una historia de amor con final triste, *María* es una descripción paisajística del Valle del Cauca, un retrato robusto de la gastronomía, un resumen perfecto de las costumbres del pueblo en el Siglo XIX.

—No nos interesa saber si *María* fue una historia real o no. Nosotros somos un pueblo romántico y preferimos pensar que sí lo fue —responde Armando cuando se le cuestiona sobre lo incuestionable.

El respeto y aprecio que le tienen al escritor se nota en cada rincón de la Casa de la Cultura. Desde la entrada se observa un cuadro de Jorge Isaacs que adorna la pared del fondo, pintado por el artista cerriteño Nelson Saavedra en el 2003. En el muro del costado, habladores con fragmentos de *María* a propósito de sus 150 años de publicación. Y en el fondo, detrás de la tarima y adornado con flores, un pendón enorme con un libro abierto en cuyas páginas reposan las fotos de Jorge Isaacs y María.

Los otros 360 días del año en los que no hay festival, la Fundación Centro Cultural Universitas funciona como centro de formación inicial e intermedia para los cerriteños. Con frecuencia se puede acceder a talleres de técnica vocal, danza, flauta dulce, tiple, bandola y teclado. Un sábado de junio, por ejemplo, había un grupo de 16 muchachitos aprendiendo a bailar un ‘sanjuanero fiestero’ que su compositora bautizó con el nombre de ‘Matachín’.

Hay también otros cursos para adultos que necesitan una formación práctica: reparación de celulares, fabricación de bolsos y bisutería podrían estar dentro de la lista. También, claro, se ofrece el curso para ser recreador, en el que Juan Pablo Yantén y su gemelo adquirieron parte de la magia que los caracteriza.

Paraíso de la caña

Sucede que los paisajes que con tanto esmero narró Jorge Isaacs en su novela han tenido ciertos cambios. Muchos cambios. *María* retrata la biodiversidad del valle geográfico del río Cauca antes de que se extendieran cultivos como el sorgo, el millo, el algodón y la caña de azúcar, que inevitablemente han modificado los bosques y toda la vida que en ellos habitaba.

El Valle del Cauca, con su industria licorera y azucarera que se nutre de los cultivos de caña, ha reemplazado tal vez las prioridades ambientales con las económicas: actualmente, 280.000 de las 300.000 hectáreas planas del valle del río Cauca están atiborradas de cañaduzales. A su alrededor viven miles de personas apeñuscadas en las orillas de las carreteras, en pueblos o en ciudades.

Santa Elena no ha sido la excepción de este fenómeno. En sus cercanías se encuentran ingenios azucareros con miles de hectáreas para el monocultivo, cuya evolución afecta nacimientos de agua subterráneos y causan un daño ambiental irreparable. Todo esto sucede a una gran escala que es la que permite tener sin falta el azúcar en la mesa o la botella de aguardiente en la fiesta.

La historia de la región es casi que premonitoria: la caña de azúcar llegó al Valle del Cauca en 1541 y nueve años después ya se habían fundado tres ingenios a orillas del río Amaime. En el siglo XVIII existían 33 trapiches en el departamento y en 1867 ya se procesaban hasta cuatro toneladas de caña por hora. A principios del siglo XX fueron surgiendo otros ingenios que convirtieron al Valle en el principal productor de azúcar del país. En el suroccidente colombiano, la industria azucarera tiene influencia en más de 47 municipios del Cauca, Valle del Cauca, Risaralda, Caldas y Quindío por sus ventajas agroclimáticas.

En su obra, Isaacs describe pavos reales, patos de la ciénaga, guacamayas, cierzos, pellares, tigres, osos y serpientes. Tristemente, muchas de estas especies han tenido que migrar hacia las cordilleras, pues la modificación de los ecosistemas en el Valle les ha hecho imposible permanecer en ellos. Aun así, en el departamento se encuentran 900 de las 1815 especies de aves registradas en Colombia.

También se mencionan en *María* sauces, naranjos, higuerones, yarumos, pízamos, pomarrosos, azahares, ceibas, cedros, palmeras, samanes y chiminangos; huertos de manzanilla, perejil, albahaca y poleo; y grandes cascadas, riachuelos y ríos. Con suerte, todo esto existe hoy en una mínima proporción debido a la extensión de los cultivos de caña de azúcar en todo el departamento.

A pequeña escala, la transformación la notó la señora Gladys Marino, cerriteña que el mes pasado visitó la hacienda con sus hijos después de más de 30 años de no hacerlo y se asombró al no ver los árboles de naranja, mandarina y mamoncillo que ella recuerda haberse sentado a contemplar en el pasado. Con tantos años pero con una memoria que no le falla, señala dónde estaba cada uno y confiesa que hasta llegó a deleitarse con sus frutos.

Como si la ocupación del terreno por el monocultivo fuera poco, alrededor de la industria azucarera se generan otras prácticas que atacan la salubridad de los seres humanos: en las quemas del follaje de la

caña se generan pavesas que con el viento se vuelven minúsculas y de imperceptible inhalación, pero con el paso de los años van provocando enfermedades respiratorias que pueden acelerar la muerte. Con las fumigaciones, mal necesario para eliminar las plagas y garantizar la producción, se afectan otros cultivos y la salud de sus consumidores.

La economía de la felicidad

En El Cerrito, los pequeños y medianos empresarios se han dedicado a generar riqueza —o al menos a intentarlo— en torno a la satisfacción de los turistas. Por eso es que hay cinco empresas de parapente que se empezaron a crear en el 2007 y que además emplean a jóvenes de la región para que promocionen los paquetes.

Un vuelo de 15 minutos puede costar \$120.000 e incluye fotografías y videos de la hazaña. Toño, buen muchacho de 24 años que nació en Santa Elena y que promete ya no dedicarle ni un día más al licor, trabaja para una de esas empresas promocionando los planes entre los visitantes que apenas van a ingresar a la Hacienda El Paraíso. A veces resultan clientes, a veces no. Al igual que la vida, el parapente también tiene sus malos momentos.

En el pueblo todos lo conocen y él conoce a todo el mundo, como suele pasar en los territorios con pocos habitantes. Por eso cuando alguien le dice que es de Santa Elena, él está en la capacidad de saber si le miente o no con solo observarlo detenidamente y hacerle un par de preguntas que no le fallan: dónde estudió o quiénes son sus hermanos o primos.

Su atuendo para días de trabajo incluye gorra, gafas, buzo de manga larga, camiseta, pantalón hasta los tobillos y tenis, pues el sol inclemente y la necesidad de estar parado todo el día le exigen la mayor comodidad. También se echa al hombro una buena dosis de amabilidad que le permite volver a casa siempre con nuevos amigos. Junto a él, en el mismo sector, hay otros muchos jóvenes que trabajan en lo mismo pero para las demás empresas de parapente. El trato es que deben respetarse los posibles clientes. Cada uno sabe que conseguirlos no es un trabajo tan fácil.

Para los turistas que van con el ánimo de pasar la noche junto a la hacienda, el Hostal Piedemonte ofrece los servicios de hospedaje y alimentación. En el día funciona como restaurante y zona de juegos infantiles con atracciones como piscina de pelotas, tiro al blanco, ‘cauchera humana’, cinema 9D, vuelta a caballo y paseo en cuatrimotos. Y cuando hace calor, grandes y chicos aprovechan para darse un chapuzón gratis en la cascada que forma el río Cerrito junto al hostal.

Una noche en el Piedemonte puede costar, para una pareja, entre \$125.000 y \$226.000. Aprovechando que la zona ya es romántica de por sí con sus cultivos florales y toda la historia del amor imposible que guarda la hacienda, se ofrecen planes románticos que incluyen cena, habitación decorada con pétalos de rosas, velas, vinos artesanales y acceso a las piscinas naturales. A la hora del almuerzo se pueden disfrutar platos típicos como sancocho de gallina, tilapia frita, trucha arcoíris y churrasco. Con cualquier pedido, gratis las tostadas de plátano.

En otra zona cercana al hostal y dedicada a los antojados se ofrecen durante todo el día delicias como guarapo de caña, raspados, limonadas, obleas, churros, empanadas, chuzos, hojaldras, chorizos, mazato, chancarina, champús, avena, jugo de uva, arepas de choclo, arequipe y suspiros. Y así, alegrando los paladares y corazones de los visitantes, la gente de Santa Elena y El Cerrito se va ganando la vida.

Más arriba, a unos 15 minutos en carro, está la Maloca de Los Vientos. A este sitio van los turistas un poco más arriesgados que quieren hacer actividades de aventura como canopy, péndulo, puentes tibetanos o rappel. Desde la maloca, construcción ancestral que le da origen a su nombre, se tiene una vista panorámica del Valle del Cauca y de las montañas que protegen este departamento tan privilegiado.

De vuelta en Santa Elena, la ‘economía de la felicidad’ se nota en las carpas y kioscos que desde la mañana empiezan a armarse alrededor del parque para ofrecer jugos, obleas, raspados y frituras como chorizos, papas rellenas, bofe y empanadas. Como sucede en todos los pueblos,

o en todos los parques, o en todos los lugares del mundo en los que los niños quieren ser felices, alguien aprovecha para iniciar el negocio con un brinca-brinca un sábado en la tarde.

En otro lugar del parque, un par de ancianos se sientan a tertuliar con la música de fondo que se escapa de los bares que hay alrededor. Otra familia aprovecha para tomarse una foto junto a la estatua de Efraín y María, mientras un señor que vive en Amaime y que no puede hablar con claridad por un problema en su paladar busca ganarse unos pesos lustrando zapatos.

Al frente, la posada La Esperanza ofrece hospedaje. En todos sus alrededores, desde las 11 de la mañana empieza a oler a pollo asado, a sancocho y a fríjoles que al medio día calmarán el hambre de los que anden por ahí buscando dónde almorzar. Un par de bares empiezan a funcionar en la tarde con un repertorio compuesto por vallenatos, merengues y salsas. A veces se cola una que otra canción de despecho. Mucho licor en las mesas, gente bailando en la pista.

Diagonal al parque, una tienda de vinos brinda degustaciones de sus productos y con eso asegura la venta. Son unos vinos muy especiales que no se pueden encontrar en cualquier parte. Diría Chuchú, pintor, loco y poeta que tiene la casa museo, que en cada botella de vino de Santa Elena se envasa tradición, herencia y memoria, y esto lo hace ser más que una bebida fiestera.

—Este vino está guardando la historia de nuestro pueblo. Tierra bendita que somos para el cultivo de uva Isabella —cuenta mientras se saborea una copa.

A unas ocho cuadras del parque y por la carretera que conduce a las afueras del pueblo se encuentra su casa museo, ‘La Choza de Chuchú’, lugar de visita infaltable para quienes van con el ánimo de conocer la historia de Santa Elena y en el que se encontrarán, inevitablemente, con el triste relato sobre Adriana María. O al menos con sus cientos de fotografías en la pared. Además de la de María y Efraín, esta es otra historia de amor imposible cultivada en la región.

En la choza, tres perros criollos sirven de porteros y anuncian la llegada de los visitantes. Los domingos está Kevin, muchachito del pueblo que, harto de trabajar en bares y discotecas como mesero, le pidió trabajo a Chuchú para hacer los recorridos a un precio de \$2000 por persona. Para cumplir con su labor tuvo que aprenderse toda la historia que contaba el artista, inclusive la del abandono de su hija y uno que otro chiste que echaba durante el recorrido para captar de nuevo la atención de los visitantes.

—Santa Elena es una hembra de pechos generosos que eleva sus pezones al cielo formando ese orgullo de cordillera. Es un pueblo donde a las 3:40 de la tarde, las manecillas del reloj se acomodan para tomar una siesta. Es un pueblo que bosteza poesía y música, y el viento se encarga de repartir eso por donde le da la gana. Es ese retacito de universo que me tocó por cuna, que me inspira, que me vuelve loco y que hoy puedo decir que me lo sé de memoria —se le ocurren estas frases a Chuchú para describir su terruño.

El Paraíso. El paraíso de Efraín y María, y de una familia jamaicana que se enamoró del Valle del Cauca. El Paraíso de Walter Belalcázar, de Juan Pablo Yantén y de su gemelo, de los novios Andrés y Jenny y de su fotógrafo por encargo. El paraíso que fue de Adriana María por un día. El paraíso del profe Armando González y de los niños que bailaban el ‘matachín’. El paraíso de doña María Elvira, de Toño, de Kevin y de la señora Gladys que extraña los árboles frutales. El paraíso del guarapo, del sancocho de gallina y de los aborrajados por la tarde en el parque. El paraíso de los turistas que van de paseo el fin de semana. Todas estas historias, personas, sabores y caminos hacen parte de un pueblo romántico por tradición. Este es entonces el paraíso. Mejor, con mayúsculas: El Paraíso. La musa de Jorge Isaacs.

Lina Alejandra Uribe Henao es Comunicadora de la Pontificia Universidad Javeriana Cali. Contadora de historias. Ha sido periodista de *Publimetro Colombia* y del diario *El País*, de Cali. Ganadora del 2º Concurso Nacional de Cuento (2009), del premio de periodismo Alfonso Bonilla Aragón (2017), del premio de periodismo Rodrigo Lloreda Caicedo (2017), del Premio Gabo (2017). Además, recibió mención especial en los premios de periodismo de la Sociedad Interamericana de Prensa (2017). Poco amante de los listados de reconocimientos y de los resúmenes de trayectorias. Coleccionista de paisajes humanos.

Entidades aportantes:



En el marco de la declaratoria 2017, año Jorge Isaacs nos acogemos a la normativa establecida por el Decreto No. 1062 de 2016 de la Gobernación del Valle del Cauca, Resolución No. 126 de 2017 del Ministerio de Cultura, Ordenanza No. 434 de 2016 de la Honorable Asamblea Departamental del Valle del Cauca.

Imprenta **D**epartamental
IMPRETIC'S

Este libro se terminó de imprimir en la Imprenta Departamental,
en diciembre del 2017, con motivo de los 150 años
de la publicación de *María*, de Jorge Isaacs